

MARTHA C. NUSSBAUM

JUSTICIA POETICA

La imaginación literaria
y la vida pública

Traducción de Carlos Gardini

EDITORIAL ANDRES BELLO

Barcelona • Buenos Aires • México D.F. • Santiago de Chile

Título de la edición original:

Poetic Justice

Edición original:

Beacon Press, Boston, 1995

Traducción:

Carlos Gardini

Diseño de portada: Enrique Iborra

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 1995 by Martha Nussbaum

Published by arrangement with Beacon Press, Boston

© Editorial Andrés Bello, marzo 1997

Av. Ricardo Lyon, 946, Santiago de Chile

Editorial Andrés Bello Española

Rosellón, 184, 4º 1ª - 08008 Barcelona

<http://www.ANDRES-BELLO.COM>

ISBN: 84-89691-09-6

Depósito legal: B-14425-1997

Impreso por Romanyà Valls, S.A. - Pl. Verdaguer, 1 - 08786 Capellades

Printed in Spain

A Richard Posner

Un niño preguntó qué es la hierba, dándomela a manos llenas.
¿Cómo podía responderle al niño? Sé lo que es tanto como él.

Quizá sea la bandera de mi ánimo, un paño verde y esperanzado.

O quizá sea el pañuelo del Señor,
un obsequio perfumado, un recordatorio arrojado adrede,
con el nombre del dueño en los bordes, para que lo veamos y preguntemos
de *quién es*:

O quizá la hierba misma sea un niño, el vástago de la vegetación.
O quizá sea un jeroglífico uniforme,
y signifique: broto por igual en parajes anchos y angostos,
crezco tanto entre negros como entre blancos,
Kanuck, Tuckahoe, Congressman, Cuff, os doy lo mismo, os recibo por
igual.

Y ahora me parece el bello y desaliñado cabello de las tumbas.

Tiernamente te usaré, hierba rizada,
tal vez brotes del pecho de hombres jóvenes,
tal vez si los hubiera conocido los habría amado,
tal vez seas de gente antigua, o de chiquillos pronto separados del regazo
de sus madres,
y aquí eres el regazo de sus madres.

Esta hierba es muy oscura para ser de la blanca cabeza de madres viejas,
más oscura que la barba descolorida de los ancianos,
oscura para brotar de rosados paladares.

Walt Whitman, *Canto a mí mismo*

Por primera vez en su vida había alcanzado una cima de sentimientos desde la cual podía otear para ver vagas relaciones con las que nunca había soñado. Si esa blanca y tonante montaña de odio no era una montaña, sino gente, gente como él y como Jan, entonces enfrentaba una gran esperanza que él jamás había concebido, y una desesperación cuyas honduras no se atrevía a concebir.

Richard Wright, *Native Son*

CONTENIDO

Agradecimientos	13
Prefacio	15
1. LA IMAGINACION LITERARIA	25
2. LA FANTASIA	39
3. EMOCIONES RACIONALES	85
4. LOS POETAS COMO JUECES	115
Notas	165
Indice temático	179

Este libro comenzó en las conferencias Alexander Rosenthal de 1991, en la Facultad de Derecho de la Northwestern University. También se presentaron algunas partes en las conferencias Hanna de la Hamline University, en las conferencias Arthur Leff Fellow's de Yale, y en las conferencias Donnelan del Trinity College de Dublín. Mi primer agradecimiento es pues para mis anfitriones en esas instituciones, por su hospitalidad y sus valiosos comentarios, y especialmente a Akhil Amar, Ron Allen, Owen Fiss, Paul Gewirtz, Anthony Kronman y Bill Lyons. Durante la evolución del manuscrito recibí comentarios de muchas personas sobre diversos borradores. No puedo hacerles justicia a todos, pero al menos deseo agradecer a Brian Bix, Dan Brook, Ken Dornstein, Elliott Dunn, Don Garrett, David Gorman, Tom Grey, Jean Hampton, Linda Hirshman, Sanford Kadish, Michael McConnell, Philip Quinn, Eric Rasmusen, Henry Richardson, Amartya Sen, Cass Sunstein, Jeremy Waldron, James Boyd White y Bernard Williams. También agradezco a los alumnos de mi curso de Derecho y Literatura de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chicago en 1994.

Tengo una deuda de especial importancia. La noche anterior a mi primera conferencia Rosenthal, tuve la buena suerte de conocer a la persona que en muchos sentidos era el señor Gradgrind de esa conferencia, y mi adversario intelectual durante esa serie. Me dijeron que le habían entregado el texto de mis conferencias. Me acerqué a la mesa con cierta aprensión, sabiendo que es común rebelarse contra la crítica y despreciar al crítico. Mis temores, sin embargo, pronto se disiparon, pues encontré a una persona jovial y abierta, cuyo interés en el intercambio de

opiniones es infatigable, especialmente cuando hay un profundo desacuerdo. También supe que era un amante de las novelas y un juez sumamente literario, de modo que nuestro disenso resultó ser más sutil de lo que yo esperaba. Creo que con el tiempo contribuyó a que mis argumentaciones también fueran más sutiles. Por la generosidad con que ha discutido conmigo con el correr de los años (y espero que no se detenga ahora), por su infatigable energía para hacer comentarios y su gran capacidad para la amistad, dedico afectuosamente este libro a Richard Posner.

PREFACIO

Hablando de las discusiones políticas en Estados Unidos, Walt Whitman escribió que el artista literario es un participante muy necesario. El poeta es "el árbitro de lo diverso", el "igualador de su época y su tierra". Su vasta imaginación "ve la eternidad en hombres y mujeres", no los ve como "sueños o puntos minúsculos". La reivindicación de Whitman de una poesía pública me parece tan pertinente en nuestra época como lo era en la suya. Con frecuencia en la vida política actual nos sentimos incapaces de ver al prójimo como plenamente humano, como algo más que "sueños o puntos minúsculos". Esa falta de compasión va también con frecuencia acompañada por una confianza excesiva en los métodos técnicos para modelar la conducta humana, sobre todo los que derivan del utilitarismo económico. Tales modelos pueden ser muy valiosos en su lugar, pero suelen resultar insuficientes como guía para las relaciones políticas entre los ciudadanos. Sin la participación de la imaginación literaria, afirmaba Whitman, "las cosas son grotescas, excéntricas, infructuosas". Hoy vemos muchas discusiones políticas que son grotescas y excéntricas en este sentido. El propósito de este libro es describir ese ingrediente del discurso público cuya ausencia Whitman notaba en su época, y mostrar algunas funciones que podría desempeñar. Nace de la convicción, que comparto con Whitman, de que la narrativa y la imaginación literaria no sólo no se oponen a la argumentación racional, sino que pueden aportarle ingredientes esenciales.

En vida de William James y John Dewey se daba por sentado que la filosofía académica, incluidos los comentarios filosóficos sobre literatura y arte, formaba parte del discurso público. Pero

la filosofía académica de nuestro siglo, en Estados Unidos, ha tenido escasos vínculos con la decisión práctica y la vida pública.¹ Recientemente, sin embargo, los filósofos han regresado al debate público, y no sólo abordando problemas básicos de teoría ética y política, sino también temas más concretos relacionados con la medicina, los negocios y el derecho. En los últimos cinco años he consagrado, al igual que muchos colegas relacionados con la filosofía, cada vez más tiempo a las instituciones de enseñanza —en mi caso, las facultades de Derecho—, dictando conferencias y hablando sobre ciertos temas con los teóricos y practicantes de ciertas profesiones. En la primavera de 1994 enseñé derecho a estudiantes por primera vez, como profesora visitante de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chicago. Este libro debe muchísimo a esa experiencia.

El tema de mis clases era la narrativa, pues el curso que debía dictar era “Derecho y Literatura”. Mis alumnos y yo leímos a Sófocles, Platón, Séneca y Dickens. En relación con las obras literarias hablamos de la compasión y la misericordia, del papel de las emociones en el juicio público, de lo que está implícito al imaginar la situación de alguien que es diferente de nosotros. Hablamos de los modos en que los textos de diferentes tipos presentan a los seres humanos: a veces como fines en sí mismos, dotados de dignidad e individualidad; otras veces como unidades abstractas e indistinguibles o meros medios para los fines de otros. Como la Facultad de Derecho de la Universidad de Chicago es la cuna del movimiento *law and economics*, comentamos asimismo la relación entre imaginación literaria y razonamiento económico.

También hablamos de temas sociales más concretos, como el género, la homosexualidad y la raza. En una sala de conferencias que estaba a cincuenta metros de la cerca de metal negro del aparcamiento de la Facultad, que demarca la “frontera” entre el mundo de la universidad y el mundo de las barriadas pobres de Chicago, en una clase donde había un solo alumno negro entre setenta, leímos *Native Son* de Richard Wright.* Todos los nombres de Chicago indicaban un lugar que conocíamos, aunque respecto de esos lugares casi todos estábamos en la situación de la Mary Dalton de Wright, cuando le dice a Bigger Thomas que ignora cómo vive la gente a diez manza-

nas de la suya. “En ese momento supo –escribe Wright sobre Bigger– que nunca podría decir por qué había matado. No porque no quisiera contarle, sino porque para contarle habría tenido que explicar su vida entera.” Hablamos de la importancia de ese pasaje para las disputas sobre individualidad y misericordia en las sentencias penales, sobre una decisión de la Corte Suprema que exhorta a los tribunales a no tratar a los acusados “como miembros de una masa anónima e indiferenciada”, sino como “seres humanos singulares e individuales”.² ¿Cómo podría una novela como la de Wright comunicar a futuros jueces y abogados una comprensión de ese requerimiento? Yo no inventé el curso de Derecho y Literatura; es más, hacía años que formaba parte del programa de la Facultad.³ El interés de la gente de leyes en la relación entre filosofía y literatura me sorprendió al principio. Poco a poco comprendí qué se buscaba con ese curso: la investigación y defensa fundamentadas de una concepción humanista y pluralista de la racionalidad pública, que tiene un ejemplo elocuente en la tradición del derecho consuetudinario. Esta concepción necesita su defensa, pues hace tiempo que sufre el ataque de las concepciones más “científicas” que ofrece el movimiento *law and economics*. Hacía tiempo que yo trabajaba en ideas filosóficas similares, y ya había comenzado a relacionarlas con temas judiciales. Pero el curso de Chicago fue la primera vez en que intenté elaborar algunas de estas ideas en el aula, frente a estudiantes que pronto serían abogados y pasantes de jueces. Aunque sigo siendo una aficionada en cuestiones legales, y aunque hago esta sugerencia desde fuera, con gran ignorancia del aspecto más técnico y formal del derecho –al que no deseo restar jerarquía y por el cual siento un gran respeto–, creo enfáticamente que la reflexión sobre la narrativa tiene el potencial para hacer contribuciones al derecho en particular y al razonamiento público en general.

Durante esa época también participé en la vida pública en un campo totalmente diferente. De 1986 a 1993 fui consultora del Instituto Mundial de Investigación de Economía del Desarrollo en Helsinki (un instituto relacionado con las Naciones Unidas) como codirectora, con el economista Amartya Sen, de un proyecto de evaluación de la calidad de vida en los países en

desarrollo. Nuestro proyecto debía mostrar por qué ciertos debates filosóficos –acerca del relativismo y el antirrelativismo cultural, del utilitarismo y sus fuerzas y flaquezas– son relevantes para la tarea de quienes procuran encontrar maneras de medir y comparar esa variable tan elusiva que es la “calidad de vida” de un país. Aquí también la narrativa desempeñó un papel importante. De hecho, Sen y yo usamos *Tiempos difíciles* de Dickens para elaborar críticas de los paradigmas económicos utilizados para evaluar la calidad de vida, que nos parecían reduccionistas y carentes de complejidad humana, y para ilustrar los tipos de información que tales evaluaciones deberían incluir para ser plenamente racionales, ofreciendo buenas guías de tipo predictivo y normativo.⁴ Una vez más atribuimos gran valor práctico y público a la capacidad para imaginar los modos concretos en que personas diferentes de nosotros enfrentan sus desventajas. Alegábamos que una ciencia económica cabal necesita operar con una concepción más amplia de la calidad de vida para que sus indispensables investigaciones técnicas alcancen un éxito total. (Comento estas argumentaciones en el capítulo 2.)

La imaginación literaria es parte de la racionalidad pública, pero no el todo. Y creo que sería extremadamente peligroso sugerir que el razonamiento moral regido por reglas sea reemplazado por la imaginación empática. De ninguna manera hago esa sugerencia. Defiendo la imaginación literaria precisamente porque me parece un ingrediente esencial de una postura ética que nos insta a interesarnos en el bienestar de personas cuyas vidas están tan distantes de la nuestra. Esta postura ética deja amplio margen para las reglas y los procedimientos formales, incluidos los procedimientos inspirados por la economía. (Personalmente adhiero a una versión de la postura ética derivada de Aristóteles, pero todo lo que digo aquí puede concebirse dentro de un kantismo modificado para otorgar a las emociones un papel cognitivo claramente delimitado.)⁵ Por otra parte, una ética de respeto imparcial por la dignidad humana no logrará comprometer a seres humanos reales a menos que éstos sean capaces de participar imaginativamente en la vida de otros, y de tener emociones relacionadas con esa participación. Algunos teóricos de la ética,

muy preocupados por la imparcialidad, han defendido las emociones del lector o del espectador como esenciales para un buen juicio ético; tal vez el más notorio sea Adam Smith, cuya *Teoría del sentimiento moral* es una inspiración central para el proyecto de este libro. Aunque estas emociones tienen limitaciones y peligros, como luego argumentaré, y aunque su función en el razonamiento ético se debe circunscribir cuidadosamente, también contienen una vigorosa aunque parcial visión de la justicia social y brindan poderosos motivos para la conducta justa.

Pero, ¿servirá de algo apelar aun a los mejores usos de la imaginación literaria en un clima político lleno de prejuicio y odio? La comprensión de que los blancos poseen cada uno su historia individual brinda a Bigger Thomas una esperanza de solidaridad humana. Sin embargo, también le provoca desesperación, pues sabe que el odio y la terquedad tienen más poder político que la esperanza, que sólo una rara persona ha podido verlo a la luz de esa esperanza y que, al menos para él, toda esperanza pronto se extinguiría con su vida. ¿De qué sirve narrar historias, pues, en un mundo donde la vida cotidiana de mucha gente está dominada por diversas formas de exclusión y opresión (y donde las historias mismas pueden contribuir a esa opresión)? En el examen final de mi curso de Derecho y Literatura, una alumna, criticando mi visión optimista del papel de la literatura, escribió lo siguiente acerca de nuestra lectura en el aula de E. M. Forster (anónimamente, pues en Chicago los exámenes se califican sólo con un número):

Tal vez la lectura de una obra como *Maurice* pueda cambiar la mentalidad de un individuo, incluso la de un juez. Sin embargo, me temo que en la mayoría de los casos no sería así. Tal vez muchas obras de este tipo obligarían a alguien que aborrece la homosexualidad a examinar sus razones para ello. Pero me parece que es una diminuta chispa de esperanza contra una tormenta de odio y prejuicio.

La estudiante 1180 tiene razón.⁶ La imaginación literaria tiene que luchar contra los profundos prejuicios de muchos seres humanos e instituciones, y no siempre prevalece. Muchas personas que narran historias maravillosas son racistas que no podrían

contar una historia empática sobre un negro. Muchas otras, que tienen criterio amplio en cuestiones raciales, rechazarían la invitación de Forster a imaginar a un gay como una persona similar a ellas o a sus seres queridos. Nuestra sociedad está plagada de rechazos que atentan contra la imaginación empática y compasiva, rechazos de los que nadie está exento. Muchas de las historias que nos contamos alientan el rechazo de la compasión, de modo que ni siquiera la imaginación literaria está libre de culpa. Aunque hallemos una buena historia para contar, no debemos esperar que cambiaremos años de odio y discriminación institucionalizados mediante la sola apelación a la "fantasía", pues aun la fantasía más lograda es una fuerza frágil en un mundo lleno de diversas formas de crueldad. Tenemos motivos para aceptar la crítica de esta estudiante si recordamos cómo se abordan algunos de estos temas en la práctica política, que con frecuencia parece impermeable a la argumentación y la compasión y rechaza los reclamos implícitos en la historia de otra persona.

Por otra parte, lo que vemos en esos rechazos humanos no es un defecto en el tipo de "fantasía" que defenderé aquí, sino un defecto de los seres humanos que no practican bien ese tipo de fantasía, que cultivan su simpatía humana en forma estrecha y parcial. El remedio para ese defecto no consiste en repudiar la fantasía, sino en cultivarla de manera más coherente y humanitaria, ni en reemplazar estructuras institucionales impersonales por la imaginación, sino en construir instituciones y actores institucionales que encarnen más perfectamente las intuiciones de la imaginación compasiva. No es preciso ni aconsejable confiar únicamente en la fantasía de los individuos. La "fantasía" también debería informar las instituciones mismas.

Le respondo a la alumna 1180, pues, con una pregunta: ¿qué otra cosa podemos hacer como ciudadanos, si deseamos alentar la esperanza y el respeto por nosotros mismos? La tarea de la imaginación literaria en la vida pública es, como una vez declaró Henry James, "crear el registro, a falta de un goce mayor; en una palabra, imaginar el caso honorable y posible".⁷ Podemos abrigar la esperanza de que este registro permanezca, aunque no tenga poder de persuasión universal, y que al ser contrastado con lo brutal y lo obtuso como un objeto bello frente a un objeto feo, dé testimonio del valor de la humanidad como un fin en sí

mismo. Si no cultivamos la imaginación de esta manera, a mi juicio perderemos un puente esencial hacia la justicia social. Si renunciamos a la “fantasía”, renunciamos a nosotros mismos.

Este libro se encuentra en la intersección de varios proyectos filosóficos más técnicos en los que estoy trabajando. Aludirá, sin un desarrollo pleno, a trabajos relacionados con la creación de un marco para la evaluación de la calidad de vida. Aludirá a trabajos actuales sobre la racionalidad judicial y el papel de las emociones y la imaginación en el derecho. Y, por último —concentrándose en los vínculos entre la imaginación literaria y la compasión y la misericordia—, aludirá a trabajos en curso mucho más detallados sobre la estructura de las emociones y el papel de la creencia y el pensamiento en las emociones. El objetivo de este libro no consiste en desarrollar exhaustivamente ninguno de estos proyectos, sino en presentar una concepción vívida del razonamiento público que sea humanista y no seudocientífica, en mostrar que cierto tipo de narrativa expresa y desarrolla dicha concepción, y en señalar algunos de los beneficios que podría brindar esta concepción en la esfera pública. El juez Oliver Wendell Holmes escribió una vez que un estudio de Aristóteles puede mostrarnos que “la vida es pintar un cuadro, no hacer una suma”.⁸ El propósito de este libro es elaborar esa idea y mostrar cómo luciría el razonamiento público en esa perspectiva.

La imaginación literaria

Notando en sus hijos un extraño e insalubre exceso de imaginación, una perniciosa floración del sentimiento, en suma una renuncia a esa perfecta racionalidad científica en que se basan la vida privada y pública cuando están bien administradas, el señor Gradgrind, economista, hombre público y educador, se pregunta cuál es la causa:

—¿Será posible —se preguntó el señor Gradgrind, cavilando con las manos en los bolsillos, los cavernosos ojos en el fuego—, será posible que algún preceptor o criado haya hecho alguna sugerencia? ¿Será posible, a pesar de todas mis precauciones, que un improductivo libro de cuentos haya entrado en esta casa? Porque, en mentes que se han formado en el rigor y la disciplina desde la cuna, esto resulta raro e incomprensible.⁹

El señor Gradgrind sabe que los libros de cuentos no son meramente decorativos o amenos, aunque esto ya bastaría para hacerle dudar de su utilidad. Entiende que la literatura es subversiva. Es enemiga de la economía política tal como la conoce el señor Gradgrind: un ambicioso proyecto científico consagrado a representar las complejidades de la vida humana en “forma tabular”. La literatura expresa, en sus estructuras y formas de decir, un sentido de la vida que es incompatible con la visión del mundo encarnada en los textos de economía política, y modela la imaginación y los deseos de una manera que subvierte las normas racionales de dicha ciencia. Con buenos motivos, desde su punto de vista, el señor Gradgrind enseña a Sissy Jupe, la inculta chica

de circo, a considerar que los libros de cuentos que antaño ella leía afectuosamente a su padre son "libros malos" de los cuales mejor ni hablar. Y con buenos motivos se deprime al reflexionar sobre el futuro de su país, cuando piensa en los ciudadanos que acuden en tropel a las bibliotecas públicas de Coketown y "se prendaban de Defoe en vez de Euclides, y hallaban más confortación en Goldsmith que en Cocker". Cuando estos vanos libros de cuentos entran en la casa, la economía política corre peligro. El mundo se ve de otra manera, y las actividades antieconómicas como imaginar y sentir no sólo se representan en el papel sino que se llevan a cabo.

El señor Gradgrind tiene razón: la literatura y la imaginación literaria son subversivas. A estas alturas estamos acostumbrados a pensar en la literatura como algo optativo, como algo magnífico, valioso, ameno, excelente, pero que existe al margen del pensamiento político, económico y judicial, en otro departamento universitario que es accesorio más que competitivo. La segmentación del mundo académico moderno —junto con las teorías estrechamente hedonistas del valor literario— nos ha inducido a perder ese concepto que el señor Gradgrind apreciaba con firmeza: que la novela (pues a partir de aquí me concentraré en la novela) es una forma moralmente controvertida que expresa, con su forma y estilo, en sus modalidades de interacción con los lectores, un sentido normativo de la vida.¹⁰ Pide a sus lectores que observen esto y no aquello, que actúen de tales maneras y no de otras. Los induce a adoptar ciertas actitudes en vez de otras, con la mente y el corazón. Y, como bien percibía el señor Gradgrind, dichas maneras son malas y tales actitudes sumamente peligrosas desde el punto de vista de una racionalidad económica estrecha, que es, a su entender, normativa para el pensamiento tanto público como privado.

Pero si la literatura, desde la perspectiva de un economista como el señor Gradgrind, es tan peligrosa que merece eliminarse, ello implica también que no es un mero ornamento, que tiene el potencial para hacer una clara contribución a nuestra vida pública. Y si tenemos dudas acerca de los libros que agradan al señor Gradgrind —así como de su pertinencia como visiones de la humanidad, como expresiones de un sentido cabal de la vida social— podríamos considerar que el enfático repudio del señor

Gradgrind es un motivo más para invitar a los libros de cuentos a entrar en nuestra casa para defender su causa. Y si logran defender su causa, podríamos tener imperiosas razones para invitarlos a quedarse, no sólo en nuestras casas y escuelas, modelando las percepciones de nuestros hijos, sino también en nuestras instituciones de enseñanza política y de estudios de desarrollo, y en nuestros gobiernos y tribunales, e incluso en nuestras facultades de Derecho —donde se modela y alimenta la imaginación pública—, como partes esenciales de una educación para la racionalidad pública.

Me concentraré, pues, en las características de la imaginación literaria como imaginación pública, una imaginación que sirva para guiar a los jueces en sus juicios, a los legisladores en su labor legislativa, a los políticos cuando midan la calidad de vida de gentes cercanas y lejanas. Remitirla a la esfera pública es complicado, pues muchas personas que creen que la literatura es esclarecedora en lo concerniente a la vida personal y la imaginación privada la creen inservible para abordar las grandes preocupaciones de las clases y las naciones. Se entiende que entonces se necesita algo con mayor solidez científica, más distante, más rigurosamente racional. Yo argumentaré que aquí, con más razón, las formas literarias pueden hacer una contribución única. Defenderé esta argumentación comenzando con *Tiempos difíciles* de Dickens, que aborda explícitamente el tema de la contribución de la novela a la vida moral y política, representando y encarnando su triunfo sobre otras maneras de imaginar el mundo. Tanto en este capítulo como en los restantes comentaré el porqué de esta elección, y sus implicaciones para cualquier conclusión general acerca de la “imaginación literaria”.

“Economía política” es también una categoría muy amplia, que incluye a pensadores económicos de diversos tipos. Nuestros antagonistas no serán las formas filosóficas refinadas del utilitarismo, ni la teoría de los economistas filosóficos más distinguidos —como Adam Smith en el siglo XVIII y Amartya Sen en éste—, sino las formas más toscas del utilitarismo económico y el análisis de costo-beneficio que se utilizan en muchos campos de la decisión pública y a menudo se recomiendan como normativas para otros. Más aún, mis propuestas se inspiran en Smith y Sen para sugerir una concepción más amplia de la “economía política”.

Me concentraré en dos interrogantes prácticas, relacionadas con dos aspectos de mi propia experiencia en la vida pública: primero, la medición del bienestar de una población; segundo, la índole de los procesos racionales del buen juez o pensador judicial. El primero es explícitamente un tópico central de *Tiempos difíciles*, el segundo se desarrolla implícita y vigorosamente en la novela. Ambos son buenos ámbitos para observar el contraste entre los conceptos económicos y literarios aplicados. Preguntaré qué actividades de la personalidad son las mejores para estas dos tareas públicas, qué pensamientos, qué sentimientos, qué modos de percepción. Ello nos inducirá naturalmente a inquirir qué textos representan estas actividades deseadas y les brindan existencia.

Mi pregunta, pues, no se limitará a lo que representan las novelas, a lo que contienen, aunque eso forma parte importante de mi proyecto. También quiero preguntar qué sentido de la vida está encarnado en su misma forma: no sólo el modo de sentir e imaginar de los personajes, sino qué clase de sentimiento e imaginación se manifiestan en la narración de la historia, en la forma y la textura de las frases, en el esquema narrativo, el sentido de la vida que anima el texto en su conjunto. Y también preguntaré, inevitablemente, qué clase de sentimiento e imaginación cobran existencia cuando el texto interpela a sus lectores hipotéticos, qué clase de actividad de lectura está incorporada a su forma.

El mejor modo de encarar la competencia entre la imaginación literaria y sus rivales consiste en partir de los tres reparos que se suelen hacer a la "fantasía" cuando se trata del *policy-making*. El señor Gradgrind conocía bien esos reparos. Primero, debe decirse que la imaginación literaria es poco científica y subvierte el pensamiento social científico. Segundo, que es irracional en su compromiso con las emociones. Tercero, que no tiene nada que ver con la imparcialidad y universalidad que asociamos con la ley y el juicio público. Dedicaré un capítulo a cada una de estas objeciones. Explorando la primera en el capítulo 2, me concentraré en la manera en que las novelas encarnan y generan –para disgusto del señor Gradgrind– la actividad que él llama "fantasía", esa capacidad para imaginar posibilidades inexistentes, para ver una cosa como otra y una cosa en otra, para dotar de vida compleja a una forma percibida. En el capítulo 3

me concentraré en las emociones y los diversos motivos por los cuales se las considera una amenaza para la racionalidad. Mi opinión es que ninguno de estos motivos basta para eliminar las emociones del razonamiento público, y que, con los límites y filtros adecuados, brindan una guía irremplazable para dicho razonamiento. Más aún, la postura del lector literario nos brinda abundantes recursos para filtrar las emociones públicas. Por último, en el capítulo 4 abordaré la relación entre la imaginación literaria y la imparcialidad pública, especialmente en el derecho. Interpretando la sugerencia de Walt Whitman de que el artista literario es el "igualador de su época y su tierra", sugeriré una profunda conexión entre la "fantasía" y la igualdad democrática.

Este proyecto plantea muchas interrogantes, algunas de las cuales debo enfrentar en su propio contexto. Pero a estas alturas puedo anticipar por lo menos dos: ¿por qué la novela? y, más importante aún, ¿qué novelas?

La primera pregunta se puede formular desde diversas direcciones. La pregunta de por qué novelas y no tratados (sobre todo tratados económicos) es el tema central del capítulo 2. Pero el lector también querrá saber por qué la novela y no otras formas narrativas, como los libros de historia y las biografías. E incluso, ¿por qué la novela y no la sinfonía o el cine? Por último, aun si privilegiamos las obras literarias de ficción, ¿por qué la novela y no la tragedia, la comedia o la poesía?¹¹ Es difícil hablar del porqué antes de hablar del "qué", es decir, antes de mencionar las aportaciones que veo en dichas obras literarias. Pero algunas declaraciones generales comenzarán a orientar nuestra reflexión.

¿Por qué la novela y no los libros de historia o las biografías? Mi tema central es la capacidad de imaginar en qué consiste vivir la vida de personas que podrían ser, dados algunos cambios circunstanciales, nosotros mismos o nuestros seres queridos. Mi respuesta a la pregunta acerca de la historia, pues, surge directamente de Aristóteles. El arte literario, decía él, es "más filosófico" que la historia, porque la historia se limita a mostrar "qué sucedió", mientras que las obras literarias nos muestran "las cosas tal como podrían suceder" en la vida humana.¹² En otras palabras, la historia se limita a consignar los hechos concretos, aunque no re-

presenten una posibilidad general para la vida humana. La literatura se centra en lo posible, invitando al lector a hacerse preguntas sobre sí mismo. Aristóteles está en lo cierto. A diferencia de la mayoría de las obras históricas, las obras literarias invitan a los lectores a ponerse en el lugar de personas muy diversas y a adquirir sus experiencias. En su misma forma de interpelar al lector hipotético, transmiten la sensación de ser eslabones de posibilidad, al menos en un nivel muy general, entre los personajes y el lector. En consecuencia, activan las emociones y la imaginación del lector, y lo que a mí me interesa es la naturaleza de esta actividad y su relevancia para el pensamiento público. Las obras históricas y biográficas nos brindan información empírica, que es esencial para la buena elección. Incluso pueden despertar formas relevantes de actividad imaginaria, si están escritas en un estilo narrativo seductor. Pero, en la medida en que alientan la identificación y la simpatía del lector, semejan obras literarias. Ello ocurre especialmente cuando desean mostrar el efecto de las circunstancias sobre las emociones y el mundo interior, lo que –según argumentaré– constituye un ingrediente esencial de la aportación de lo literario.

Podríamos expresar lo mismo diciendo que la buena literatura es perturbadora de una manera en que rara vez lo son la historia y las ciencias sociales. Como suscita emociones poderosas, desconcierta e intriga. Inspira desconfianza por la sensiblería convencional, y provoca una confrontación a menudo dolorosa con nuestros pensamientos e intenciones. Podemos enterarnos de muchas cosas sobre la gente de nuestra sociedad y sin embargo mantener ese conocimiento a distancia. Las obras literarias que promueven la identificación y la reacción emocional derriban esas estrategias de autoprotección, nos obligan a ver de cerca muchas cosas que pueden ser dolorosas de enfrentar, y vuelven digerible este proceso al brindarnos placer en el acto mismo del enfrentamiento.¹³

¿Por qué las obras literarias y no las realizadas en otros medios, como la música, la danza o el cine? Esta pregunta es profunda y fascinante. Las obras artísticas no literarias a menudo poseen características narrativas y formas de expresión emocional que las aproximan a aquellas características de lo literario que aquí comentaré. Las obras musicales más serias poseen un contenido

emocional expresivo en algunos casos (las sinfonías de Mahler, por ejemplo), y es natural pensar que ese contenido se desarrolla en forma narrativa, aunque también sabemos que toda representación verbal de esa narración es a lo sumo una tambaleante traducción.¹⁴ Se pueden hacer análisis similares en el jazz. (Todo ello se relaciona con Dickens, pues en *Tiempos difíciles* la música genera las imágenes de sensualidad y juego que definen el mundo del circo.) Por otra parte, la contribución de la música es por naturaleza etérea e indeterminada, de una manera que limita su papel en la deliberación pública. En cuanto al cine, la crítica reciente nos ha demostrado convincentemente que algunas películas tienen el potencial para realizar contribuciones similares a las que yo atribuyo a las novelas.¹⁵ Y se podría argumentar que en nuestra cultura, hasta cierto punto, el cine ha reemplazado a la novela como *el* medio narrativo moralmente serio pero de gran popularidad. Creo que ello desmerece el continuo poder de la novela, y procederé a hablar sin reservas de la novela como forma viva. Pero no soy reacia a admitir que el cine también puede hacer similares aportaciones a la vida pública.

He aquí el núcleo de mi respuesta a la pregunta de por qué la novela y no otras formas literarias. La novela es una forma viva de ficción que, además de servir de eje de la reflexión moral, goza de gran popularidad en nuestra cultura. Se pueden decir muchas cosas a favor de la tragedia clásica e isabelina que están estrechamente relacionadas con lo que diré sobre la novela (una obra como *Filoctetes* de Sófocles brinda intuiciones esenciales acerca del infortunio y los beneficios sociales de la compasión). Pero, si deseamos hablar de la vida pública contemporánea, y del modo en que las circunstancias concretas moldean las emociones y aspiraciones humanas, parece aconsejable centrarse en un género que todavía sea fecundo, y donde las circunstancias concretas que se describen sean relevantes para nuestras discusiones.¹⁶ Ello no me impedirá hablar más tarde de la poesía lírica. Pero al apelar a Walt Whitman abordaré a un poeta cuyo compromiso con la narrativa y la definición concreta de diversas formas de vida lo pone en estrecho contacto con la novela.

Ello sugiere un punto de vista más general sobre el género: la novela es concreta en una medida que no suele tener parangón en otros géneros narrativos. Se podría decir que su asunto

consiste en la interacción entre las aspiraciones generales humanas y ciertas formas particulares de la vida social que alientan o frustran dichas aspiraciones, modelándolas en el proceso. La novela (por lo menos la novela realista de la que nos ocupamos) presenta formas persistentes de necesidad y deseo humanos encarnadas en situaciones sociales específicas. Esas situaciones suelen diferir bastante de la del lector. La novela, reconociéndolo, apela en general a un lector implícito que comparte con los personajes ciertas esperanzas, temores y preocupaciones generales, y que por ese motivo puede formar lazos de identificación y simpatía con ellos, pero que también vive en un ámbito distinto y necesita informarse sobre la situación concreta de los personajes. De esta manera, la misma estructura de la interacción entre el texto y su lector implícito invita al lector a ver cómo los rasgos mudables de la sociedad y las circunstancias afectan la realización —más aún, la estructura misma— de las esperanzas y los deseos comunes.

Esto se manifiesta bellamente, por ejemplo, al final de *Tiempos difíciles* de Dickens. La voz narrativa apela al lector: “¡Querido lector! De ti y de mí depende que en nuestros respectivos campos de acción sucedan o no cosas similares”. Así que tenemos al menos tres mundos sociales en juego: el de la acción de la novela, el de la voz del autor, y el mundo del lector (que a su vez es múltiple, pues la novela no restringe su convocatoria a lectores de un solo tiempo y lugar). Como lectora (sólo una entre muchas, y concretamente situada en mi propia esfera), noto que la vida de los operarios fabriles de mi sociedad difiere en algunos sentidos de la vida de los obreros de Coketown; en otros sentidos, sin embargo, no difiere tanto como desearía. Evalúo estas condiciones con referencia a ciertas normas muy generales de realización humana que forman parte de mi reacción compasiva, en el marco de un juicio acerca de aquello que es perjudicial para una vida y aquello que no lo es. Noto que el acceso al divorcio en mi sociedad es más fácil y menos clasista que en tiempos de Stephen Blackpool, pero que en otros sentidos las relaciones entre los géneros y los problemas asociados con el matrimonio y la familia no han cambiado, o tal vez se han vuelto más difíciles en algunos sentidos. También me doy cuenta de que en mi sociedad aún existen parejas que no pueden casarse

cuando quisieran gozar de los beneficios del matrimonio. De nuevo, evalúo todo esto con referencia a ciertas perspectivas de la libertad y el funcionamiento humanos, a las que atribuyo significación universal, por lo menos en un alto nivel de generalidad. No puedo leer como participante activa sin poner en juego dichas perspectivas, pues están implícitas en las emociones con que reacciono.

A medida que leo me voy enterando de que los postulados económicos del señor Gradgrind ejercen aún mayor influencia en la vida política e intelectual de mi sociedad que en la sociedad de los personajes de Dickens, o de la voz narrativa de su novela. Noto que el tipo de análisis costo-beneficio propiciado por la economía se ha vuelto tan familiar en la decisión pública que se da por sentado; al mismo tiempo, los servidores públicos leen cada vez menos literatura, que es donde descubrirían una visión más compleja de la vida humana. Me intrigan estos cambios y la influencia que ejercen sobre la reacción que yo, en cuanto ciudadana interesada, debería tener frente a mi época. En estos y otros sentidos se me invita a pensar en el desarrollo humano y a ver cómo "hombres y mujeres más o menos similares" a mí (el modo en que Dickens describe a las personas que sus personajes encuentran cuando *ellos* leen novelas) han vivido en forma diferente de la mía, en un relato de cosas que podrían ser de otra manera.

Sostengo que este juego entre lo general y lo concreto forma parte de la estructura misma del género, de su manera de interpelear a los lectores. La novela construye un paradigma de un estilo de razonamiento ético que es específico al contexto sin ser relativista, en el que obtenemos recetas concretas y potencialmente universales al presenciar una idea general de la realización humana en una situación concreta, a la que se nos invita a entrar mediante la imaginación. Es una forma valiosa de razonamiento público, tanto desde una perspectiva intracultural como desde una intercultural. En general, la novela lo alienta en mayor grado que las tragedias clásicas, los cuentos o los poemas líricos.

He imaginado a los lectores en una situación concreta, pero diferentes lectores presentarán, por cierto, diferentes situaciones concretas. Diferentes lectores percibirán legítimamente distintas cosas en una novela, interpretándola y evaluándola de diversas

maneras. Ello naturalmente sugiere un nuevo desarrollo de la idea de razonamiento público como lectura de novelas: que el razonamiento implícito no sólo es específico de un contexto sino que, cuando está bien hecho, es comparativo y evoluciona en la conversación con otros lectores cuyas percepciones cuestionan o complementan la nuestra. Esta es la idea de la "co-ducción", elaborada por Wayne Booth en su excelente libro *The Company We Keep: An Ethics of Fiction*.¹⁷ Booth arguye que el acto de leer y evaluar lo que hemos leído es éticamente valioso precisamente porque su estructura exige tanto la inmersión como la conversación crítica, porque nos insta a comparar lo que hemos leído, no sólo con nuestra experiencia sino con las reacciones y argumentaciones de otros lectores. Si creemos en este tipo de lectura, en la combinación de nuestra imaginación absorta con períodos de escrutinio crítico más distante (e interactivo), comprenderemos por qué puede resultar una actividad adecuada para el razonamiento público en una sociedad democrática.

Hay otra característica de la lectura de novelas que es preciso señalar desde un principio: el interés de la novela por lo cotidiano. Como lectores de *Tiempos difíciles*, visitamos un aula, un hogar de clase media, un circo, un hogar de clase obrera, la oficina de un gerente, la fábrica donde trajinan los operarios, una mina abandonada donde muchos obreros han encontrado la muerte. Ninguno de estos lugares habría sido apropiado para las tragedias de Esquilo, Sófocles, Corneille y Racine.¹⁸ Aun en la historia política y las biografías, la vida de lo insignificante puede aparecer sólo como clases o estadísticas, tal como figuran en los libros que recomienda el señor Gradgrind. Pero en la narración de Dickens nos sumergimos en lo cotidiano, que se constituye en objeto del interés y la comprensión más hondos. Visitamos estos lugares como amigos, preocupados por lo que acontece en ellos. Esta era una característica del género desde su nacimiento, sobre todo en Inglaterra, y por eso está tan asociado con el surgimiento de la democracia.¹⁹ En cada etapa del desarrollo del género encontramos momentos autorreferenciales que indican ese rasgo al lector. Cuando Louisa va a visitar a Stephen Blackpool, hacia la mitad de *Tiempos difíciles*, Dickens destaca que ella nunca había sabido nada concreto sobre la vida de los obreros de fábrica, pues sólo sabía de su existencia como estadísticas abstractas. Se invita

al lector a notar que su propia experiencia de lector de novelas ha sido muy diferente de la de ella. Análogamente, cuando Mary Dalton, la bien intencionada liberal de Richard Wright, exclama que no sabe nada sobre la gente que vive a diez manzanas de su casa, los lectores de Wright son invitados a recordar que ellos iniciaron su propia experiencia en el inquilinato de Bigger Thomas, como testigos del ataque de Bigger contra una rata enorme. En *Maurice*, de Forster, los personajes describen reiteradamente al homosexual como un ser perverso y promiscuo, diferente de ellos en todo sentido. El lector de Forster ya sabe que Maurice es un rutinario agente bursátil de clase media cuyas fantasías sexuales se centran en la imagen de un amigo afectuoso. La novela introduce al lector en lo que de alguna manera es común y próximo pero que a menudo, en su significativa extrañeza, es objeto de profunda ignorancia y de rechazo emocional.

Ello nos conduce a la siguiente pregunta. ¿Qué novelas? Argumentaré que el género mismo, dados los rasgos generales de su estructura, alienta una empatía y una compasión que son sumamente relevantes para la ciudadanía. Adam Smith tenía razón cuando encontraba en la experiencia de la lectura un modelo de las actitudes y emociones del espectador juicioso. Pero, desde luego, no existe el "género en sí mismo"; sólo existen las novelas, obras que no comparten un solo núcleo de rasgos comunes a través de los siglos, aunque estén conectadas por una red de semejanzas superpuestas. Me parece significativo que sea necesario subvertir propiedades esenciales de la tradición (eliminar la invitación a investigar la psicología y la historia de los personajes, las que son tan "esenciales" como otros elementos del género) para desechar distinciones cualitativas y la individualidad, la compasión, incluso la misericordia. En el capítulo 4, donde hablo de *Native Son* de Richard Wright, regresaré a este punto. Pero es evidente que no toda obra que posea muchos rasgos comunes del género resultará igualmente valiosa para la ciudadanía. El análisis de Wayne Booth muestra gráficamente lo que todos sabemos: que muchas obras populares suscitan en el lector sentimientos toscos y fantasías que pueden suponer la deshumanización de otros.²⁰ La evaluación ética de las novelas mismas, en conversación con otros lectores y con los argumentos de la teoría moral y política, es pues necesaria para que el aporte de

las novelas sea políticamente fructífero. Buscamos, ante todo, la mejor coincidencia entre nuestros juicios morales y políticos y las intuiciones que ofrece la lectura. La lectura puede inducirnos a modificar algunos de nuestros juicios, pero también es posible que estos juicios nos induzcan a rechazar ciertas experiencias de lectura como deformantes o perniciosas.²¹

He optado por concentrarme en la novela realista angloamericana, y sobre todo en un grupo de novelas que tratan temas sociales y políticos. El segundo capítulo se centra en *Tiempos difíciles*, que he escogido por su atención a la relación entre la imaginación literaria y sus adversarios económicos, y por su investigación del papel de la "fantasía". Aunque hay buenos motivos para criticar algunos aspectos del retrato dickensiano de la sociedad, creo que su novela contiene (en su forma, así como en las afirmaciones que se hacen en ella) valiosas intuiciones acerca del poder de la imaginación en la política, las que no son ajenas a su riqueza metafórica y lingüística.

Pero nadie puede aprender todo lo que necesita aprender como ciudadano sólo con leer obras ambientadas en una época y un lugar distantes, por muy universales que sean los hallazgos de esas obras. La lectura de Dickens nos muestra muchas cosas sobre la compasión, pero no nos muestra los modos particulares en que nuestra sociedad inhibe nuestra compasión por personas de otra raza u orientación sexual. Tampoco muestra los modos en que la desigualdad social y el odio forman y deforman la vida emocional de las víctimas de ese odio. En consecuencia, en el capítulo 4, hablando de la igualdad social, volveré a Wright y a E. M. Forster para indagar tales cuestiones.

Ahora es preciso hacer hincapié en dos cosas. Primero, aunque destacaré la crítica económica presente en *Tiempos difíciles*, no considero que mi investigación literaria sea anticientífica ni que convoque al rechazo de la ciencia económica. Esa propuesta sería absurda. Ni siquiera la hacía Dickens, quien declaró que debíamos llegar a la "Razón" (con lo cual aludía al razonamiento científico formal) "por medio de la tierna luz de la Fantasía", no que nos limitáramos a la "fantasía" y viviéramos toda la vida en el circo. Más aún, Dickens era excesivamente escéptico en cuanto a

la economía. Su hostilidad hacia los modelos matemáticos formales le impedía ver que los problemas para los cuales buscaba solución en la beneficencia privada podían prestarse a una solución institucional pública.

Mi propuesta es más modesta: que la ciencia económica se debería construir sobre datos humanos tales como los que las novelas de Dickens revelan a la imaginación, que la ciencia económica debería buscar fundamentos más complejos y filosóficamente coherentes. Como se verá en mis comentarios sobre las obras recientes de filosofía económica acerca de la calidad de vida, en el capítulo 2, hay muchos motivos para pensar que un enfoque que incluya los elementos que yo encuentro en la literatura permite un tipo de modelación y medición más fructífero en lo predictivo, y más apto para guiarnos en las decisiones, que los tipos que encontramos en la ciencia económica. Pero dichos elementos, por cierto, no deberían desplazar los hallazgos de la ciencia económica, que puede cumplir muchas funciones que sin esos modelos formales quedan fuera del alcance de la imaginación de los individuos; aquélla nos proporciona, entre otras cosas, un sentido práctico de cómo se pueden alcanzar ciertas metas que la imaginación nos presenta: menos desempleo, precios más bajos, mejor calidad de vida en general.

Segundo, el énfasis en la imaginación literaria no está destinado a desplazar la teoría moral y política ni a reemplazar los razonamientos por las emociones. Semejante interpretación de mi propuesta sería totalmente contraria a su espíritu e intención. Como se verá en el capítulo 3, las emociones del lector contienen evaluaciones implícitas y descansan, pues, en una teoría del bien. Como ya he sugerido al comentar a Booth, esta teoría debe cotejarse con las teorías morales y políticas que ha propuesto la filosofía, no sólo en el seno de la reflexión interior de cada lector, sino en conversación con otros lectores. Por sí misma no es completa, y puede resultar desorientadora. La reacción de los lectores ya apunta hacia ciertas teorías políticas en vez de otras; rechazan el utilitarismo y se sienten más a sus anchas con ciertas perspectivas kantianas y aristotélicas del ser humano. Pero las sutiles diferencias entre esas teorías se deben elucidar mediante argumentaciones filosóficas. La lectura de novelas no brindará por sí misma estas argumentaciones, que a

veces pueden inducirnos a rechazar las intuiciones que surgen de nuestras lecturas.

Hago dos afirmaciones, pues, en lo concerniente a la experiencia del lector: primero, que brinda intuiciones que –una vez sometidas a la pertinente crítica– deberían cumplir una función en la construcción de una teoría política y moral adecuada; segundo, que desarrolla aptitudes morales sin las cuales los ciudadanos no lograrán forjar una realidad a partir de las conclusiones normativas de una teoría política o moral, por excelente que sea. Como decía en el prefacio, la lectura de novelas no nos dirá todo sobre la justicia social, pero puede ser un puente hacia una visión de la justicia y hacia la realización social de esa visión.

2

La fantasía

—Bitzer —dijo Thomas Gradgrind—. Tu definición de un caballo.

—Cuadrúpedo. Herbívoro. Cuarenta dientes, a saber: veinticinco molares, cuatro colmillos, doce incisivos. Cambia de piel en primavera; en los terrenos pantanosos también cambia los cascos. Los cascos son duros, y es preciso ponerles herraduras. Se conoce la edad por las marcas de la boca. Esto dijo Bitzer (y mucho más).

—Ahora, alumna número veinte —dijo el señor Gradgrind—, ya sabes qué es un caballo.

Todos los padres podían bailar sobre toneles rodantes, erguirse sobre botellas, atajar cuchillos y bolas, hacer girar bacinillas, montar sobre cualquier cosa, saltar sobre cualquier cosa y lanzar puñales a cualquier parte. Todas las madres podían bailar (y bailaban) sobre cuerdas flojas y sobre cables tensos, y hacer piruetas sobre corceles sin montura; ninguna se negaba a mostrar las piernas y una de ellas, guiando un carro griego, entraba en cada pueblo guiando seis caballos.

Charles Dickens, *Tiempos difíciles*

Nada más que datos

Tiempos difíciles contiene una visión normativa de una economía política científica y de la imaginación política científica. Presenta esta norma, por cierto, como blanco de un mordaz ataque satírico. Pero como este ataque es profundo, la novela describe el objeto de su sátira con lucidez y muestra el sentido más hondo

de lo que aún hoy suele enseñarse como normativo en la decisión pública, en sociología y en ciencias políticas, en bienestar social y en economía del desarrollo, y recientemente hasta en derecho, donde el movimiento *law and economics* ejerce una creciente influencia sobre la educación de los futuros abogados y jueces.

Los actuales modelos utilitaristas de elección racional derivan, en última instancia, del utilitarismo que el señor Gradgrind conocía, aunque con algunas importantes diferencias, que describiré brevemente. Los modelos más comunes suponen cuatro elementos: conmensurabilidad, adición, maximización y preferencias exógenas.

Conmensurabilidad significa que la elección racional, en estos modelos, supone que los objetos valiosos que sometemos a nuestra consideración son mensurables en una sola escala, que sólo expone diferencias cuantitativas, no cualitativas. Ello es posible porque, como en el utilitarismo clásico decimonónico, hay un compromiso explícito con una teoría monista del valor (todas las cosas valiosas son valiosas porque contienen una cosa que en sí misma varía sólo en cantidad) o porque, a pesar de la pluralidad de valores, hay una argumentación que muestra que un solo tipo de medición puede capturar lo que es valioso en todas ellas.²² (También puede ocurrir que el teórico, aunque no crea que un solo tipo de medición capture lo realmente valioso, encuentre una base suficiente para modelar la elección con propósitos predictivos. Esa función de la conmensurabilidad escapa a algunas de las críticas que haré, y regresaré sobre ella al final.)

Con *adición* quiero decir que se obtiene un resultado social juntando datos a partir de vidas individuales, sin considerar los límites que dividen dichas vidas como de especial importancia para los propósitos de la elección.²³

Con compromiso con la *maximización* me refiero al empeño en considerar la racionalidad tanto individual como social como dirigida a obtener la mayor cantidad posible de algo, trátese de la riqueza, la satisfacción de preferencias y deseos, del placer o de ese elusivo ítem que es la utilidad.

Por último, la teoría supone que las preferencias de las personas son *exógenas*, en otras palabras, que para propósitos económicos se pueden suponer como algo dado. Con frecuencia, aunque

no siempre, ello se asocia con la perspectiva de que las preferencias son simplemente materia prima para la opción personal o social, y no son en sí mismas producto de opciones sociales.²⁴

Tales supuestos dan al utilitarismo su visión característica de las personas. Como lo expresan vívidamente Amartya Sen y Bernard Williams: "Esencialmente, el utilitarismo ve a las personas como el ámbito de sus respectivas utilidades, como los sitios donde acontecen las actividades tales como desear y sentir placer y dolor. Una vez que ha tomado nota de la utilidad de la persona, el utilitarismo ya no tiene más interés directo en ninguna información sobre ella (...). Las personas no cuentan como individuos, tal como un tanque de gasolina individual no cuenta en el análisis del consumo nacional de petróleo".²⁵ En otras palabras, ni las distinciones cualitativas entre las personas (más allá de la cantidad de utilidad que generen) ni, en última instancia, los límites entre ellas (sólo son contenedores de utilidad o lugares donde se realiza la utilidad), ni su libertad de elección (pues la utilidad se define de un modo que no hace referencia esencial a la condición de agente) serán relevantes desde el punto de vista de la explicación utilitarista.

Los modelos utilitaristas de elección racional se utilizan para varios propósitos. Algunos de estos propósitos son *explicativo-predictivos*: usando el modelo, el economista sostiene que la elección de ciertos actos producirá ciertos resultados. Otros usos son *normativos*: se critica la conducta que no se conforma al modelo por irracional o deficiente, y el modelo se utiliza para guiar la elección de decisiones públicas. Esta distinción conduce a otra, a la que regresaré más tarde, entre los teóricos que dan una explicación sustantiva de los ítemes que se deben maximizar (por ejemplo, la utilidad) y en consecuencia sostienen que son específicos y demostrables, y otros que simplemente entienden que la conducta real revela preferencias, y en consecuencia hacen afirmaciones casi inverificables sobre el papel de la conducta en la maximización de la satisfacción de preferencias.

El utilitarismo clásico y los modelos contemporáneos de elección racional parecen diverger ampliamente. A partir de la base común, las teorías clásicas de Bentham y Sidgwick se concentran en usos normativos y no explicativos de la utilidad y, dentro del proyecto normativo, en una idea radical según la cual el objetivo

adecuado de la elección personal y social es la maximización de la suma total (o en algunas versiones, del promedio) de la felicidad humana, habitualmente entendida como placer o satisfacción. Se trata, como puede verse, de una teoría moral extremadamente exigente y revisionista. Supone que en cada una de mis elecciones yo debería preferir la opción que sea mejor para la vida humana en general. Si soy una cómoda persona de clase media, esta teoría me planteará mayores exigencias de altruismo y auto-sacrificio que la mayoría de las teorías morales. Requiere que me considere como uno más entre todos los seres humanos del mundo, y que no dé preferencia a mis amigos y familiares, a mis metas y proyectos. Los utilitaristas clásicos no sugieren que la gente se comporta de este modo en la realidad; saben que no es así. Creo que el énfasis en el igual valor de las personas es un aspecto muy meritorio del ideal utilitarista clásico; como veremos, es un aspecto que la novela de Dickens apoya en gran medida.

En cambio, los teóricos contemporáneos de la elección racional se concentran en elementos explicativo-predictivos; sostienen que brindan modelos que nos permiten predecir la conducta, no direcciones para el cambio de conducta. Y su teoría descriptiva, lejos de centrarse en el altruismo, sostiene que la finalidad de la elección racional individual es siempre la maximización de la satisfacción del interés individual. En estos supuestos conductuales el altruismo sólo cumple una función instrumental: hacer bien a alguien me ayuda en cierto sentido a maximizar mi utilidad o la satisfacción de mis preferencias.²⁶ Podríamos interpretar entonces que la teoría contemporánea considera irracionales las elecciones altruistas que la teoría clásica sostiene como paradigmáticas de lo (normativamente) racional.

Hay mucha verdad en ello, y en esa medida el lector moderno encontrará que *Tiempos difíciles* tiene un doble objetivo, pues dirige sus dardos contra los supuestos comunes a ambas teorías, a veces concentrándose en los objetivos sociales normativos de la teoría clásica y otras veces en los supuestos conductuales de algo que es semejante a la teoría contemporánea. Pero en realidad ambas teorías están más emparentadas de lo que sugiere esta exposición, pues la teoría clásica, además de su explicación normativa de la elección, necesita una exposición descriptiva de los

modos en que la gente habitualmente elige en la realidad. La teoría no espera ni desea que la mayoría de las personas piensen como utilitaristas normativos en todas sus opciones —una posibilidad que presentaría conocidas dificultades—;²⁷ además de su exigente norma, necesita pues una explicación de cómo escoge la mayoría de la gente en la vida cotidiana, y Dickens sugiere plausiblemente que el modelo de maximización de la satisfacción de los intereses y las preferencias personales es algo que un economista del tipo del señor Gradgrind podría desarrollar de forma coherente. De hecho, eso es lo que Jeremy Bentham, fundador de la teoría clásica, asumía como cierto de la gente. Por otra parte, la teoría contemporánea de la elección racional tiene su propia dimensión normativa. Algunos autores del movimiento *law and economics*, por ejemplo, sostienen que el objetivo de la elección racional social es la maximización de la riqueza de la sociedad, un objetivo que se supone promueven en su conjunto las elecciones interesadas de agentes que son racionales en lo descriptivo. El objetivo de la maximización de la riqueza es de tipo normativo, aunque no siempre ello se haga evidente; así, es posible criticar una elección cuando no promueve ese objetivo.²⁸ Aunque no es precisamente el mismo objetivo que el de los utilitaristas clásicos como Bentham y Sidgwick (pues hasta un utilitarista admite que la riqueza no es sinónimo de felicidad), está estrechamente relacionado con el suyo y parece plantear exigencias similares al individuo. En muchos otros sentidos, los modelos contemporáneos proponen normas para la elección social y el rumbo de las decisiones públicas.

La imagen utilitarista de los seres humanos y la racionalidad es muy conocida en teoría. Si la norma utilitarista resulta tan singular para el lector de la novela de Dickens es porque se toma absolutamente en serio: no es sólo un modo de redactar informes, sino una forma de tratar con la gente en la vida cotidiana; no es sólo un modo de hacer economía, sino de definir un caballo o hablar con una niña; no es sólo un modo de parecer profesionalmente respetable, sino un compromiso que determina todo el contenido de nuestra vida personal y social. Pero, como esta norma se presenta como una pauta de racionalidad y no sólo como una herramienta profesional, y como, si en verdad constituye una norma, parece justo pedir a la gente que la respete,

también parece justo preguntar cómo sería la gente que viera el mundo tal como dicha norma lo recomienda, y si esa visión sería completa. Y es razonable suponer que el contenido de esta norma que postulan las ciencias sociales, los hábitos de percepción y reconocimiento que ella alienta, influyen hasta cierto punto sobre la visión personal y la conducta de los científicos que la formulan. Al examinar el utilitarismo queremos aprender algo acerca del modo en que esta norma afecta a la gente, y saber qué podemos esperar de la gente así afectada.²⁹

Es más, y sobre todo en la creciente bibliografía que analiza la organización de la conducta fuera del mercado, cada vez encontramos más análisis que para el lego en economía resultan tan exóticos como las enseñanzas de la escuela de Gradgrind. Hace tres años, por ejemplo, se publicó un solemne artículo acerca de las “pérdidas navideñas”, donde se alegaba que los regalos en mercadería son menos eficientes que los regalos en efectivo y que la práctica de hacer regalos genera cuatro mil millones de dólares de “pérdidas” anuales.³⁰ Otro ejemplo es esta explicación gradgrindiana de las opciones sexuales, tomada de la controvertida obra *Sexo y razón*, de Richard Posner:

Ahora examinemos los diferentes “tipos” de costo que supone la sexualidad, así como los principales factores que afectan estos costos. Uno es el costo de la búsqueda. Es cero para la masturbación en cuanto actividad solitaria, por lo que resulta la más barata de las prácticas sexuales. (La acotación es importante: la “masturbación mutua”, heterosexual u homosexual, es una forma de relación no vaginal pero sus costos de búsqueda son positivos.) ...Los hombres incurren en considerables costos de búsqueda por una *call girl* –y costos aún más elevados, por cierto, en el caso de una amante o de una esposa–, pero en muy pocos por las “mujeres de la calle”, prostitutas cuyo costo de búsqueda es cero y que sólo brindan servicios sexuales de calidad inferior. Análogamente, los bienes de calidad inferior se consumen en el hogar, no se despachan.³¹

Esta peculiar forma de hablar se puede defender seriamente. Luego examinaré la plausible objeción de que el enfoque de la

elección racional no está destinado a modelar el pensamiento y los actos de la gente, sino sólo a brindar un modelo hipotético para predecir las elecciones. Pero argumentaré que esta objeción, aunque hasta cierto punto justificada, no reduce sino que eleva el aporte crítico de una novela como *Tiempos difíciles*. Con todo, exploremos con la novela antes que nada la extrañeza de esos modos de hablar acerca de los seres humanos y preguntémonos por qué son tan extraños.

Lo que estoy por decir puede parecer obvio en ciertos sentidos, pues uno de los designios de la novela es mostrarnos la forma de pensar del economista en el contexto de la vida cotidiana como absolutamente extraña, y la manera contraria como natural. Pero el economista rival de Dickens no es un espantajo inventado por el novelista, sino una concepción que aún hoy domina nuestra vida pública de una manera que no difiere mucho de la que presenta esta novela. Si examinamos las complejas modificaciones del utilitarismo disponibles en la filosofía moral, la sátira de *Tiempos difíciles* puede parecer hasta poco sutil.³² Pero la versión económica de la teoría utilitarista de la elección racional suele contener pocas sutilezas filosóficas, y ejerce mayor influencia que las versiones filosóficas. No sólo domina el pensamiento y la práctica económicas, sino también —dado el prestigio de la economía dentro de las ciencias sociales— gran parte de la literatura de otras ciencias donde la “teoría de la elección racional” se adopta como equivalente a la teoría de la elección racional que se practica en la economía neoclásica. Los *policy makers* acuden a estas normas para encontrar un modo ordenado de tomar decisiones. Los enfoques económicos han ejercido gran influencia aun en las áreas más inesperadas, como el análisis de la familia y de la sexualidad.³³ Y la elegante simplicidad de la teoría es tan seductora que ejerce una influencia cada vez mayor en la jurisprudencia, aun cuando gran parte de la tradición judicial ha preferido una imagen más compleja del razonamiento práctico, estrechamente relacionado con el que defenderemos en este capítulo. Recientemente la teoría ha invadido incluso los estudios literarios, donde se invoca el prestigio de la economía neoclásica —la de la escuela de Chicago— en defensa de una aplicación amplia de su teoría conductual a todos los campos de la vida humana.³⁴ El lector que no esté familiarizado con la posición opuesta

puede acudir a los escritos de Gary Becker sobre la familia, o los de Richard Posner sobre diversos temas, para hacerse una idea más cabal de su manera de hablar sobre las personas. Los enfoques de Posner y Becker son extremos, pero sólo en el sentido de que, como esta novela, aplican globalmente una teoría donde los rasgos económicos son aplicables a la elección racional en general. Si esa teoría constituye una explicación adecuada de la racionalidad, tienen razón al hacerlo, y se justifica que examinemos sus obras como verificaciones de la visión de la teoría.³⁵ Los apologistas de tal enfoque económico han efectuado altisonantes declaraciones al respecto, como que “la economía es racionalidad aplicada” e incluso que “todas las conductas deliberativas y previsoras del hombre siguen los principios de la economía”.³⁶ Es preciso analizar atentamente tales afirmaciones. Volvamos para ello al señor Gradgrind, quien –a diferencia de la mayoría de sus primos contemporáneos– al menos termina por expresar remordimiento, revelando de paso cierta complejidad humana.

El lector debe tener en cuenta desde el principio que mi crítica (como la de la novela) se dirige hacia una concepción específica de la ciencia económica, no contra la idea misma de ciencia económica, y ciertamente no contra la idea de que las teorías científicas abstractas puedan resultar cruciales para la buena conducción de la vida pública. Resultará evidente que esta crítica está aliada a una concepción alternativa de la ciencia económica y la racionalidad económica que a su vez es plenamente científica. Incluso la podemos considerar *más* científica por ser más veraz y precisa, y está ligada a la teorización filosófica tal como el utilitarismo económico lo está a las teorías filosóficas utilitaristas, aunque sus filósofos predilectos son Kant, Rawls, Mill, Smith, Dewey y Aristóteles en vez de Bentham y Sidgwick.

“En esta vida no necesitamos más que hechos, señor, nada más que hechos.” Este famoso aserto, proclamado en el aula del señor Gradgrind en el capítulo inicial de la novela (un capítulo titulado “Lo único necesario”), define la esencia de la filosofía de Gradgrind. Y la novela pronto la caracteriza mejor, poniendo en boca de este hombre las frases bruscas y directas que parecen adecuadas para expresar su mentalidad.

Thomas Gradgrind, señores. Un hombre de realidades. Un hombre de datos y cálculos. Un hombre que se atiene al principio de que dos más dos son cuatro, sin vuelta de hoja, y al que nadie logrará convencer con vueltas de hoja. Thomas Gradgrind, señores, Thomas y no otro. Thomas Gradgrind. Con una regla y un par de pesas, y la tabla de multiplicar siempre en el bolsillo, señores, dispuesto a sopesar y medir cada porción de naturaleza humana y a decir exactamente a qué se reduce. Es una mera cuestión de cifras, pura aritmética.

La economía política de Gradgrind se presenta como una ciencia que ofrece datos en vez de ociosas fantasías, objetividad en vez de meras impresiones subjetivas, la precisión del cálculo matemático en vez de la irritante elusividad de las distinciones cualitativas. "Como usted sabe, la razón es la única facultad que debería abordar nuestra educación", le dice a su amigo Bounderby. La economía política de Gradgrind se enorgullece de abordar el mundo por medio de la razón y no del sentimiento, y con el distante poder teórico y calculador del intelecto matemático en vez de una deliberación razonada y más cualitativa. El intelecto de Gradgrind ve el heterogéneo mobiliario del mundo, seres humanos incluidos, como superficies o "porciones" que se deben sopesar y medir.

Esta breve descripción resume atinadamente cuatro aspectos de la mentalidad económica utilitarista.³⁷ Primero, reduce las diferencias cualitativas a diferencias cuantitativas. En vez de Louisa, Tom, Stephen, Rachel, en toda su diversidad cualitativa, su particularidad histórica, tenemos simplemente "porciones de naturaleza humana" que son cuantificables. Esta eliminación de la diferencia cualitativa se obtiene haciendo abstracción de todo aquello que en la gente se sustrae a las fórmulas matemáticas; esta mentalidad, para medir lo que mide, atiende sólo a una versión abstracta y general del ser humano, en vez de a la diversidad concreta con que la novela nos enfrenta desde un principio: los oscuros ojos brillantes de Sissy Jupe, los claros y fríos ojillos de Bitzer, la calva del profesor M'Choakumchild reluciendo "como la masa de un pastel de ciruelas", el oscuro cabello de la alumna Sissy, "que parecía recibir más lustre del sol cuando sus rayos la alumbraban".³⁸ Vemos esta mentalidad abstracta y mate-

mática en el modo en que la escuela de Gradgrind trata a sus alumnos, a quienes se designa por un número (“alumna número veinte”) y no por su nombre, y a quienes se considera como un “plano inclinado de pequeños recipientes dispuestos en orden, preparados para recibir galones de datos hasta desbordar”.³⁹ La vemos en el tratamiento de los obreros de Coketown, una serie de “manos y estómagos”, “bullentes miríadas” cuyos destinos se pueden calcular en una pizarra, y cuyas diferencias cualitativas son tan irrelevantes como las de “hormigas y escarabajos” que “entraran y salieran de sus nidos”.

Segundo, la mentalidad Gradgrind, empeñada en sus cálculos, está decidida a sumar los datos obtenidos a partir de las vidas individuales para llegar a una imagen de utilidad total o media que elimine los límites personales además de las diferencias cualitativas. El individuo ni siquiera es tan distinto como un insecto, pues en los cálculos del señor Gradgrind la persona se convierte en un mero dato que es parte de una compleja operación matemática que trata la unidad social como un solo gran sistema donde todas las preferencias y satisfacciones se combinan y fusionan. Así, en la educación de Louisa la clase trabajadora se convierte en

Algo que debía trabajar tanto y cobrar tanto, y nada más; que se debía determinar infaliblemente por las leyes de la oferta y la demanda, algo que tropezaba con esas leyes y se metía en dificultades, algo que se marchitaba un poco cuando el trigo se encarecía, y se ensoberbecía cuando el trigo se abarataba; algo que aumentaba a determinado porcentaje, y arrojaba un porcentaje similar de delitos, y otro porcentaje similar de mendicidad; algo provechoso con lo cual se amasaban vastas fortunas, algo que en ocasiones crecía como el mar, causaba daños y estragos (sobre todo a sí mismo) y bajaba de nuevo; así veía ella a los obreros de Coketown. Nunca había pensado en separarlos en unidades, así como no había pensado en separar el mar en las gotas que lo componían.

Las vidas son gotas en un mar indiviso, y la pregunta de cómo funciona el grupo es una pregunta cuya resolución económica requiere eliminar el infranqueable abismo que separa la desdicha de unos de la satisfacción de otros.⁴⁰ Por razones simila-

res, esta pregunta requiere que el protagonismo y la libertad se aborden como fenómenos periféricos, pues el individuo es visto como un contenedor de satisfacciones cuya elección activa es irrelevante para la teoría, salvo en la medida en que la elección misma es fuente de satisfacción.⁴¹

El señor Gradgrind no elimina perfectamente la individualidad y el protagonismo en su escuela, donde los alumnos conservan su nivel de desempeño individual, su aptitud para pensar y hablar como centros individuales de elección, e incluso cierta medida de distinción cualitativa. No alcanza su meta a la perfección ni siquiera consigo mismo, pues su retórica interna, en el pasaje antes citado, insiste en la separación y la diferencia cualitativa de su mente respecto de la de otros. "Quizá pudiéramos introducir estas patrañas en la cabeza de George Gradgrind, de Augustus Gradgrind, de John Gradgrind o de Joseph Gradgrind (meras suposiciones, personas inexistentes), pero nunca en la cabeza de Thomas Gradgrind, nunca jamás." La novela sugiere sutilmente que la medida de autonomía personal y respeto que el señor Gradgrind anhela para sí mismo lo obliga a encararse con una distinción que él niega en sus cálculos, e incluso a regodearse en una rara (aunque tosca) fantasía.

Pero le va mejor en el seno de su familia, pues en general consigue percibir a sus propios hijos del modo en que recomienda su teoría.⁴² Cuando Louisa, atormentada por su inminente boda con Bounderby, exclama "Padre, a menudo he pensado que la vida es muy breve", su desconcertado padre responde:

—Sin duda es breve, querida mía. No obstante, está demostrado que la duración media de la vida humana ha aumentado en los últimos años. Los cálculos de diversas oficinas de seguros, entre otras cifras que no pueden estar erradas, han confirmado este dato.

—Hablo de mi propia vida, padre.

—¿De veras? Aun así, huelga aclararte, Louisa, que tu vida está regida por las leyes que rigen las vidas de la suma total.⁴³

Y en uno de los momentos más escalofriantes y brillantes de la novela, vemos qué apariencia tenemos cuando somos vistos por los ojos de la "teoría Gradgrind". La señora Gradgrind, sumi-

sa y siempre con un escaso sentido de su diferencia cualitativa y su protagonismo individual, yace en lo que pronto será su lecho de muerte. “¿Sientes dolor, querida madre?”, pregunta Louisa. La respuesta:

—Creo que hay dolor en alguna parte de la habitación —dijo la señora Gradgrind—, pero no podría afirmar a ciencia cierta que es mío.

La economía política sólo ve dolores, satisfacciones y generalidades, no ve a las personas como centros delimitados de satisfacción, y menos como agentes cuya planificación activa es esencial para la humanidad de cualquier satisfacción que obtengan. La señora Gradgrind aprendió bien la lección.

Si regresamos a la descripción inicial del señor Gradgrind, hallaremos un tercer rasgo de su mentalidad económica: su determinación de encontrar, por medio de un procedimiento “sumatorio” o maximizador, una solución pulcra y precisa para todo problema humano.⁴⁴ El señor Gradgrind, en efecto, está dispuesto a “sopesar y medir cada porción de naturaleza humana, y decir exactamente a qué se reduce”. Y más adelante se describe su estudio como un “encantador apartamento” donde “las más complejas cuestiones sociales eran invocadas, sumadas en totales exactos y al fin zanjadas”. Como desde un principio ordena los datos humanos en “forma tabular”, la mentalidad económica no tiene reparos en encarar la vida de los seres humanos como un problema matemático relativamente elemental que tiene una solución definida, ignorando el misterio y la complejidad de cada vida, en su intriga y dolor frente a sus elecciones, sus enmarañados amores, sus intentos de enfrentar el enigmático y sobrecogedor hecho de la propia mortalidad.⁴⁵ La desaprensiva mentalidad calculadora juega con la superficie de estas vidas como si no necesitara mirar en su interior, como si pudiera “decidir todos sus destinos en una pizarra”.

La idea de que la “simple aritmética” puede resolver cualquier problema humano tiene una influencia decisiva en la educación al estilo Gradgrind. Los hijos de éste aprenden desde tierna edad a encarar el mundo de la naturaleza sin el menor sentido del misterio o del asombro. La definición del caballo que nos da el “buen estudiante” Bitzer es una descripción chata y abstracta de los rasgos superficiales del animal, que reniega de

imaginar su complejidad en cuanto forma de vida o su significación en la vida de los seres humanos que aman los caballos. Lo mismo sucede con las vidas humanas. El señor Gradgrind ni siquiera entiende el sentido del exabrupto de su propia hija, cuando ella habla oscuramente de un fuego que estalla de noche y se pregunta por la brevedad de su vida. En consecuencia, Gradgrind no siente la menor curiosidad por los distantes seres humanos que trabajan en las fábricas de Coketown. En una de las más notables incursiones de una voz en primera persona en esta novela, Dickens describe y critica este hábito mental:

Tantos obreros en la fábrica equivalen a otros tantos caballos de fuerza. Es sabido hasta la precisión de una libra qué hará el motor, pero ni siquiera todos los expertos en la deuda nacional pueden medir la capacidad para el bien o para el mal, para el amor o para el odio, para el patriotismo o para el descontento, para la degeneración de la virtud en vicio, o para lo inverso, en el alma de estos callados sirvientes de semblante calmo y gestos mecánicos. No hay misterio en ello; hay un misterio insondable y eterno aun en el más insignificante entre ellos. Quizá deberíamos reservar nuestra aritmética para los objetos materiales, y gobernar estas abrumadoras incógnitas con otros medios.

Si las decisiones económicas no reconocen las complejidades de la moral interior de cada ser humano, sus luchas y perplejidades, sus complicadas emociones, sus esfuerzos de comprensión y su terror; si no distinguen en sus descripciones entre una vida humana y una máquina, cabe desconfiar de su pretensión de gobernar una nación de seres humanos. De hecho, es bastante posible que, puesto que nos consideran iguales a objetos inanimados, nos trataran con cierta obtusidad.

Ello nos conduce directamente a la cuarta característica de la racionalidad económica que esta novela nos presenta. Como ve a los seres humanos como fichas en un juego matemático, negándose a explorar su misterioso mundo interior, la filosofía Gradgrind puede adoptar una teoría de la motivación humana que resulta simple y elegante, apropiada para el juego del cálculo, pero cuya relación con las complejas leyes que rigen el

mundo interior de un ser humano debe encararse con escepticismo. Así como Gradgrind se considera un hombre práctico y realista, un hombre dado a los datos fríos y concretos antes que a las fantasías etéreas, la teoría tiene un aire de desdenoso realismo que sugiere el desenmascaramiento de ficciones agradables pero huecas. Los seres humanos, según esta visión antisentimental, actúan siempre motivados por el interés personal.⁴⁶ Al final del libro, Bitzer, el perfecto discípulo de esta concepción, revela el principio según el cual se crió. Cuando el arrepentido señor Gradgrind procura apelar a su gratitud y amor, Bitzer le espeta:

–Perdón por interrumpir, señor –replicó Bitzer–, pero sin duda usted sabe que todo el sistema social se basa en el interés personal. Siempre se debe apelar al interés personal. Es lo único que cuenta. Así estamos hechos. Se me inculcó ese catecismo cuando yo era pequeño, como usted bien recordará.

Bitzer se niega a reconocer siquiera esas motivaciones residuales de amor y altruismo que ahora afectan profundamente el corazón del propio señor Gradgrind. El interés personal es la filosofía que le inculcaron, y ésta conduce a extrañas e inviables interpretaciones del mundo.

En un capítulo anterior, cuando el viejo payaso Jupe se va del circo y su abandonada hija Sissy le atribuye motivos altruistas, proyectos en bien de ella, el industrial Bounderby se niega a escucharla. Ella debería saber, afirma, que se encuentra en una situación lamentable: su padre la ha abandonado, su padre ha huido pensando sólo en sí mismo. Agudamente, la novela deja este caso sin resolver. Sabemos que Jupe está deprimido por su incapacidad para hacer reír al público, y sabemos que ama intensamente a su hija; nunca sabemos cómo interactúan estos motivos para determinar su elección. Por esta misma razón el caso de Jupe suscita diversos supuestos conductuales en los intérpretes, diversas maneras de interpretar el mundo. La novela convence al lector (y al señor Gradgrind) de que Gradgrind se equivoca al negar la posibilidad de actos genuinamente altruistas y abnegados. Pero si existe esta otra posibilidad, Bounderby ha interpreta-

do precipitada y cruelmente la situación de Sissy. La sugerencia es que el hábito del economista de reducirlo todo al cálculo, combinado con la necesidad de una teoría simplista de los actos humanos, crea una tendencia a ver cálculos por doquier, en vez de compromiso y comprensión: "Cada tramo de la existencia humana, del nacimiento a la muerte, debía ser una transacción".⁴⁷ Esta tendencia conduce a un análisis tosco y con frecuencia al error. Y cuando no al error, conduce a una percepción brutal de las personas y los hechos. Peor aún, enseñada desde tierna edad produce discípulos a su imagen y semejanza.

Ahora es preciso destacar otro aspecto de la teoría conductual. La economía de Gradgrind, como la de sus primos contemporáneos, considera los intereses y preferencias individuales como algo dado, como datos en la teoría de la elección social, y no como rasgos socialmente mudables de personas que son modeladas por la organización social. El industrial Bounderby entiende que sus obreros ambicionarán los mismos lujos que él ambiciona. No puede imaginar que estén tan privados de libertades y necesidades básicas que "alimentarse de sopa de tortuga y venado, con cuchara de oro" ni siquiera sería para ellos una fantasía, mucho menos un proyecto. No siente curiosidad por los modos en que la desdicha afecta las aspiraciones e incluso cercena la capacidad para la rebeldía. Bounderby atribuye al padre de Sissy esa egoísta desconsideración por la familia que ha marcado su propio ascenso al poder, sin tener en cuenta que las diferencias de educación moral generan distintas preferencias. La novela de Dickens, en cambio, rastrea empecinadamente el origen social, la formación y la deformación del deseo, de una manera que se anticipa asombrosamente a algunas de las más interesantes y recientes críticas que ha merecido la racionalidad económica.⁴⁸ Insisto: en ciertas circunstancias podría haber motivos para que el economista ignore estos hechos, pero debemos comenzar por reconocer su hondura y predominio.

En síntesis, si con "datos" nos referimos a "verdades", la pretensión de la economía Gradgrind de presentar todos y únicamente los datos de la vida humana se debe encarar con escepticismo. El mismo escepticismo con el que se recibirá su pretensión de hablar en nombre de la "razón" si por "razón" entendemos una facultad autocrítica que está comprometida con

la verdad. Pues los “datos” de la economía política son percepciones reductivas e incompletas, y su “razón” consiste en una dogmática operación del intelecto que con frecuencia luce incompleta y endeble. El intelecto calculador opera en la superficie de los objetos, sin siquiera obtener datos perceptivos muy certeros. El estudio de Gradgrind es comparado con un observatorio astronómico sin ventanas, donde el astrónomo organiza el mundo “únicamente por medio de la pluma, la tinta y el papel”, obstinado en percibir sólo rasgos abstractos que sean fáciles de traducir a cálculos económicos. Desde esta perspectiva, la mentalidad Gradgrind tiene motivaciones positivas para proceder de tal modo: su empeño en ser realista y eludir el sentimentalismo, su afán de ser preciso, su determinación de no dejarse influir por lo más cercano (el señor Gradgrind reflexiona que Louisa “habría sido terca... de no ser por su crianza”). La novela nos deja vislumbrar estas metas positivas. Su mismo estilo expresa el compromiso de ser distante, realista e imparcial en su contundencia, su llaneza sintáctica, su dureza rítmica y sonora. (Sin embargo, debemos observar que la prosa que la novela imputa a la imaginación de Gradgrind es mucho más expresiva, sucinta, rítmica y agradable, en su extraña brusquedad, que la prosa chata, deslucida y rimbombante que utilizan muchos economistas del tipo de Gradgrind. Dickens necesitaba introducir este cambio para convertir al señor Gradgrind en un personaje vivo de una novela legible.)

Pero, y el libro lo revela, por su resolución de ver sólo lo que entra en los cálculos utilitaristas, la mente económica es ciega: ciega a la riqueza cualitativa del mundo perceptible, a la individualidad de las personas, a sus honduras interiores, a sus esperanzas, amores y temores; ciega a lo que es vivir una vida humana y tratar de infundirle sentido humano. Ciega, ante todo, al hecho de que la vida humana es algo misterioso y extremadamente complejo, algo que exige ser abordado con facultades mentales y recursos lingüísticos que sean adecuados para la expresión de esa complejidad. En nombre de la ciencia se renuncia a un asombro esclarecedor e inspirador de una ciencia más profunda.⁴⁹ En nombre del afán de tomar en serio el dolor de cada persona —la motivación más noble en los orígenes del utilitarismo— tenemos una visión que no puede sondear el dolor ajeno en su contexto

social ni verlo como el dolor de un individuo. Si la misión de la ciencia es acopiar y organizar todos los datos relevantes, la teoría de Gradgrind es una ciencia inepta, porque pasa por alto muchos datos relevantes concernientes a los seres humanos.

Meras fábulas sobre hombres y mujeres

Preguntémonos ahora en qué difiere la novela de Dickens de los textos utilitaristas que menciona, con sus "declaraciones tabulares" que miden el bienestar social. ¿Cómo modela los deseos y expectativas de sus lectores?⁵⁰ ¿Qué aspectos del mundo reconoce como descollantes? ¿Qué visión de los seres humanos y la vida humana percibe allí el lector? Debemos comenzar por los datos más obvios: no dar por sentado el hecho de que estamos leyendo una obra de otro género, sino preguntarnos por los rasgos del género mismo y cómo éstos forman la imaginación del lector.

Ante todo estamos leyendo una narración. Esta narración nos pone ante personajes, hombres y mujeres, que en ciertos sentidos se nos parecen. Representa a estos personajes como diferentes entre sí, dotándolos de atributos físicos y morales que nos permiten distinguir a cada uno de los demás. Somos testigos de sus gestos y palabras, de su físico y de la expresión de su semblante, de sus sentimientos. Cada vida interior se presenta con hondura psicológica y complejidad. Vemos seres humanos que comparten problemas y esperanzas, aunque cada cual los enfrenta a su manera, en su circunstancia concreta y con los recursos de su propia historia. Aun los utilitaristas Bounderby y Gradgrind son figuras totalmente humanas, pues su filosofía abstracta surge de un mundo interior con el cual dicho pensamiento no siempre armoniza, como ya hemos comenzado a ver. Las deliberaciones abstractas de la novela, pues, surgen de vidas humanas concretas y expresan sólo una parte de la riqueza interior de esas vidas. Y aunque no siempre tenemos acceso explícito y total al mundo interior de un personaje, siempre nos invitan a vislumbrarlo, a imaginar los motivos que impulsan a Bounderby a negar sus orígenes y a la señora Sparsit a perseguir a Louisa, y

luego, con más cálida comprensión, a imaginar el torbellino en que se sume el corazón del señor Gradgrind al presenciar el derrumbe de su sistema con humildes expresiones de remordimiento. Nos preguntamos cómo interpretar sus actos, y nos lo preguntamos con una mezcla de compasión y crítica que variará de lector en lector, como ocurre con las actitudes de la gente en la vida real. (Así, podemos disentir sobre la interpretación correcta de algún elemento de la novela, y sobre la justificación de nuestras simpatías, sin perder de vista la preocupación fundamental que nos une en cuanto lectores.)

En sus diversas maneras de interpelar a los lectores, la novela reconoce todos estos elementos como descollantes, como dignos de atención y preocupación. Damos ello por sentado, pues sabemos qué es leer una novela, pero no deberíamos hacerlo. En todo momento debemos estar alerta al rumbo de nuestra atención y nuestros deseos, y recordar cuán diferente es ese rumbo cuando leemos un tratado de economía. En esta atención, las diferencias cualitativas son fundamentales.⁵¹

El mundo donde se mueven estos personajes es cualitativamente rico. Contiene un "aula que es una bóveda austera, desnuda y monótona", pero también las banderas y la "resonante orquesta" del circo; contiene el "grácil acto ecuestre tirolés de las flores" y también un "río que circulaba enrojecido de maloliente tintura", por no mencionar "el pistón de una máquina de vapor (...) como la cabeza de un elefante en un estado de melancólica locura". Este mundo envuelve continuamente a los personajes, creándoles a la vez obstáculos y oportunidades. Al describirse la actividad cotidiana de los obreros fabriles, vemos nítidamente que aquellas circunstancias que la elección social puede cambiar no afectan sólo la utilidad sino también la aptitud para el pensamiento y la selección, no sólo el placer sino también la libertad.

La perspectiva utilitarista considera a las personas como meros receptáculos de satisfacción. La novela, en cambio, ve los límites entre una persona y otra como uno de los datos más sobresalientes. La buena alimentación y complacencia de Bounderby no mitigan en absoluto la fatiga y el aislamiento del obrero Stephen Blackpool; la satisfacción de Gradgrind no atempera la desdicha de su hija Louisa ante su matrimonio. El dolor y la felicidad afectan aquí a personas individuales que deben

afrontarlos solas, y que tienen sólo una vida para luchar por la felicidad.

La capacidad de las personas para escoger la forma de esa vida como agentes individuales está muy destacada. Entre las muchas desgracias de la vida de Stephen, ninguna es mayor que su imposibilidad de cambiar de rumbo, su falta de acceso al sistema judicial, su carencia de un trato contractual justo con sus empleadores. La novela representa a los seres humanos como criaturas para quienes la libertad de elección tiene una importancia profunda y apasionada, una importancia que no se reduce al placer sino que fija condiciones dentro de las cuales un placer puede ser auténticamente humano. De este modo, nos muestra que los obreros de Coketown no sufren sólo de privaciones económicas, pues aunque estuvieran bien alimentados y seguros llevarían vidas subhumanas respecto de la libertad. De hecho, tal vez la vida menos humana de la novela sea la de la señora Gradgrind, por el modo como cede su protagonismo e individualidad a las fuerzas que la oprimen, aunque sea benignamente.

Notamos en varios pasajes que la novela entiende que las preferencias no son datos externos a la vida de los individuos. Así como los obreros se conforman con poco porque llevan una vida paupérrima, la preferencia de la señora Gradgrind por no ser una persona integral debe entenderse como producto de las fuerzas trituradoras que la han acuciado toda la vida.

Insisto: todas estas características son propias del género, de su manera de invitar a los lectores a mirar los personajes en su entorno social e interesarse en sus vidas. También lo es su compleja teoría conductual, tan diferente de la teoría utilitarista, que atribuye las motivaciones a la maximización interesada. Los personajes de *Tiempos difíciles* buscan la satisfacción de sus preferencias de muchas maneras, y también exhiben simpatías y compromisos que no responden a la mera utilidad. El circo es una comunidad estructurada sobre el principio de la ayuda y la preocupación mutuas, donde los individuos definen sus objetivos en virtud de la felicidad de los demás, a menudo de formas que suponen reales sacrificios. Pero los otros personajes de la novela también son gente de circo, por lo menos en parte de sus vidas. También aquí encontramos una excepción: así como la señora

Gradgrind está en el límite de la humanidad en cuanto agente individual, Bitzer, monstruoso producto del sistema utilitarista, está en igual situación respecto del altruismo. Es un manipulador, y aun su tímida parodia de los sentimientos del utilitarismo es sólo su aberrante manera de obtener lo que desea a expensas de su maestro. No entiende qué son el amor y la gratitud; para él el corazón es una bomba útil, y nada más. Pero, como nos muestra la novela, Bitzer es sumamente excéntrico y muy poco humano. Desde nuestro primer encuentro con sus "ojillos fríos" y su cutis "tan insalubrementemente despojado de color natural", sabemos que nos las vemos con un monstruo. La monstruosidad de Bitzer radica en su incapacidad para toda compasión o compromiso que no implique el uso de los demás para sus propios fines. El que esta figura suscite rechazo en vez de identificación es un rasgo del género, característico del modo en que la novela realista estimula y cultiva la imaginación. Es tan aberrante que nos cuesta mucho preguntarnos cómo nos sentiríamos en su lugar.

Si queremos examinar un ejemplo que resume todas estas diferencias entre la novela y un tratado utilitarista a lo Gradgrind, podemos concentrarnos en la relación que entablamos, como lectores, con el señor Gradgrind. Si éste escribiera un libro de economía, situándose como personaje de un modo coherente con su sistema, ¿qué tendría de interesante y descollante él como personaje? ¿Cómo atraería la imaginación del lector? Está claro que sólo por el hecho de que su vida está regida por las leyes que rigen las vidas de la totalidad, y porque él ejemplifica la presunta racionalidad del economista calculador. El señor Gradgrind sólo podría aparecer en su propio libro bajo estas descripciones. La "historia" narrada en ese libro sería una historia de transacciones, y el lector no leería con amor ni temor, sino con una mezcla de exaltación intelectual e interés egoísta y racional. Tal sería el contenido moral del género, si así podemos denominarlo.

Nuestra relación con el señor Gradgrind es muy diferente. ¿Por qué es un personaje interesante para el lector, un carácter fascinante y en última instancia conmovedor, de una manera que no lo son Bitzer y Bounderby? Sin duda porque fracasa en el intento de ser la clase de persona que representa su teoría utilita-

rista. Bitzer es tan raro que no podemos identificarnos ni interesarnos en él, pues intuimos que está vacío por dentro. Una novela poblada únicamente por Bitzers sería una suerte de relato de ciencia ficción que no atraparía al lector a la manera de la novela tradicional, que se basa en vínculos de identificación y simpatía. Pero en cambio profesamos un comprensivo interés por el señor Gradgrind, y se nos insta a interesarnos en él aun mientras lo criticamos, a preocuparnos por lo que le sucede; en suma, a experimentarlo como un personaje cautivante y significativo en una novela apasionante. Nuestra experiencia estética incluye una cierta modelación del deseo.

¿Qué hay en el señor Gradgrind que despierte este deseo? El hecho de que sabemos casi desde el principio que él no es como sus elaboraciones teóricas, que es cualitativamente distinto de una manera que no se reconoce en su visión teórica de las personas, que está motivado por el amor, el compromiso y una sencilla decencia que no encuentran expresión en su teoría de la acción humana. Notamos que se niega a aceptar los crudos juicios de Bounderby sobre el padre de Sissy. Percibimos elevados motivos humanitarios en su preferencia por la razón sobre la fantasía, motivos que pueden ser falaces pero que son admirables en sí mismos. Ante todo percibimos un grado de amor por su hija, un titubeo en la ejecución de sus planes para ella que nos hace pensar que este hombre tiene un alma a pesar de todo. Esta visión de Gradgrind como un agente complejo, este respeto por un alma, forma parte del género mismo, de su modo de interpelar a los lectores. Si no hay varios personajes con quienes podamos entablar esta relación, perdemos el interés y cesa el placer de la lectura. Pero cuando entablamos tales relaciones, vemos el mundo desde un punto de vista muy diferente del recomendado por la teoría económica de Gradgrind.

Esta novela narra una historia. Al hacerlo, induce al lector a interesarse por los personajes, a participar de sus proyectos, temores y esperanzas, a compartir sus intentos de desentrañar los misterios y perplejidades de sus vidas. La participación del lector se explicita en muchos puntos de la narración. Y los lectores comprenden que en cierto modo se trata de su propia historia, pues muestra posibilidades de elección que en cierto sentido también son las suyas, aunque las circunstancias concretas varíen

enormemente. El lector evalúa e interpreta con actitud crítica pero afectuosa, pues el texto lo retrata como un agente social responsable de crear un mundo que puede parecerse o no al mundo que hay en esas páginas, un agente que en la vida debe entablar una relación emocional y práctica con los problemas de la clase obrera y la conducción de los gerentes y dirigentes. Al imaginar cosas que en verdad no existen, la novela, como ella misma lo manifiesta, no es "improductiva", pues ayuda a sus lectores a reconocer su propio mundo y a escoger más reflexivamente.

En síntesis, la experiencia de leer esta novela tiene las propiedades que ella misma atribuye a la lectura de novelas, cuando (por medio de los asombrados ojos del señor Gradgrind) describe la tendencia de la gente de Coketown a preferir la lectura de novelas a la lectura de estadísticas oficiales. "Se interesaban en la naturaleza humana, las pasiones humanas, las esperanzas y temores humanos, las luchas, triunfos y derrotas, las cuitas y penas y alegrías, las vidas y las muertes, de hombres y mujeres comunes. A veces, al cabo de quince horas de trabajo se sentaban a leer meras fábulas sobre hombres y mujeres más o menos similares a ellos mismos, y sobre niños más o menos similares a los suyos. Se prendaban de Defoe en vez de Euclides, y hallaban más confortación en Goldsmith que en Cocker". Mientras el señor Gradgrind analiza "este dato inexplicable", nosotros por supuesto vemos que la novela describe nuestras preferencias y nuestra actividad actual.

Hasta ahora hemos hablado de características que la novela comparte con muchos otros géneros narrativos: su interés por la individualidad de las personas y la irreductibilidad de la calidad a la cantidad, su afirmación de la importancia de lo que sucede con los individuos de este mundo, su empeño por no describir los hechos de la vida desde una perspectiva externa de distanciamiento —como si fueran los actos y movimientos de piezas mecánicas— sino desde dentro, como investidos de la compleja significación que los seres humanos atribuyen a sus propias vidas. La novela procura describir la riqueza del mundo interior más que otros géneros narrativos, y muestra un mayor compromiso con la relevancia moral de seguir una vida en todas sus peripecias y su contexto concreto. En esta medida se opone aún más

profundamente que otros géneros al reduccionismo económico; está más comprometida con las distinciones cualitativas.

Pero en las reflexiones del señor Gradgrind sobre los extraños hábitos librescos de los obreros de Coketown nos topamos con un rasgo ya específico del género, a saber: su interés en lo común, en la vida cotidiana y las luchas de hombres y mujeres comunes. Al entrar en el hogar de los operarios como amigo, el lector se adentra en sus vidas. Ello significa que el lector ya tiene la experiencia moral que Louisa adquiere al visitar el hogar de Stephen Blackpool y sufrir una conmoción al darse cuenta de que un "peón" tiene un nombre, un rostro, una vida cotidiana, un alma compleja, una historia.

Por primera vez en su vida Louisa entraba en la morada de un peón de Coketown, pues por primera vez en su vida enfrentaba algo semejante a la individualidad en su relación con ellos. Sabía que existían por cientos y por millares. Conocía los resultados laborales que determinado número de ellos produciría en determinado tiempo. Los conocía en muchedumbres que iban y venían de sus nidos, como hormigas o escarabajos. Pero, por sus lecturas, conocía mucho más sobre las costumbres de esos industriosos insectos que sobre estos laboriosos hombres y mujeres.

Este es uno de los pasajes más notables entre los muchos pasajes autorreferenciales de la novela. Llega mucho después de la detallada descripción de la vida de Stephen Blackpool, y nos recuerda que nuestra educación y experiencia como lectores han sido y son muy diferentes de la educación economicista de los hijos de Gradgrind. La persona que se ha educado únicamente con textos de economía no está habituada a pensar en los obreros (ni en otras personas) como seres humanos plenos, con historias propias que contar.

Ello no es necesariamente un argumento antiutilitarista, pues se podría señalar con justicia que el conocimiento de que cada ciudadano tiene una historia compleja y propia que contar es una buena manera de elaborar el núcleo de la idea de Bentham, según la cual cada persona debe contar como una y ninguna como más que una. Aquí pues, al igual que con la significación

del dolor, con la importancia central del altruismo, la obra sugiere una crítica interna y sutil de cierta especie de utilitarismo, no su repudio total. La sugerencia es que lo mejor de la teoría no ha encontrado un eco legítimo en el desarrollo de la misma (especialmente en la economía contemporánea, aunque no sólo en ella), y que es necesaria una visión más plena de las personas para hacer justicia a los profundos conceptos del benthianismo.

La descripción de la vida de la clase obrera adolece de graves defectos en esta novela. Por una extraña falla de técnica literaria, nunca se explica la misteriosa promesa de Stephen a Rachel que le impide unirse al sindicato, a pesar de que ello determina la trama. Y es que Dickens recela tanto de cualquier acción colectiva que describe el trabajo de los sindicatos bajo una luz manifiestamente injusta, aun desde las pautas de sus propios artículos de esa época.⁵² En general, tenemos muchos motivos para simpatizar con las críticas de George Orwell a Dickens. En su pasión por el individuo, éste no logra interesarse lo suficiente por las posibilidades de acción política y cambio institucional; y como no logra imaginar dichos cambios, se satisface fácilmente con la perspectiva de proporcionar a los pobres un poco de alivio y de tiempo de ocio.⁵³

Aun así su novela presenta una visión política cuyas recomendaciones explícitas sobreviven a tales defectos. Lo esencial del pasaje de Louisa y Stephen permanece en pie: leer una novela como ésta nos insta a reconocer la igual humanidad de miembros de clases sociales ajenas a la nuestra, nos hace reconocer a los trabajadores como sujetos deliberantes, con amores y aspiraciones complejas y un rico mundo interior. Nos hace ver su pobreza y sus opresivas condiciones laborales en relación con esas emociones y aspiraciones. La insistencia en la complejidad de la vida de los individuos y la importancia de las diferencias individuales desalienta soluciones utópicas simplistas y sugiere un enfoque que se concentra en la libertad, dejando gran margen para la diversidad.⁵⁴ Pero la novela es consciente de que la libertad requiere de condiciones materiales y puede ser estrangulada por la desigualdad material. En su insistencia en estos datos, inspira compasión y pasión por la justicia.⁵⁵

Si desde el punto de vista de Gradgrind, pues, las novelas son deficientes en economía por carecer de refinamientos matemáti-

cos, desde el punto de vista novelístico la refinada economía de Gradgrind es una mala novela, porque resulta burda en su capacidad de representación y descripción, está falsamente distanciada de la situación del prójimo y reconoce e inspira una paupérrima gama de sentimientos. Recordemos, además, las historias que sus personajes utilitaristas cuentan sobre sí mismos, y qué torpes son como relatos: por ejemplo, la dislocada narración de Gradgrind acerca de su victoria sobre Joseph, George y los demás Gradgrinds imaginarios, la evocación de “plúmbeos libros” acerca del “buen niño [que] invariablemente llegaba al banco, y el mal niño [que] invariablemente se dejaba arrastrar por su entusiasmo”. La novela sostiene que los defectos de la imaginación de Gradgrind no son políticamente irrelevantes, pues lo que uno puede hacer con las hormigas y escarabajos es moralmente diferente de lo que uno puede hacer con una criatura a quien vemos investida con la dignidad y el misterio de la humanidad. Las atrocidades sociales que se practican en la fábrica —la larga y monótona jornada de trabajo, las insalubres e inseguras condiciones laborales— no están dissociadas de esa visión que propicia la educación utilitarista, según la cual los obreros son meras piezas, manos que producen y estómagos que consumen. Si deshumanizamos al obrero con el pensamiento, es mucho más fácil negarle el respeto que la vida humana reclama.

El primer principio de la ciencia de la economía según Sissy Jupe, que fracasa miserablemente en su lección, es “hacer a los demás lo que quisiera que me hicieran a mí”. (A lo cual el señor Gradgrind observa, “meneando la cabeza, que esto era muy malo, que demostraba la necesidad de machacar sin cesar en el molino del conocimiento, en sistemas, programas, anuarios, informes y declaraciones tabulares A-Z”).⁵⁶ Sostengo que el primer principio de Sissy Jupe no sólo está representado en la novela, sino que está incorporado a la estructura de la novela como principio rector, pues se nos invita a interesarnos en el destino de nuestros semejantes, a apegarnos a ellos mediante una amistad comprensiva y una identificación empática. Cuando al final se nos invita a pensar en lo que haremos, nuestra reacción natural será, si hemos leído con auténtico interés, obrar con otros hombres y mujeres comunes tal como desearíamos que obraran con nosotros, viendo a los más pobres como gente que podríamos ser noso-

tros mismos y viendo en las circunstancias más comunes y aun en las más sórdidas un lugar donde hemos habitado con la fantasía.⁵⁷

Ello nos conduce a otra característica de la novela: su capacidad para complacer. Sus operaciones morales no son independientes de su excelencia estética. Nos liga a los obreros porque la compañía de esos personajes nos resulta placentera. Una novela tediosa no tendría el mismo poder moral; mejor dicho, el interés con que reclama nuestra atención es en sí mismo un rasgo moral. No se trata de un aspecto accesorio de *Tiempos difíciles*, sino de un rasgo que la novela presenta con prominencia. La antípoda moral de la escuela de Gradgrind es el circo de Sleary, cuya capacidad para complacer está estrechamente vinculada con su superioridad moral. Y si hacemos una vez más la obvia pregunta acerca de las diferencias entre esta obra y un texto economicista, sin duda responderemos que una de las mayores consiste en que este libro es ameno. Como el circo, contiene humor y aventura, elementos grotescos y sorprendidos, música (nótese el frecuente uso de metáforas musicales), ritmo y movimiento. El lenguaje es lírico y está plagado de figuras poéticas. La trama es cautivante, los personajes nos inspiran confianza y compasión, o nos hacen reír, o nos asustan, o nos provocan cólera y desprecio o una compleja combinación de estos sentimientos. Este placer es más densamente crítico, más ricamente moral, que el placer del circo; describe el circo como intelectualmente incompleto, insistiendo en una compleja mezcla de narrativa y crítica social que la novela, en cuanto género, está bien equipada para ofrecer. Pero, en todo su arte, la novela reconoce de manera autorreferencial la importancia moral del juego de la imaginación. Como afirma Sleary en dos ocasiones: “Hay que entretener a la gente”. La capacidad de esta novela para jugar y deleitar —una capacidad inseparable, como en el circo, del arte que la conforma— es parte de aquello que la hace valiosa para la vida humana.⁵⁸ A diferencia de Louisa, el lector de esta novela llega “a la Razón por medio de la tierna luz de la Fantasía”. Ahora veremos por qué esto se debe considerar importante.

Fantasia y asombro

He sostenido que la novela, esta novela, encarna en su forma una cierta visión político-moral: democrática, compasiva, respetuosa de la complejidad, la elección y las diferencias cualitativas. He dicho que no sólo representa una competencia entre la fantasía y la economía política, sino que también la manifiesta en su estructura, en su manera de conversar con un lector hipotético. Ahora debemos profundizar más, decir algo más sobre esa actividad de la mente que la escuela de Gradgrind aborrece y se propone ante todo extirpar: la imaginación creadora de ficciones, la "fantasía" tal como la novela la representa, la capacidad que la novela defiende centralmente como necesaria para el buen vivir, y que ejemplifica de modo triunfal y exuberante en cada capítulo.

La fantasía es el nombre con que la novela designa la capacidad de ver una cosa como otra, para ver una cosa en otra. En consecuencia, podríamos llamarla imaginación metafórica. Comienza de un modo simple, como un reflejo casi instintivo de la mente (sólo Bitzer y la señora Gradgrind carecen totalmente de él). Aun Louisa, a quien se le impidió cultivarlo, ve formas en el fuego, atribuye significados a formas que no están presentes en la desnuda percepción sensorial.⁵⁹ Las cosas semejan otras cosas o, con mayor precisión, se ven otras cosas en las cosas inmediatas, pues Louisa aprehende esas imágenes sabiendo que no son realidades presentes.⁶⁰ (Con la sensatez propia de la fantasía, no se precipita al fuego para aferrar las imágenes que allí ve; una sensatez, podríamos añadir, de la cual carece su padre, quien objeta un diseño floral en una alfombra alegando que uno no pisotea flores con las botas. Sissy se opone, pues sabe que esas flores, siendo de fantasía, no serán pisoteadas por botas reales.) Ver una percepción, pues, como algo que apunta más allá de sí misma; ver en las cosas perceptibles y cercanas cosas que no están ante nuestros ojos: eso es la fantasía, y por ello el señor Gradgrind la reprueba. En la infancia, nos recuerda la obra, esta aptitud se suele cultivar de un sinfín de maneras —juegos, cuentos, canciones de cuna—, todas las cuales están prohibidas en el programa educativo de Gradgrind.

Ningún chiquillo Gradgrind había visto jamás un rostro en la luna (...) Ningún chiquillo Gradgrind había aprendido la tonta cancioncilla "Brilla, brilla, estrellita, me pregunto lo que eres" (*Twinkle, twinkle, little star; how I wonder what you are!*). Ninguno se habría hecho esa pregunta, pues a los cinco años los chiquillos Gradgrind habían diseccionado la Osa Mayor como profesores, y manejado la Osa Menor como conductores de locomotoras. Ningún chiquillo Gradgrind había asociado una vaca del campo con la famosa vaca de cuerno arrugado que arrojó al perro que perseguía al gato que mató a la rata que se comió la malta, ni con esa vaca aún más famosa que se tragó a Pulgarcito. Nunca habían oído nombrar a estas celebridades, y sólo les habían presentado una vaca que era un rumiante herbívoro y cuadrúpedo de varios estómagos.

Desde el punto de vista de Gradgrind, esta omisión de adornos prescindibles deja más tiempo para el meollo de la educación. Pero la novela proclama y demuestra que se trata de la omisión de una aptitud moralmente crucial, sin la cual se empobrecen las relaciones personales y sociales.

Cuando Louisa, arrepentida y vacía, regresa a casa, la voz del autor recuerda al lector la diferencia entre sus recuerdos del hogar y las influencias que el hogar y la imaginación infantil suelen ejercer.

Y cuando regresó a su viejo hogar, las influencias benéficas de ese viejo hogar no descendieron sobre ella. Los sueños de la infancia (...) sus airosas fábulas; sus gráciles, bellos, humanos e imposibles ornatos del mundo, tan gratos para ser creídos entonces, tan gratos para ser recordados después, pues luego hasta el menor de ellos se eleva a la estatura de una gran Caridad en el corazón, acogiendo a los niños y cuidando con sus manitas puras un jardín en los pedregosos caminos de este mundo (...) ¿dónde estaban? Los recuerdos de sus viajes a lo poco que conocía, por los caminos encantados de lo que ella y millones de criaturas inocentes habían ansiado e imaginado, de cómo, llegando a la Razón por medio de la tierna luz de la Fantasía, la había visto como una deidad

benévola que reverenciaba a deidades igualmente grandes, no como un ídolo sombrío, frío y cruel, con sus víctimas maniatadas, una gran forma obtusa de mirada ciega e inmovible: ¿dónde estaban?

Aquí la novela propone algunas asociaciones complejas. ¿De qué manera precisa se conecta la fantasía con la caridad y la generosidad, con la compasión por el género humano y con un uso benéfico de la razón?

El hombre de la luna, la vaca del cuerno arrugado, la estrellita... En todos estos casos el niño imagina que una forma, presentada por la percepción como un mero objeto físico, posee una compleja vida interior, en algunos sentidos misteriosa, en otros sentidos semejante a la del niño. Ver los cráteres de la luna como un rostro, hablar con una estrella, contar el cuento de una vaca, son cosas que la fáctica y distante imaginación de la ciencia económica no está dispuesta a hacer. Pero, como afirma la novela, hay caridad en esta voluntad de ir más allá de lo evidente, y esta caridad nos prepara para ser caritativos en la vida.

Reflexionemos ahora sobre lo que es ver a un ser humano. La percepción representa un objeto físico, tal vez en movimiento. Tiene cierta forma, semejante a la que nos atribuimos a nosotros mismos. ¿Cómo saber qué clase de objeto físico es y cómo comportarnos ante él? ¿Alguna vez tenemos pruebas fehacientes de que no se trata de un refinado robot o autómatas? ¿De veras posee un mundo interior como el que describen las novelas? ¿Cómo sabemos a ciencia cierta que vemos un rostro y no un complejo objeto mecánico, una máquina endiablada e inteligente? ¿Dónde se podrían obtener dichas pruebas? En este sentido, sugiere Dickens, la vida humana consiste siempre en trascender los datos, en aceptar fantasías generosas, en proyectar nuestros sentimientos y actividades interiores sobre las formas que percibimos en torno (y en recibir, a partir de esta interacción de imágenes de nosotros mismos, nuestro propio mundo interior). Todos somos, en la medida en que interactuamos moral y políticamente, proyectores fantasiosos, todos creamos ficciones y metáforas, y todos creemos en ellas.⁶¹ Lo cierto es que la escuela "fáctica", que niega experiencia subjetiva a las vacas y caballos —y humanidad a los obreros—, se embarca en la creación

de ficciones tanto como los lectores de novelas y los soñadores. Su rotunda negación de la vida y la humanidad exceden, como los asertos de los otros, los límites de la evidencia. Nunca conoceremos con certeza el contenido del corazón de esa forma que percibimos, sólo podemos escoger entre una interpretación generosa y una interpretación mezquina.⁶² La visión interna o fantasía, la gran caridad del corazón, alimenta una interpretación generosa del mundo. Esta interpretación, como bien sugiere la novela, no sólo es más adecuada como explicación de la totalidad de la conducta humana tal como la experimentamos, sino que también es causa de mejores modos de vida.⁶³

En mi curso de la Facultad de Derecho, cuando llegamos a este punto de la novela, antes de hacer mis propias observaciones acerca de la fantasía decidí preguntar a mis alumnos sobre las canciones infantiles: ¿por qué Dickens les atribuía tanta importancia? Acudí a un alumno de cabello oscuro de la segunda fila, que había hablado poco en clase, aunque lo que había dicho revelaba reflexión. Señor Riley, dije, ¿alguna vez cantó la canción de la estrellita? Sí, el señor Riley la había cantado. ¿En qué pensaba al cantar esa canción? ¿Recuerda cómo le hacía sentir? (Hacer estas preguntas en la Facultad de Derecho de la Universidad de Chicago podría considerarse tan raro como llevar el circo de Sleary a la escuela de Gradgrind.) Con su pausado acento de Kansas, Riley comenzó a describir —con una poesía dickensiana que no logro expresar aquí— la imagen de un cielo bellamente cuajado de estrellas y franjas de colores brillantes. Esa maravillosa visión le indujo a mirar de un modo nuevo a su perro cocker spaniel. Miraba los ojos del perro y se preguntaba si sentía y pensaba, si podía sentir tristeza. Ahora le parecía que era atinado preguntarse acerca de la experiencia del perro, y pensar que el perro sentía amor por él y tenía capacidad para sentir placer y dolor. Sentado ahí en la segunda fila, en camiseta, Riley describió los ojos del perro con una gracia y un arte que produjo silencio en el aula. No había sensiblería en la descripción, aunque es difícil evocarla sin dar la impresión de que así era. Todo esto, a su vez, le inspiró nuevas maneras de pensar en sus padres y en otros niños.

¿Por qué pensaba Riley que ese cielo estrellado era benigno y no malévolos? ¿Por qué le indujo a atribuir amor y bondad a su perro, en vez de malicia y sadismo? ¿Por qué le indujo a pensar

compasivamente en la tristeza del perro, y no a complacerse en el dolor del animal? Riley pensaba que no era posible explicarlo del todo; yo estoy segura de que la explicación tiene mucho que ver con los padres de Riley y el sentimiento de amor y seguridad que él comenzaba a vislumbrar en el contexto donde había oído la canción. Pero lo cierto es que esa cancioncilla infantil, como muchas nanas similares, alimenta la atribución de humanidad y la perspectiva de amistad, no la sensación paranoica de que nos persigue una aborrecible creatura celestial. Induce al niño a considerar la estrella "como un diamante" y no como un proyectil destructivo, tampoco como una máquina que sólo sirve para la producción y el consumo. En este sentido, el nacimiento de la fantasía no es neutro y nutre, como sugiere Dickens, una interpretación generosa de lo que vemos. Riley, igual que Dickens, estaba diciendo que ello introducía una diferencia en la vida moral.⁶⁴

Vemos la diferencia en el libro, por ejemplo en el modo contrastante de considerar a los obreros. Bounderby sólo ve intereses egoístas; la novela ve una rica variedad de motivaciones. Lo notamos en el modo de abordar las posibilidades de cambio político, pues aunque los caminos del mundo son "pedregosos", la fantasía puede imaginar en ellos un vergel. También lo identificamos en la actitud contrapuesta del circo y de Tom Gradgrind hacia los apetitos del cuerpo. La gente del circo es romántica y tiernamente apasionada, ve en los demás una vida compleja y se deleita en ello. En cuanto a Tom, la novela señala con fuerte ironía: "Era inexplicable que un joven caballero cuya imaginación había sido sofocada en la cuna todavía sufriera el acoso de ese fantasma, que cobraba la forma de una agobiante sensualidad". Ver los cuerpos sólo como objetos físicos en movimiento produce una vida sexual pobre. Esta idea, en efecto, está en la raíz de la crítica feminista a la transformación de la mujer en "objeto", en la tendencia a ver a nuestra pareja como algo parecido a una cosa, carente de particularidad y autonomía.

No es accidental, pues, que los utilitaristas aparezcan retratados con un lenguaje fálico y militar, como armas agresivas que acometen implacablemente contra todo lo que es sensual, lúdico y, a la manera del circo, musical. El señor Gradgrind es "un cañón cargado de datos hasta el borde", un "dispositivo galvani-

zador" dirigido contra "las tiernas imaginaciones que era preciso expulsar a sangre y fuego". En cambio, el enfoque de la fantasía se describe como musical y sensual, como algo que se deleita en la destreza del lenguaje y del gesto, en el intrincado ritmo y la textura de las palabras. El lenguaje de Gradgrind suena duro, invasor, y sus cadencias son bruscas y abruptas. Asimismo, su cuerpo se mueve con ímpetu inexorable, combinando la agresividad con una mojigata complacencia: "La escuela M'Choakumchild era puro dato, y la escuela de diseño era puro dato, y las relaciones entre el maestro y el hombre eran puro dato, y todo era puro dato entre el hospital donde uno nacía y el cementerio, y lo que no se podía expresar en cifras, o comprar en el mercado más barato y vender en el más caro, no existía ni existiría jamás. Amén". En cambio, el lenguaje de la fantasía posee, por así decirlo, un cuerpo circense, flexible y acrobático, una variedad asombrosa y exuberante. Ama la textura física del lenguaje y juega con ella, provocando y acariciando al lector. Aunque hable de sus adversarios, no puede abstenerse de tratarlos como amantes en un juego de palabras donde el deleite posee un valor propio. De ahí los muchos juegos lingüísticos aliterativos en la descripción de la casa de Gradgrind, donde el narrador disfruta del juego con su ágil lenguaje en torno de esos cuerpos rígidos, como en este pasaje, donde una descripción directa se vuelve cada vez más sensual, hasta que el juego de la lengua prevalece, derrotando a su propio asunto.

Los chiquillos Gradgrind también tenían gabinetes de diversas especialidades de la ciencia. Tenían un pequeño gabinete conquiliológico, y un pequeño gabinete metalúrgico, y un pequeño gabinete mineralógico, y todos los especímenes estaban ordenados y etiquetados, y los trozos de piedra y mineral lucían como si los hubieran desprendido de la sustancia madre por medio de esos filosos instrumentos, sus propios nombres, y —por evocar la leyenda del flautista de Hamelin— nunca hubieran logrado regresar al hogar materno. Si los codiciosos chiquillos Gradgrind aprehendían algo más que esto, ¿qué era, por el santísimo amor de Dios, aquello que aprehendían los codiciosos chiquillos Gradgrind?

Aquí la imaginación literaria se contrapone a los filosos nombres que la economía usa como instrumentos, y se deja llevar por un ánimo juguetón. De este modo encarna y evoca formas del deseo y la sensualidad que se oponen profundamente a las que atribuye a la versión Gradgrind de la economía. Imaginemos el lenguaje como un modo de tocar un cuerpo humano, sugiere Dickens, y tendremos un modo de analizar la pretensión de que la economía de Gradgrind pueda hablar en nuestro nombre en la plenitud de nuestro yo.

Añado que a veces se ha representado a Dickens como un escritor que reprime la sexualidad, sobre todo la sexualidad femenina. Aunque este juicio se basa en su tratamiento de muchos personajes femeninos, pasa por alto pruebas contrarias, sobre todo la manera como esta novela describe los modos en que la lengua y la mente abordan una forma humana. No sólo se condena una tosca agresividad a la vez que se celebra una sexualidad más variada y juguetona, sino que es evidente que este juego sensual se asocia reiteradamente con la influencia de la mujer, así como con el interés del circo por la música y el arte narrativo. El lado susceptible y lúdico de la vida, el lado perdido por la mayoría de los varones adultos, nos dice David Copperfield, es aquel donde se generan las novelas.⁶⁵ Y ésta no es la excepción. En el circo, los hombres y las mujeres son iguales: "Todos los padres podían bailar sobre toneles rodantes, erguirse sobre botellas, atajar cuchillos y bolas, hacer girar bacinillas, montar sobre cualquier cosa, saltar sobre cualquier cosa y lanzar puñales a cualquier parte. Todas las madres podían bailar (y bailaban) sobre cuerdas flojas y sobre cables tensos, y hacer piruetas sobre corceles sin montura; ninguna se negaba a mostrar las piernas". En vez de esas mujeres cándidas y asexuadas que habitan el mundo dickensiano de clase media, el circo presenta a la encantadora Josephine, quien a los doce años redactó un testamento "expresando su deseo de que a su muerte los dos ponies pintos la arrastraran a la tumba".

Con esta mención del juego llegamos a otro elemento de la fantasía, que ahora debemos explorar para redondear nuestra explicación de su función social. Cuando un niño aprende a fantasear, está aprendiendo algo inservible. En esto radica la principal objeción de la escuela Gradgrind: los libros de cuentos son

“improductivos”. Se requieren datos, “lo único necesario”, ¿y de qué sirve un hombre de la luna? Pero el niño que se deleita en cuentos y canciones aprende que no todo en la vida humana tiene una utilidad. Adquiere un modo de encarar el mundo que no se concentra exclusivamente en la idea de uso, sino que también es capaz de valorar las cosas por sí mismas. Y el niño traslada esta actitud a sus relaciones con otros seres humanos. No es sólo la capacidad para dotar una forma de vida lo que hace moralmente valiosa la imaginación metafórica, sino la capacidad de encarar los productos de la fantasía como algo que no tiene un fin más allá de sí mismo, que es bueno y deleitable de por sí. El juego y la diversión no son meros aditamentos o suplementos de la vida humana, sino paradigmas para encarar los elementos centrales de la vida. En este sentido, el deleite del lector cobra otra dimensión moral, como preparación para las actividades morales de todo tipo en la vida.

Tal vez pueda sintetizar todo esto revisando las dos escenas contrastantes de educación presentadas en el extracto de Whitman que sirve de epígrafe de este libro, y el pasaje de *Tiempos difíciles* con que abrí este capítulo. Ambas son escenas donde se solicita una definición o explicación de algo.

Bitzer nunca ha amado un caballo y obviamente no tiene interés en pensar qué se sentiría siendo un caballo. Con un aire de contundencia y certidumbre, recita la distante descripción externa. El caballo surge como una máquina útil, nada más. Qué diferente es el portavoz de Whitman. Ante todo, no está motivado por un afán mecánico de completar una enumeración, sino por la auténtica curiosidad del niño, y por la vista y el contacto de la hierba de la cual habla, tendido en ella. Su primera reacción es reconocer que en definitiva no sabe nada, es decir, reconocer que hay un misterio en la naturaleza. Todas sus respuestas aparecen como conjeturas. Primero habla de su vida interior, su esperanza; a continuación, antojadiza pero no dogmáticamente, de la idea que un niño tiene de Dios; luego cuenta al niño que la hierba es como él, un retoño de vegetación. Pide al niño que la vea como él mismo. Luego muestra al niño que también puede tener una significación social: podemos ver en ella la vitalidad y dignidad igualitaria de todos los norteamericanos, su igualdad de derechos y privilegios al margen de las diferencias étnicas y

raciales. Luego el portavoz, volviéndose sobre sí mismo, ve en la hierba sentidos más oscuros, cavilando sobre la belleza de los muertos. Atribuye belleza aun a los cadáveres que están bajo tierra, hablando de ellos con ternura y reverencia profundamente eróticas, pero de una manera que no excluye nuevas reflexiones acerca de la hierba como procedente de padres mayores o niños muertos prematuramente. Y en esa oscuridad —demasiado tenebrosa para proceder de viejas madres o aun de la boca de aquellos a quienes pudo haber amado— ve una imagen de su propia muerte.

Aquí vemos todas las aptitudes de la fantasía diestramente entretejidas: su capacidad para dotar a una forma percibida de una significación rica y compleja; su generosa interpretación de lo visible, su preferencia por el asombro sobre las soluciones adocenadas, sus movimientos juguetones y sorprendentes, deleitables en sí mismos; su ternura, su erotismo, su reverencia ante la mortalidad humana. En la perspectiva de Dickens, como en la de Whitman, esta imaginación —incluido el afán juguetón, incluido el erotismo— constituye la base necesaria para el buen gobierno de un país de ciudadanos iguales y libres. Dotada de imaginación la razón se vuelve benéfica, guiada por una visión generosa de sus objetos; sin su caridad, la razón es fría y cruel.⁶⁶

Ahora entendemos que el exuberante lenguaje metafórico de *Tiempos difíciles* no es un mero juego ni una distracción estilística, sino que apunta al meollo del tema moral de la novela. Aun cuando ésta describe el aula de Gradgrind, no puede evitar comparar una cosa con la otra, ver una cosa en otra: dos oscuras cavernas en los ojos del señor Gradgrind una plantación de abetos en su cabello, la masa de un pastel de ciruela en la calva superficie de la coronilla de M'Choakumchild. Aun mientras describe la monotonía y la aplastante sordidez de la fábrica de Coketown, triunfa sobre ella con el lenguaje, comparando las volutas de vapor con serpientes, las piezas móviles de las máquinas con elefantes "en un estado de melancólica locura", mostrando así el sentido humano de lo inhumano. La novela no puede describir aquello que se le opone sin batallar contra ello, abordándolo por medio de la fantasía y superándolo traviesamente.⁶⁷

La novela nos insta a interpretar metáforas. Pero ahora podemos decir más: la novela se presenta *ella misma* como una metáfo-

ra. Nos sugiere que veamos el mundo de esta manera y no de otra, que miremos las cosas como si fueran esa historia y no como nos recomiendan las ciencias sociales. Al leerla no sólo obtenemos imágenes concretas que nos permiten imaginar este mundo en particular, sino también, y más significativamente, un marco intelectual general para abordar el nuestro.

Insisto en que no existe en esta novela –ni en mi propia postura– desprecio por la razón ni por la búsqueda científica de la verdad. Lo que yo critico es ese enfoque científicista que pretende hablar en nombre de la razón y de la verdad. A mi entender, no logra hablar en nombre de la verdad porque representa errónea y dogmáticamente la complejidad de los seres humanos y de la vida humana. Y no logra hablar en nombre de la razón porque confía acríticamente en percepciones borrosas y teorías psicológicas burdas. La novela no nos exhorta a desechar la razón, sino a llegar a ella bajo la luz de la fantasía, entendida como una facultad creativa y veraz. La alternativa que yo propongo no es el circo de Sleary. El circo ofrece a los lectores metáforas esenciales sobre el arte, la disciplina, el juego y el amor, pero aun dentro de la novela se evidencia que su papel es políticamente incompleto, que sus actitudes son demasiado toscas y caprichosas como para gobernar una nación. La novela indica que los tratados políticos y económicos de estilo abstracto y matemático pueden ser coherentes con su propósito mientras ofrezcan una visión del ser humano que sea tan rica como la visión que propone la novela, mientras no pierdan de vista lo que omiten por motivos de eficiencia. El gobierno no puede investigar la biografía de cada ciudadano como lo hace la novela con sus personajes, pero puede saber que cada ciudadano tiene una biografía compleja, y puede tener en cuenta que en principio la norma sería reconocer la individualidad, la libertad y la diferencia cualitativa de cada uno, tal como la novela. Pronto daré un ejemplo de un enfoque económico científico basado en esta información más completa.

En realidad, las aptitudes que se muestran y cultivan en la novela son incompletas sin una teoría económica y político-moral, aunque también es cierto que la teoría abstracta puede resultar ciega e impotente sin el cultivo de dichas aptitudes. La experiencia de leer la novela supone implícitamente una reflexión

sobre cuáles actividades humanas son las más importantes y en qué medida los actos políticos de diversos tipos respaldan o no dichas actividades. Ello significa que la novela nos invita a reflexionar críticamente: ¿ha acertado al identificar esas actividades y las condiciones necesarias para su realización? La descripción de la biblioteca de Coketown habla de "la naturaleza humana, las pasiones humanas, las esperanzas y temores humanos" como asunto de la novela. Con ello nos recuerda que ésta no hace predominar el contexto social y la variedad individual en desmedro de la teoría moral y política. Forja una compleja relación con el lector donde, por una parte, lo exhorta a interesarse por las características específicas de las circunstancias y la historia y a verlas como relevantes para la elección social, pero por otra parte lo insta a reconocer que los seres humanos de diferentes esferas tienen pasiones, esperanzas y temores comunes: la necesidad de enfrentar la muerte, el deseo de aprender, los profundos vínculos de la familia.⁶⁸ Entenderlo ya es embarcarse en una reflexión teórica. El género mismo exige esta reflexión, como sostiene atinadamente *Tiempos difíciles*, e invita a una crítica más completa a partir de teorías filosóficas más formales. Las percepciones de la novela se presentan como relativamente confiables por el hecho de que suscitan reacciones profundas más allá de los límites de tiempo y lugar. Por otra parte, pueden ser erróneas, y requieren de una corroboración teórica. La novela misma impone ciertos estreñimientos: sus intuiciones son incompatibles con muchas teorías políticas, pues sigue el rumbo de una teoría liberal de estilo kantiano o aristotélico, donde pesan la individualidad, la libertad y una versión compleja de la realización humana. Pero la especificación precisa de la teoría y su concepción del florecimiento siguen siendo tema de nuevas discusiones filosóficas.

En su abordaje de una noción general del ser humano, pienso que esta novela (como muchas otras) es particularista sin ser relativista. Es decir, reconoce necesidades humanas que trascienden los límites de tiempo, lugar, clase, religión y etnicidad, y concentra su deliberación moral en la cuestión de la satisfacción adecuada de dichas necesidades. Su crítica de situaciones políticas y sociales concretas se basa en cierta noción de la realización de un ser humano, y esta noción misma, aunque es muy general y necesita más especificaciones, no es localista ni sectaria. Por

otra parte, dicha idea de realización supone un profundo respeto por las diferencias cualitativas, así que la norma exhorta a los gobiernos, dondequiera que estén, a prestar atención a los ciudadanos en toda su concreción y variedad, y a responder con sensibilidad a las contingencias históricas y personales. Pero eso constituye una exhortación universal que forma parte de una imagen universal de la condición humana. Y, al descansar sobre este ideal universal, la novela, tan diferente de una guía o incluso de un informe antropológico de campo, hace participar a los lectores de la vida de personas muy diferentes y les permite criticar las distinciones de clase que otorgan a gente de similar constitución desiguales posibilidades de realización. Una vez más estas percepciones requieren de una corroboración a partir de argumentaciones teóricas, pues no son completas en sí mismas. Pero yo creo que la novela como género es, en su estructura y aspiraciones básicas, una defensora del ideal iluminista de igualdad y dignidad de toda la vida humana, no del tradicionalismo acrítico. No se opone al ideal en sí, sino a esa perversión del ideal que se ha llevado a cabo en nombre de un enfoque seudocientífico de la economía, y también a su insensible aplicación sin respeto por las historias que se narran dentro de un contexto histórico concreto.

El economista utilitarista replicará ahora con tres argumentos. El primero (y el más fuerte) es que la teoría utilitarista —por lo menos en su forma económica contemporánea— no se propone brindar una explicación completa de todos los aspectos de las personas y su mundo interior. Se propone capacitarnos para hacer predicciones, y puede cumplir bien esa función aunque no acierte en su visión fenomenológica. A veces puede cumplir mejor esa función al no percibir esa visión interior en toda su complejidad, pues los buenos modelos deben ser más simples que la realidad. En ese sentido, los modelos de elección racional no se deben considerar como rivales de las percepciones de la novela, sino como parte de un proyecto diferente.

Esta respuesta es bastante aceptable, dentro de ciertos límites. En principio no hay objeción contra la adopción de modelos simplificados con propósitos predictivos. Mientras se utilicen con

ese propósito y no para otros, el lector de novelas no debería presentar objeciones. En cuanto a que cumplan bien esta función predictiva, cuando se apartan tanto del modo real de pensar y de actuar de la gente, aún resulta dudoso. La mayoría de los análisis económicos de comportamientos ajenos al mercado efectúan sus predicciones retrospectivamente, arguyendo que la teoría *habría* predicho un resultado real; obviamente tal procedimiento se presta mucho para diversas maniobras *ad hoc*, sobre todo ante la elusividad del concepto de utilidad. Los ejemplos de predicciones verificables realizadas *antes* de los hechos son demasiado escasos para saber si dichas técnicas poseen un poder predictivo superior, e incluso se han cuestionado muchas de las predicciones retrospectivas.⁶⁹ No obstante, el lector de novelas debería apoyar la verificación de esos enfoques para determinar en qué medida tienen ventajas predictivas sobre enfoques de mayor complejidad.

Por otra parte, los lectores de novelas deberían entender que ello otorga mayor relevancia a su función. Cuando las concepciones simplistas de los seres humanos se usan ampliamente con propósitos predictivos, se vuelve más importante recordar una imagen más rica de la vida humana de la que presentan dichos modelos. Como sugiere la novela, ver a las personas del modo en que recomienda la economía suele influir sobre la conducción de la vida y la toma de decisiones. La visión de Gradgrind no es una inocente operación hipotética, sino una reestructuración del mundo humano que, llevada a cabo sin restricciones, tendrá repercusiones profundas en la configuración de la sociedad.⁷⁰ Si la usamos por su utilidad, debemos cerciorarnos de dominarla, de que ella no nos domine. No debemos olvidar que algunos de sus apologistas sostienen que la economía ofrece una explicación completa de la actividad deliberativa humana. George Stigler afirma que "toda conducta humana deliberativa y previsoras sigue los principios de la economía".⁷¹ Pongámonos en guardia cuando los modelos simplificados prevalecen y comienzan a presentarse como toda la realidad. Debemos resistir esa tendencia. Con esa finalidad debemos insistir aún más en la lectura de novelas, un vívido recordatorio de un sentido humano del valor y un ejercicio en la capacidad de valoración que nos vuelve plenamente humanos.

Podemos añadir, además, que no se trata de elegir entre la visión utilitarista y la sensiblería anticientífica, pues la novela misma hace su aporte a la ciencia económica, como pronto veremos, y el economista debería tomar en serio el argumento de que una teoría compleja de la persona puede ofrecer mejores predicciones. Muchos proyectos económicos contemporáneos, incluso del movimiento *law and economics*, utilizan estas nociones más complejas de la persona, precisamente por razones predictivas.

Regresando a un punto mencionado al comienzo de este capítulo, ahora necesitamos recordar que existen dos tipos de teoría utilitarista predictiva, las cuales difieren en su relación con las intuiciones y su capacidad para realizar predicciones verificables. La visión utilitarista que toma la conducta real como indicativa de las preferencias de los agentes (la teoría de la "preferencia revelada") parece capaz de adaptarse flexiblemente a datos empíricos; por otra parte, sus predicciones están condenadas a ser vagas y casi imposibles de verificar científicamente, pues no propone una explicación definitiva de la utilidad que un agente racional está maximizando. Sin una explicación de lo que subyace a las elecciones, no podemos captar aquello que la gente valora y predecir lo que elegirá en otra situación. Las elecciones son muy contextuales, y por este motivo las elecciones presentes no sirven para predecir conductas futuras.⁷²

En cambio, la rama del utilitarismo económico que ofrece una explicación definida de la utilidad (el tipo preferido por Becker y Posner) ofrece predicciones definidas y verificables. Pero aquí debemos tener más en cuenta la diferencia entre la explicación utilitarista de aquello que valoran los individuos y la explicación más rica procedente de nuestra experiencia literaria (y cotidiana). Tal vez las diferencias no importen para propósitos predictivos, aunque son tan considerables que sería sorprendente que no importaran. En todo caso, es precisamente cuando escogemos esos modelos en aras de la simplicidad que debemos tener presente una imagen más completa de la acción humana.

La segunda objeción del economista será que he tratado la teoría utilitarista como descriptiva y normativa, cuando en realidad sólo se precia de ser descriptiva. En tal caso, insistimos, no

tiene por qué estar en competencia con la novela, en la medida en que ésta ofrece a los lectores una norma ética y cultiva emociones compasivas relacionadas con esa norma. Insistimos, dirá el lector de novelas, porque la "racionalidad" tal como se entiende en economía no es sólo un término descriptivo, sino sutilmente normativo y evaluativo. Se la contrasta con el mero sentimiento y la emoción irracional; connota sensatez y no tontería. En los escritos de Posner sobre la justicia, por citar un ejemplo, se usa para atacar a la Corte Suprema de Estados Unidos por tomar decisiones concernientes a la intimidación que no se conforman con lo que recomendaría el modelo económico.⁷³ Una vez más el señor Gradgrind no es un espantajo, pues al desechar la fantasía y la emoción a favor de su estrecha concepción de los hechos defiende una distinción normativa que los economistas profesionales de hecho establecen, y por la cual pueden ser justamente criticados. Podemos ver la autocomprensión normativa de la teoría con mucha claridad en la economía del desarrollo, donde se supone que sus modelos brindan información que debería ofrecer una base suficiente para decisiones normativas. Luego explicaré el porqué de sus perniciosos resultados.

Por último, el economista replicará que el modelo utilitarista se puede acomodar a las percepciones del novelista, pues toda la información sobre deliberación humana y valor que comentamos aquí se puede calificar con un puntaje adecuado para incluirla en cálculos de elección racional basados en la preferencia. Ante todo, los lectores de novelas sospecharán que se trata de una modificación trivial, pues han argumentado que el modelo mismo contiene tendencias que en ciertos sentidos están reñidas con lo que ellos defienden. Pero también observarán que el economista, al replicar de esta manera, está concediendo que a fin de cuentas su teoría no ofrece una explicación de la racionalidad. Dicha teoría debería incluir una explicación de por qué la gente asigna los puntajes que asigna a diferentes opciones en sus deliberaciones, y cuáles deliberaciones son atinadas. Toda esta labor debe hacerse primero por deliberación, antes que la "racionalidad", en este vago sentido económico, se ponga en marcha.⁷⁴

La lección de economía de Sissy Jupe

¿Qué significa todo esto para la economía y sus implicaciones políticas?⁷⁵ El papel público de la economía en la medición de la calidad de vida constituye el tema de la primera lección de Sissy Jupe sobre el asunto. Nuestro interés por la novela de Dickens aumenta al ver que todavía se corresponde, aun en sus elementos satíricos, con la práctica de la economía del desarrollo y con las decisiones públicas influidas por dicha práctica.

Así procede la escuela Gradgrind, entonces como ahora. Sissy le cuenta a Louisa:

Y él me dijo: “Esta aula es una nación. Y en esta nación hay cincuenta millones de libras. ¿No es una nación próspera? Alumna número veinte, ¿no es una nación próspera, y no vive usted en un estado floreciente?”

—¿Y qué respondiste? —preguntó Louisa.

—Señorita Louisa, respondí que no sabía. No podía saber si era una nación próspera o no, y si yo vivía en un estado floreciente o no, a menos que supiera quién tenía el dinero y si una parte me pertenecía. Pero eso no tenía nada que ver con ello. No constaba en las cifras —dijo Sissy, enjugándose los ojos.

—Pues cometiste un gran error —observó Louisa.

Hoy, en efecto, cuando la prosperidad de las naciones se compara en “forma tabular”, la estrategia más común consiste en citar el PNB per cápita.⁷⁶ Esta tosca medición, como Sissy reconoce de inmediato, ni siquiera nos habla de la distribución de la riqueza y los ingresos, y puede otorgar puntajes altos a países que exhiben grandes desigualdades. Y el combate contra la desigualdad y la desdicha que se retrata en *Tiempos difíciles* parece ser una parte muy importante de la calidad de vida de una nación. Más aún, semejante enfoque, al concentrarse exclusivamente en lo monetario, no nos dice cómo los seres humanos que tienen o no el dinero funcionan con respecto a significativas actividades económicas que no están bien correlacionadas con el PNB. Ni siquiera nos habla de la expectativa de vida y la mortalidad infantil,

por no mencionar la salud, la educación, los derechos humanos y la calidad de las relaciones étnicas, raciales y de género.

Un enfoque más refinado mide, como desearía Gradgrind, la utilidad total o media de la población, amalgamando satisfacciones. Este es el enfoque utilitarista en que me he concentrado, al igual que la novela. Este enfoque posee por lo menos la ventaja de tener en cuenta cómo funcionan los recursos para la gente, promoviendo metas humanas de varios tipos. Pero exhibe desventajas que la novela pone en evidencia. Además de ignorar la individualidad personal, y de utilizar una visión burda de las personas como contenedoras de satisfacción, ignora que los deseos y satisfacciones son muy maleables, y que la gente muy infeliz puede adaptarse a las circunstancias en que vive, pues uno de los peores aspectos de la privación es que despoja a la gente de sus aspiraciones y del sentido de la dignidad.⁷⁷ Los obreros fabriles de Coketown manifiestan cierto descontento pero, dado su agotamiento y las limitaciones materiales e imaginativas en que se desenvuelven, es probable que acepten cualquier alivio y también un liderazgo inadecuado e insensible, pues no han podido forjarse un ideal de plena igualdad. Stephen ve que su vida es un "berenjenal", pero no puede expresar claramente su descontento ni sentir plenamente su fuerza. Gradgrind, por otra parte, está muy satisfecho con su vida, que la novela muestra como espiritualmente pobre, y su descontento al final de la novela es sin duda un progreso sobre su complacencia anterior.

En el límite, el personaje de Bitzer nos muestra que el sentimiento de satisfacción es totalmente indigno de confianza cuando no está asociado a una evaluación ética más profunda, pues lo que complace a ese vacío recipiente de interés egoísta colma al lector de angustia y horror. Sabemos desde el principio que hay más valor y humanidad en las desdichas y aflicciones de Sissy Jupe —un sensible barómetro para medir la jerigonza hueca y la injusticia— que en la vacía complacencia de Bitzer: "Mientras la niña tenía ojos y cabello tan oscuros que parecía recibir más lustre del sol cuando sus rayos la alumbraban, los ojos y el cabello del niño eran tan claros que los mismos rayos parecían sorberle el poco color que poseía". En esta elocuente descripción la novela expresa la riqueza humana de la respuesta de Sissy ante la vida, aun ante su infelicidad, y el escalofriante mecanicismo del

optimismo de Bitzer.⁷⁸ ¿Puede la utilidad darnos la medida de estas vidas, de la educación de la cual son fruto, y de su funcionamiento humano?

Tales críticas a la utilidad como medida –junto con los otros puntos que he mencionado acerca de la adición y las diferencias cualitativas, que se han enfatizado mucho en recientes críticas filosóficas a la economía– han inducido a un grupo de economistas y filósofos que trabajan en el campo del desarrollo a defender un enfoque de la medición de calidad de vida basado en una noción del funcionamiento y la aptitud humanos, más que en la opulencia o la utilidad. (Dentro de la economía el pionero de este enfoque fue Amartya Sen, que también es filósofo.)⁷⁹ Se trata de preguntar por el bienestar de la gente inquiriendo en qué medida su forma de vida le permite funcionar en diversas áreas, incluyendo la movilidad, la salud, la educación, la participación política y las relaciones sociales, pero sin reducirse a ellas. Este enfoque rehúsa limitarse a una cifra que reduzca la calidad a la cantidad, e insiste en preguntar sobre las aptitudes funcionales reales de cada individuo en vez de preguntar cuántos recursos domina. Es así porque el enfoque reconoce que los individuos necesitan diversas cantidades de recursos para llegar al mismo nivel de funcionamiento: una persona lisiada requiere más recursos para su movilidad que la persona de movilidad común, una persona corpulenta y activa necesita más alimento que otra menuda y sedentaria, y así sucesivamente.⁸⁰ No obstante, el enfoque alienta la modelación y la medición, como cuando estudiamos el acceso que tienen las personas con problemas de movilidad a diversas funciones en una sociedad dada, como cuando estudiamos las diferentes necesidades alimentarias de personas de diferentes tamaños, edades y ocupaciones, como cuando estudiamos los modos en que las distinciones de clase obstaculizan el acceso a la participación política. Los gobiernos de Finlandia y Suecia utilizan esas mediciones plurales y cualitativas para estudiar la desigualdad en sus poblaciones, lo que demuestra su efectividad concreta como instrumento de medición.⁸¹ Tales mediciones son plurales y no singulares, cualitativamente heterogéneas más que homogéneas. Sen y yo sostenemos que este procedimiento –dentro de ciertos límites– mejora las mediciones.

Lo que ahora deseo afirmar es que una novela como *Tiempos difíciles* es un paradigma de dicha evaluación. Al presentar la vida de una población con una rica variedad de distinciones cualitativas y complejas descripciones individuales del funcionamiento y de los obstáculos al funcionamiento, incorporando una noción general de las necesidades y del funcionamiento humanos en un contexto concreto, brinda la información requerida para evaluar la calidad de vida y compromete al lector en la tarea de realizar la evaluación. De este modo propone el marco imaginativo para la asistencia pública dentro del cual se debería formular cualquier modelo cuantitativo y simplificado. Al mismo tiempo, ejemplifica y cultiva aptitudes de la imaginación que son esenciales para la realización inteligente de dichas evaluaciones, tanto en la vida pública como privada.

Tiempos difíciles termina por invocar a uno de sus personajes centrales: "¡Querido lector! De ti y de mí depende que en nuestros respectivos campos de acción sucedan o no cosas similares. Démosles reposo. Nos sentaremos con ánimo más alegre frente al hogar, para ver cómo la ceniza de nuestro fuego se vuelve fría y gris". Al interpelar al lector como amigo y coagente, aunque en otra esfera de la vida, la voz del autor dirige el compasivo asombro del lector ante el destino de los personajes hacia sí mismo, recordándole que también él enfila hacia la muerte, que también él tiene esta oportunidad única de ver en el fuego las formas de la fantasía y las perspectivas que sugieren para el mejoramiento de la vida humana. La novela está en lo cierto: de nosotros depende que tales cosas sucedan o no. Su afirmación es que la imaginación literaria es parte esencial de la teoría y la práctica de la ciudadanía.

Emociones racionales

–Bitzer –dijo el señor Gradgrind, abatido y miserablemente sumiso–, ¿no tienes corazón?

–La circulación, señor mío –replicó Bitzer, sonriendo ante la extravagancia de esa pregunta–, no podría llevarse a cabo sin un corazón. Ningún hombre que conozca los datos acopiados por Harvey acerca de la circulación sanguínea puede dudar que yo posea un corazón.

–¿Está abierto a alguna influencia compasiva? –exclamó el señor Gradgrind.

–Está abierto a la Razón, señor mío –respondió este excelente joven–. Y nada más.

Charles Dickens, *Tiempos difíciles*

Nada más que la razón

La literatura está asociada con las emociones. Los lectores de novelas, los espectadores de obras dramáticas, encuentran en estas obras un camino hacia el temor, la congoja, la piedad, la cólera, la alegría, el deleite, incluso el amor apasionado. Las emociones no sólo constituyen respuestas probables ante el contenido de muchas obras literarias, sino que son inherentes a su misma estructura, como maneras en que las formas literarias solicitan atención. Platón, describiendo la “antigua querrela” entre los poetas y los filósofos, lo vio con claridad: los poetas épicos y trágicos cautivan al público presentando héroes que no son autosuficientes, y que por lo tanto sufren profundamente cuan-

do los ataca la calamidad. Formando vínculos de compasión e identificación, inducen al lector o espectador a experimentar piedad y miedo por el trance del héroe, y también miedo por sí mismos, en la medida en que ven que sus posibilidades son similares a las del héroe. Platón comprendió que no era sencillo borrar de la tragedia estos elementos emocionales (para él objetables), pues forman parte del género, de su sentido de lo que es importante, de una trama adecuada, de aquello que necesita reconocimiento como parte destacada de la vida humana. Para desechar los elementos emotivos habría que reescribir la trama, transformar a los personajes y reestructurar la naturaleza del interés que vincula al espectador con la narración (o falta de narración, una vez que se la modifica lo suficiente).

Podemos afirmar algo similar de la novela realista. Como afirma Dickens, esas novelas son narraciones acerca de las "esperanzas y temores humanos". El interés y el placer que ofrecen es inseparable de la preocupación compasiva de los lectores por "hombres y mujeres más o menos similares a ellos mismos" y por los conflictos y reveses que los acucian. Pero, si un amante de la literatura desea cuestionar el planteo de Platón, que destierra a los poetas de la república, debe defender las emociones y su contribución a la racionalidad pública.

También hoy es preciso defenderlas. El contraste que establece Bitzer entre la emoción y la razón se ha vuelto lugar común en nuestro discurso público, aunque su valor conceptual quede enturbiado por una incapacidad para definir qué son las emociones y por un equívoco entre el uso descriptivo y el uso normativo de "razón" y "racional". Bitzer da por sentado que la razón se define de acuerdo con la concepción económica de Gradgrind, la que excluye elementos emocionales tales como la compasión y la gratitud. Luego este controvertido concepto se utiliza sin más defensa, como si fuera una norma, de modo que todo aquello que excluye se puede tratar como prescindible e incluso desdeñable: "Está abierto a la Razón, señor mío. Y nada más", se ufana Bitzer hablando de su corazón.

Los herederos contemporáneos de Bitzer se apresuran a efectuar la misma maniobra. Así, en su libro *La economía de la justicia* (1981), Richard Posner, pensador que lidera el movimiento *law and economics*, comienza por anunciar que asumirá "que las per-

sonas son maximizadoras racionales de la satisfacción". Sin defender este concepto de lo racional, justifica su propuesta de extender el análisis económico a todos los campos de la vida humana apelando a dicho concepto como si fuera una norma establecida, y como si aquella excluyera todas las decisiones basadas en la emoción:

¿Es posible suponer que las personas son racionales sólo o principalmente cuando realizan transacciones en los mercados y no cuando realizan otras actividades de la vida, tales como el matrimonio, el litigio, el delito, la discriminación y el ocultamiento de información? (...) Pero muchos lectores sin duda considerarán intuitivamente que estas elecciones (...) se encuentran en el área donde las decisiones son emocionales, más que racionales.⁸²

En otras palabras, podemos respetar las elecciones de la gente como racionales en el sentido normativo sólo si podemos demostrar que se adecuan al concepto utilitarista de maximización racional y no reflejan la influencia de los factores emocionales. (Posner no nos ofrece una explicación de las emociones ni de su relación con las creencias.) De acuerdo con esta concepción, las obras como la novela de Dickens, que sugiere que ciertas emociones pueden ser elementos esenciales en una buena decisión, serían obras desorientadoras y perniciosas, "libros malos", como diría el señor Gradgrind.

Y esta denigración de las emociones no se limita a las obras utilitaristas teóricas que tratan sobre la racionalidad pública. De una u otra forma, desempeña un papel importante en la práctica pública. Consideremos, por ejemplo, la instrucción a un jurado emitida por el estado de California. En la fase penal, se advierte al jurado que "no se debe guiar por el mero sentimiento, la conjetura, la compasión, la pasión, el prejuicio, la opinión pública ni el sentimiento público".⁸³ Como demostró el juez Brennan con gran cantidad de ejemplos, tanto los fiscales como los jurados suelen entender que dicha exhortación insta al jurado a desechar por completo los factores emocionales al tomar una decisión. En un caso representativo, se informó al jurado que su evaluación de los factores agravantes y

atenuantes “no es una cuestión, creo, que deba guiarse por la emoción, la compasión, la piedad, la cólera, el odio o nada similar, porque no es racional tomar una decisión sobre ese fundamento”. El fiscal continúa: “Sería muy difícil eliminar por completo todas nuestras emociones, tomar una decisión puramente racional”. Pero esto, añade, es lo que hará un buen jurado.⁸⁴ Este proceso de eliminación excluiría, como arguye persuasivamente Brennan, los factores de evaluación compasiva de la historia personal y el carácter del acusado, que en realidad son indispensables para llegar a un juicio racional sobre una sentencia, y parte central de lo que tradicionalmente suponen dichos juicios. Aclarar este contraste no examinado entre la emoción y la razón introduce pues una diferencia práctica en el derecho.⁸⁵

Las emociones objetadas

Para responder a la acusación de que las emociones son irracionales en un sentido normativo, y en consecuencia inadecuadas como guías en la deliberación pública, debo ante todo precisar dicha acusación. Se han utilizado diversos argumentos contra las emociones, todos los cuales se expresan mediante el cómodo y generalizador término “irracional”. En algunos casos tales argumentos parten de perspectivas incompatibles acerca de lo que son las emociones. Así que cualquier defensa debe comenzar por desentrañarlos. Me concentraré en sólo cuatro de las muchas objeciones que se pueden encontrar. Creo que son las más pertinentes al debate sobre el papel público de la literatura.

Primero está la objeción de que las emociones son fuerzas ciegas que no tienen nada o no mucho que ver con el razonamiento. Como ráfagas de viento o encrespadas corrientes marinas, impulsan al agente irreflexivo, llevándolo a la deriva. No encarnan meditación ni juicio, y no responden a los argumentos de la razón. (Esta imagen de las emociones se expresa a veces describiéndolas como “animales”, como elementos no del todo humanos de nuestra naturaleza. También se esgrime la idea de

que las emociones son "femeninas" y la razón es "masculina", presuntamente porque la mujer estaría más cerca de lo animal y lo instintivo, más sumergida en el cuerpo.) Naturalmente, semejante visión de las emociones induce a desecharlas de la vida del ciudadano deliberante y del buen juez. Las fuerzas así descritas parecen constituir una amenaza para el buen juicio, y su predominio en el individuo pareciera cuestionar la aptitud del mismo para ejercer las funciones ciudadanas.

Se utiliza un argumento muy diferente en las principales obras contrarias a la emoción de la tradición filosófica occidental. Hallamos variantes de él en Platón, Epicuro, los estoicos griegos y romanos y Spinoza. Estos filósofos sostienen una visión de las emociones que resulta incompatible con la visión que subyace a la primera objeción, a saber, que las emociones están estrechamente relacionadas con los juicios (en algunos casos, que son idénticas a ellos). Así que la falta de juicio no es el problema. El problema es que los juicios son falsos, y lo son porque atribuyen gran valor a personas y acontecimientos externos que no están bajo el control de la virtud ni la voluntad racional de la persona. Son manifestaciones, pues, de las limitaciones y vulnerabilidad de la persona. El miedo implica el pensamiento de que en el futuro pueden acontecer cosas malas e importantes que no somos capaces de impedir. La pena implica el pensamiento de que nos han privado de algo o alguien extremadamente importante; la cólera, el pensamiento de que otro ha dañado gravemente algo a lo cual atribuimos gran valía; la piedad, el pensamiento de que otros están padeciendo sin culpa propia; la esperanza, el pensamiento de que nuestro bien futuro no está plenamente bajo nuestro control.

En todos estos casos las emociones pintan la vida humana como necesitada e incompleta, como rehén de la fortuna. Los vínculos con nuestros hijos, padres, seres queridos, conciudadanos, nuestro país, nuestro propio cuerpo y nuestra salud son el material sobre el cual trabajan las emociones, y estos lazos, dado el poder del azar para destruirlos, vuelven vulnerable la vida humana, que no se puede —ni siquiera es deseable— controlar, dado el valor de esos apegos para la persona que los experimenta. Pero, según los filósofos antiemotivos, esta imagen del mundo es falsa. Sócrates dijo: "La persona buena no puede sufrir daño".

La virtud y el pensamiento son las únicas cosas valiosas, y la fortuna no puede dañar nuestra virtud ni nuestro pensamiento. Otro modo de expresarlo es decir que la persona buena es totalmente autosuficiente.

Este argumento se asocia a veces con un pariente del primer argumento por medio de la idea de estabilidad.⁸⁶ Un buen juez, sostienen estos filósofos, es alguien estable, alguien que no se deja mecer por las corrientes de la fortuna ni de la moda. En cambio, la gente que es presa de las emociones, al encontrar importantes elementos de su bienestar fuera de sí misma, cambia con los vientos de la fortuna y es tan veleidosa como el mundo. Ora esperanzada, ora afligida, ora serena, ora sumida en una violenta congoja, carece de la estabilidad y solidez del sabio, que encuentra un constante y sereno deleite en el curso firme de su propia virtud. De este modo esta segunda imagen puede llegar a conclusiones similares a las de la primera. Pero es importante comprender cuán diferentes son, en ambos casos, los motivos para llegar a tales conclusiones. En la primera visión, las emociones no se enseñan ni están encarnadas en creencias; en la segunda, se enseñan junto con creencias que implican evaluaciones. En la primera visión no se pueden inculcar ni eliminar del todo; en la segunda, ambas cosas son posibles. En el primer caso las emociones son inestables por su estructura interna irreflexiva; en el segundo, porque son pensamientos que atribuyen importancia a cosas externas e inestables.

Esta segunda objeción indujo a Platón a afirmar que la mayor parte de la literatura existente se debía desterrar de la ciudad ideal; indujo a los estoicos a que exhortaran a sus discípulos a prestar atención a la literatura sólo desde un seguro distanciamiento crítico: como Ulises, decían, amarrado al mástil para escuchar el canto de las sirenas sin dejarse seducir por él. Indujo a Spinoza a escoger una forma de comunicación con su lector que estuviera lo más lejos posible de lo literario: el método geométrico, con el cual afirma que "examinaré los actos y deseos humanos cual si se tratara de líneas, planos y cuerpos". Como veían todos estos autores, la mayor parte de la gran literatura encara los acontecimientos que afectan a las personas finitas y vulnerables como profundamente significativos, haciendo participar al público de su buena o mala fortuna. Muestra a un héroe como

Aquiles llorando la muerte de Patroclo, rodando en el polvo y gritando, en vez de reconocer que esas cosas no tienen verdadera importancia. Suscita así malos deseos en el acto mismo de leer o mirar, y proporciona al público un mal paradigma para imitar en la vida. Una vez más, insistamos en que aquí no se trata únicamente del contenido literario, sino de la forma, pues el género trágico, como hemos dicho, está consagrado a la aflicción, la piedad y el temor. Su forma misma, sus personajes y la estructura de su trama son subversivas ante los intentos filosóficos de enseñar la libertad racional.

Como quedará claro a continuación, prefiero la segunda objeción a la primera, pues creo que se basa en una perspectiva más profunda y más razonada de la relación entre la emoción y la creencia o juicio. Pero ya debería estar claro que podemos aceptar este análisis de las emociones y sin embargo rechazar la conclusión estoica de que las emociones son irracionales (en el sentido normativo) y se deben evitar del todo cuando procuramos deliberar racionalmente. Pues podemos ver que esa conclusión se basa en una visión ética sustantiva y sumamente controvertida, según la cual los lazos con nuestros seres queridos, nuestro país y otros elementos inconstantes y externos al yo carecen de valía. Pero ello es discutible, y quizá desearíamos retener los juicios de valor contenidos en emociones que hemos juzgado ciertas, y aprovechar esos juicios en el razonamiento práctico.⁸⁷

Una tercera objeción respeta las emociones en la vida privada mientras que ataca su función en la deliberación pública. (Es compatible con el análisis de la segunda objeción, que considera las emociones como estrechamente ligadas a juicios acerca de la valía de los objetos externos, y quizá no sea compatible con la primera objeción, según la cual son totalmente irreflexivas.) Las emociones, señala esta objeción, se concentran en los lazos o apegos reales de una persona, sobre todo en objetos concretos o personas cercanas al yo. No consideran el objeto en abstracto, como uno entre muchos, sino como especial, y al menos en parte es especial a causa de su relevancia en la vida del agente. Las emociones siempre permanecen cerca del hogar y contienen, por así decirlo, una referencia de primera persona. El amor atribuye gran valía a una persona que entabla una relación íntima con el

agente, y su intensidad depende habitualmente de la existencia de un contacto entre el agente y el objeto. La congoja, asimismo, está totalmente centrada en el yo o se experimenta en relación con amigos, familiares, seres queridos. La cólera despierta ante los agravios o daños que ha sufrido algo o alguien que es importante para uno. En todos estos casos las emociones vinculan la imaginación moral a particulares que están cerca del yo. No contemplan la valía humana, o el sufrimiento humano, de manera imparcial. No se inflaman ante vidas distantes ni sufrimientos invisibles. Esto, desde el punto de vista de la teoría moral utilitarista, e incluso kantiana, sería buen motivo para eliminarlas de una norma pública de racionalidad, aunque podrían tener cierto valor en el hogar. Aun la piedad, que al principio parece más universal, puede no serlo: en el análisis de Aristóteles, por lo menos, también contiene una referencia de primera persona, en el pensamiento de que nuestras posibilidades son similares a las del sufriente. En esta perspectiva, pues, las novelas, al alentar y fortalecer las emociones, estimularían una forma egoísta y parcial de atención a los sufrimientos de otros seres humanos. Deberíamos preferir la imparcialidad del intelecto calculador y de la prosa en la que está encarnado: pues aquí cada persona vale igual, y ninguna más que otra.

Estrechamente emparentada con la anterior, la cuarta objeción alude a que las emociones se interesan demasiado en los particulares y demasiado poco en las unidades sociales más grandes, como las clases. Esta objeción ha inducido a muchos marxistas y otros pensadores políticos a considerar que la novela es un instrumento inadecuado para la reflexión política y, en algunas versiones, un instrumento tan comprometido con el individualismo burgués que no sirve para la reflexión política crítica. Irving Howe esgrimió este argumento contra Henry James, alegando que su insistencia en una afinada percepción de los individuos, su atento escrutinio de emociones sutiles, delataba una ineptitud para ver lo político, que es "una modalidad de acción colectiva".⁸⁸ En *El cuaderno dorado*, de Doris Lessing, la protagonista, una novelista marxista, enfrenta una objeción similar por parte de sus amigos marxistas: su afición por la novela y sus estructuras emocionales delatan un apego residual al mundo burgués que no es coherente con sus puntos de vista políticos. En algunas

versiones de esta objeción, las novelas pueden ser útiles en el ámbito privado mientras no traspongan esos límites; en la versión marxista, que no concede la existencia de un dominio ético separado del político, carecen de todo valor.

Las cuatro objeciones son profundas. Para responderlas todas en forma definitiva debería elaborar y defender una teoría integral de las emociones. Es evidente que no puedo hacerlo aquí.⁸⁹ En cambio, bosquejaré respuestas viables a las cuatro objeciones y luego preguntaré cuál sería el mejor modo de podar o purificar las emociones públicas para asegurarnos de que nos valemos únicamente de las que merecen nuestra confianza.

Respuesta a las objeciones

Las emociones como ciegas fuerzas animales

La primera objeción alega que las emociones son irracionales en el sentido normativo, es decir, que son malas consejeras para la elección, porque no participan de la razón ni siquiera en el sentido descriptivo más amplio. Las emociones son impulsos ciegos que no contienen una percepción de su objeto ni descansan sobre creencias. Entiendo que esta posición no merece que le dediquemos demasiado tiempo, pues jamás ha contado con el respaldo decidido de aquellos filósofos que consagraron sus obras más serias a las emociones, incluidos los que por otros motivos son contrarios a las mismas. A estas alturas está ampliamente desacreditada incluso donde otrora era popular, en la psicología cognitiva, por ejemplo, y en la antropología.⁹⁰ Pero todavía ejerce cierta influencia sobre muchas reflexiones y charlas informales sobre las emociones, que retienen el legado de viejas teorías conductistas y empiristas. Es importante, pues, decir algo sobre aquello que ha llevado a la difundida conclusión de que este punto de vista no es sostenible.

Filósofos occidentales tan diversos como Platón, Aristóteles, los estoicos griegos y romanos, Spinoza y Adam Smith han convenido en que es importante distinguir emociones tales como la

congoja, el amor, el temor, la piedad, la cólera y la esperanza, de los impulsos corporales como el hambre y la sed.⁹¹ La distinción se efectúa de dos maneras. Primero, las emociones contienen en sí mismas una dirección hacia un objeto, y dentro de la emoción el objeto es encarado con una descripción intencional. Esto significa que figura en la emoción tal como aparece para la persona que experimenta la emoción, tal como la persona lo percibe. Mi cólera no es un mero impulso, un hervor de la sangre: está dirigida contra alguien, a saber, una persona que en mi percepción me ha agraviado. El modo en que veo a esta persona es inherente a la naturaleza de mi emoción. La gratitud contiene una visión opuesta de la relación de otra persona con mi bienestar; para distinguir la cólera de la gratitud se requiere una explicación de estas percepciones opuestas. El amor, en su sentido relevante, no es ciego: percibe su objeto como dotado de un aura y una importancia especial. Una vez más, este modo de percibir el objeto es esencial para el carácter de la emoción. El odio difiere del amor en la índole opuesta de sus percepciones. En suma, las emociones, al margen de todo lo demás, son cuando menos modos de percibir.

Segundo, las emociones están íntimamente relacionadas con ciertas creencias acerca de su objeto. La tradición filosófica que he mencionado no tiene una opinión unánime en cuanto a la relación precisa entre la emoción y la creencia. Algunos sostienen que las creencias relevantes son condiciones necesarias para la emoción; otros, que son necesarias y suficientes; otros, que son partes constitutivas de la emoción; otros, que la emoción es sólo una clase de creencia o juicio. Comencemos, pues, con la visión más débil, en la que todos estamos de acuerdo: la visión de que las emociones responden a diversas creencias de un modo tal que no podrían existir sin ellas. ¿Qué induce a estos filósofos a aceptar ese punto de vista? Pensemos en la emoción de la cólera. Para encolerizarme debo creer que yo —o algo o alguien que es importante para mí— he sufrido una injuria o un daño a causa del acto intencional de otra persona. Si un aspecto significativo de esa compleja creencia dejara de parecerme cierto, si yo cambiara mi opinión sobre quién ha causado el daño o sobre su intencionalidad, o sobre la realidad del daño causado, es posible que mi cólera se atemperase o cambiase de curso. Lo mismo vale

para las otras emociones principales. El temor requiere la creencia de que pueden sucederme daños importantes a mí o a alguien que es importante para mí en el futuro, y que yo no puedo evitarlos del todo. La piedad requiere la creencia de que otra persona está sufriendo de manera significativa, sin culpa propia o al margen de su culpa, y así sucesivamente. Algunas de estas creencias, sobre todo las relacionadas con el valor o la importancia, pueden estar profundamente arraigadas en nuestra psicología; no es posible liberarse de ellas con una simple argumentación. Y sin estas creencias las emociones no tienen arraigo.

La mayoría de los pensadores de nuestra tradición va más allá, sosteniendo que las creencias en cuestión también son partes constitutivas de la emoción, parte de aquello que la identifica y la aparta de otras emociones. Parece poco plausible que podamos individualizar y definir emociones complejas tales como la cólera, el temor y la piedad por mera referencia a la sensación que provocan. Para determinar si un malestar es temor o pesadumbre, debemos inspeccionar las creencias que se vinculan con la experiencia. Para discernir si un sentimiento de felicidad debe llamarse amor o gratitud, también debemos inspeccionar no sólo el sentimiento sino las creencias que lo acompañan. Por esta razón, las definiciones de la emoción en la tradición filosófica suelen incluir las creencias además de las sensaciones.

Más aún, muchos pensadores aducen que las creencias que hemos mencionado son suficientes para la emoción. Es decir, si logro que alguien crea que B lo ha insultado a sus espaldas, y ese alguien cree que esos insultos son un perjuicio importante, eso bastará para enfurecerlo con B. No necesito inflamar su corazón. El fuego que existe se relaciona con el insulto y basta mencionar el insulto para encenderlo. Gran parte de la antigua ciencia de la retórica descansa sobre esta observación, y el discurso político moderno tampoco le es ajeno. Cuando George Bush quería que los votantes temieran la presidencia de Dukakis, no necesitaba inyectarles agua helada en las venas. Sólo necesitaba hacerles creer que la presidencia de Dukakis representaría peligros significativos que el público no podría evitar, como criminales sueltos por las calles de todas las ciudades, dispuestos a atacar a mujeres y niños inocentes. Esta posición es compatible con la perspectiva de que las emociones poseen otros componentes no cognitivos

(como los sentimientos o los estados corporales) además de las creencias, pero insiste en que las creencias relevantes son causa suficiente de esos otros componentes.

El mayor pensador estoico, Crisipo, fue un paso más lejos al sostener que las emociones son idénticas a cierto tipo de creencia o juicio. No es necesario un sentimiento o estado corporal específico para que surja determinado tipo de emoción. Creo que su posición es convincente, y menos antiintuitiva de lo que parece al principio.⁹² Pero defenderla es una tarea intrincada, y sólo necesitamos las perspectivas cognitivas más débiles de la emoción para refutar la primera objeción, así que pasaré por alto esa tarea.

Nótese que los enfoques cognitivos que he presentado dejan amplio margen para afirmar que algunas emociones (tal vez todas) son irracionales en el sentido normativo, pues ahora es preciso evaluar las emociones inspeccionando las creencias o juicios relevantes. Estos pueden ser verdaderos o falsos, apropiados o inapropiados para su objeto, y pueden ser racionales o irracionales. (Son dos dimensiones de la valoración: una creencia puede ser falsa pero racional, si se basa en pruebas atendibles aunque erróneas; con más frecuencia, puede ser verdadera pero irracional, si se formó precipitada y acríticamente pero sucede que resulta acertada.) Pero en ningún caso las emociones serán irracionales en el sentido de estar totalmente divorciadas de la cognición y el juicio.

Es importante señalar que este modo de evaluar las emociones —concediéndoles un contenido cognitivo para preguntar si concuerdan con su objeto y situación— constituye la tradición dominante en el derecho penal, donde, por citar un ejemplo, la formulación del concepto de provocación razonable (procedente del derecho consuetudinario) evalúa si la cólera del acusado ante una situación es apropiada preguntándose cuál sería la reacción de la persona razonable en esa situación. Se considera que algunos hechos provocarían la cólera de una persona razonable; por ejemplo, un ataque contra un hijo. La ley trata esta cólera y sus consecuencias de distinta manera a la de una persona malhumorada y desaforada. Aunque la persona “razonablemente provocada” que comete un acto de violencia igual será condenada por un delito (a menos que se demuestre que el acto violento

fue en defensa propia), la existencia de la provocación razonable reduce el nivel de la ofensa; por ejemplo, de homicidio premeditado a homicidio culposo. En estos y otros sentidos, la tradición del derecho consuetudinario no trata las emociones como fuerzas ciegas que puedan anular la volición por su mera fuerza, sino como elementos del carácter de una persona. Se entiende que la gente es responsable de modificar sus emociones para integrarlas al carácter de una persona razonable.⁹³

En síntesis, no hay motivos para creer que las emociones son inadecuadas para la deliberación sólo porque pueden ser erróneas, así como no hay motivos para desechar todas las creencias de la deliberación sólo porque pueden ser erróneas. Por cierto, se puede argumentar que esta clase de actitud cognitiva tiende a ser errónea por determinado motivo, trátase del contenido o de su modo de formación. Pero sería preciso presentar y evaluar dicha argumentación. Ahora paso a evaluar la argumentación más famosa.

Las emociones como reconocimiento de carencia

Paso a la segunda objeción, la de los antiguos estoicos. Al responder a la primera he aceptado la explicación estoica de las emociones, hallando en ellas una intencionalidad dirigida hacia un objeto y una estrecha relación con cierto tipo de creencias, creencias que atribuyen mayor importancia a cosas y personas que están fuera del control del yo. Hacer estos juicios de valor es reconocer nuestras carencias y nuestra falta de libertad plena. Ahora podemos localizar con mayor precisión la dimensión cognitiva de las emociones: capacitan al agente para percibir cierta clase de valor. Para aquellos que atribuyen un valor a tales cosas, las emociones son necesarias para una visión ética completa. Louisa Gradgrind dice que, careciendo de emociones, ella ha sido "ciega como una piedra". Su ceguera ha sido una ceguera ante los valores, una ineptitud para ver el valor y la importancia de las cosas externas a ella, para ver lo que necesita, para ver que su vida necesita completarse mediante vínculos con otros.

¿Es válida esta admisión de carencia? La objeción estoica afirma que la creencia de que la gente siente profunda necesidad

del mundo es siempre falsa: los únicos recursos que realmente necesitamos vienen de nuestro interior y de nuestras virtudes. Más aún, estas creencias falsas son socialmente perniciosas, pues nos privan de confianza y restan estabilidad a la acción. Si nos liberamos de ellas nuestra vida será más satisfactoria. Ello significa, para los estoicos, reescribir radicalmente la visión del mundo que sus jóvenes alumnos habrían obtenido de su educación literaria. En vez de historias dramáticas, sostienen, necesitamos paradigmas de libertad y distanciamiento, pues la vida de una persona buena no contiene dramatismo ni tensión. “Ved cómo se produce la tragedia –escribe el estoico Epicteto–: cuando hechos fortuitos acontecen a los necios.” La serena conducta de Sócrates en prisión indica el modo en que un sabio enfrenta el infortunio. Este ejemplo se convierte en ese ideal antitrágico del héroe que es propio del estoicismo. No se puede escribir una obra literaria convencional sobre Sócrates, pues Sócrates no otorga gran importancia a los hechos que lo rodean. La única “trama” en la que se interesa es el despliegue de la argumentación, que siempre –sostienen los estoicos– está dentro de su poder.

Se trata de una visión profunda de la vida ética; profunda, ante todo, porque se basa en una vigorosa concepción de las emociones, una concepción que considero más o menos correcta; profunda, además, porque suscita hondas interrogantes acerca de lo que debería ser el buen vivir humano, de qué vulnerabilidades son compatibles con la constancia que se requiere para la vida ética y política. Y es profunda, por último, porque, como todo pensamiento filosófico penetrante, muestra su estructura argumentativa al lector y así indica cómo y dónde uno podría rebatirlo. En particular, muestra tanto a los amigos como a los enemigos de las emociones que la conclusión antiemotiva radical se basa en afirmaciones normativas sobre la libertad y el distanciamiento que son sumamente controvertidas. Empecemos a cuestionar tales premisas.

Consideremos la emoción de la compasión (piedad).⁹⁴ Como argumenta largamente Aristóteles, tal emoción requiere la creencia de que otra persona está sufriendo gravemente sin culpa propia, o más allá de su culpa. Los que sienten compasión también deben creer –por lo menos en la mayoría de los casos– que sus propias posibilidades (o, como añade Aristóteles, las de al-

güen que aman) son en general similares a las de los sufrientes. El reconocimiento de que uno podría sufrir de un modo similar se vincula tradicional y plausiblemente con la beneficencia, y el rechazo de la piedad (como en el personaje de Bitzer de Dickens), con una disposición pétrea y egoísta.

El fundamento de la compasión (como el de su pariente cercano, el miedo) es la creencia de que muchas desgracias comunes –la pérdida de hijos y otros seres queridos, las durezas de la guerra, la pérdida de derechos políticos, la enfermedad y los achaques corporales, la perspectiva de la propia muerte– son de suma importancia. Para eliminar la compasión de la vida humana, los estoicos deben eliminar esa creencia fundamental. Pero entonces debemos preguntar qué razones nos darán para interesarnos profundamente en las cosas malas que acontecen a los demás, qué razones para participar, para arriesgarnos en aras de la justicia social y el bien común.

Para las filosofías basadas en una idea de la autonomía de la virtud, siempre ha sido difícil explicar por qué el bien común es importante. Ningún gran pensador de esa orientación está dispuesto a decir que no importa, y sin embargo, para Sócrates, para los estoicos griegos y romanos, para Spinoza y para Kant, es difícil presentar una motivación coherente, dada la presunta irrelevancia moral de los bienes externos y la autonomía de la voluntad virtuosa. El repudio de la piedad que vemos en los estoicos deja escasas motivaciones para los actos impulsados por la piedad, y si se realizan por motivos muy diferentes –por ejemplo, una piadosa obediencia a la voluntad de Zeus–, no queda claro que su carácter moral sea el mismo. En efecto, la persona privada de las evaluaciones contenidas en la piedad parece estar privada de una información ética sin la cual tales situaciones no se pueden evaluar racionalmente.

La visión moral de la novela de Dickens, en cambio, y como en la mayoría de las novelas realistas populares y los dramas trágicos, parte de la profunda relevancia de la vulnerabilidad de la vida humana y de la necesidad de “bienes externos”. Parte, pues, del miedo, de la gratitud y de la piedad o compasión. Bien podemos decir de la novela realista lo que Aristóteles decía de la tragedia: que la forma misma inspira compasión en los lectores, instándolos a preocuparse intensamente por el sufrimiento y la

desgracia ajena, y a identificarse con los demás de maneras que les revelan posibilidades para sí mismos. Como los espectadores de tragedias, los lectores de novelas comparten el trance de los personajes, experimentando lo que les sucede como si tuvieran su mismo punto de vista, y también piedad, algo que trasciende la empatía porque supone que el espectador juzga que los infortunios de los personajes son graves y no han surgido por su culpa. Este juicio no siempre es accesible dentro de la perspectiva empática, así que el lector de novelas, como el espectador de tragedias, debe alternar entre la identificación y una simpatía más externa. Aquello que la tradición antigua de la piedad afirma de la épica y la tragedia hoy se podría afirmar de la novela: que esta compleja actitud resulta esencial para obtener la plena medida de la adversidad y el sufrimiento ajenos, y que esa evaluación es necesaria para una plena racionalidad social. Rousseau observa astutamente que el no creer en nuestra vulnerabilidad potencial conduce fácilmente a la obtusidad social y la indiferencia:

¿Por qué los reyes no sienten piedad por sus súbditos? Porque cuentan con no ser nunca humanos. ¿Por qué los ricos son tan despiadados con los pobres? Porque no temen empobrecerse. ¿Por qué un noble siente tanto desprecio por un campesino? Porque él nunca será campesino (...) La piedad del ser humano lo vuelve sociable, nuestros sufrimientos comunes guían nuestro corazón hacia la humanidad; no le deberíamos nada si no fuéramos humanos. Todo apego es señal de insuficiencia (...) así, de nuestra debilidad misma nace nuestra frágil felicidad. (*Emilio*, libro 4)

El utilitarismo parte del dato del sufrimiento común y, en su expresión más noble, está motivado por el deseo de mitigar el dolor. De modo que si logramos demostrar que las formas de razonamiento que designa como "racionales", con exclusión de las emociones, nos privan de información necesaria para experimentar una reacción plenamente racional ante el sufrimiento ajeno, estaremos postulando una gravísima crítica interna del utilitarismo.

Tiempos difíciles hace esta crítica al mostrar que, sólo cuando cobra conciencia de su propia necesidad y siente "una aplastante sensación de desamparo", puede el señor Gradgrind abordar

productivamente las necesidades de quienes lo rodean. En cambio Bitzer, para quien todas las relaciones humanas son transacciones de mercado y la gratitud es una reacción irracional e "insostenible", no logra ser un buen agente utilitarista en el sentido original del término, pues no logra reaccionar ante el dolor ajeno.⁹⁵

En síntesis, si rechazamos la tradición estoica en lo concerniente a la autonomía personal, para ser coherentes debemos rechazar sus argumentos normativos concernientes al rechazo de la emoción. Podría haber otras justificaciones para este rechazo, pero sería preciso que se formularan para analizarlas. Entretanto, parece ser que muchas respuestas emocionales encarnan percepciones correctas del valor y son dignas de una deliberación rectora: por ejemplo, la evaluación correcta de la importancia de los hijos y otros seres queridos en la vida de una persona. Y podemos ir más lejos. Si convenimos en sostener, con la mayor parte de la tradición filosófica, que ciertas creencias acerca de la importancia de los acontecimientos mundanos y las personas no sólo son necesarias sino suficientes para la emoción —esta posición parece muy plausible—,⁹⁶ debemos conceder que si no existe la emoción la creencia tampoco existe del todo. Y eso significa que no existe una parte de la racionalidad social. Los que aceptan el juicio acerca del valor de los "bienes de la fortuna" que la tradición de Aristóteles y Rousseau plantea contra los estoicos deben admitir, para ser coherentes, las emociones como elementos esenciales del buen razonamiento en estos asuntos. Así, los jueces o jurados que se niegan a sí mismos la influencia de la emoción se niegan maneras de ver el mundo que parecen esenciales para aprehenderlo en plenitud. No puede ser (normativamente) racional pensar de esta manera, aunque estemos haciendo economía.

Emoción e imparcialidad

El intelecto calculador se proclama imparcial y capaz de una rigurosa justicia numérica, alegando que las emociones son prejuiciosas y se dejan arrastrar indebidamente por lo inmediato. Todo ser humano debe contar como uno, y nadie como más que

uno, insiste razonablemente el utilitarista. Pero en las emociones los apegos a la familia y los amigos parecen abarcarlo todo, anulando los justos reclamos de una mayoría distante. Así, el lector de novelas, que aprende a valorar personajes particulares en vez de pensar en el mundo entero, recibe una formación moral que subvierte la justicia.

Lo dudo. Como argumenté en el capítulo 2, la visión abstracta del intelecto calculador resulta ser miope e incapaz de discriminar a menos que la asista la capacidad de imaginar vívida y empáticamente la sensación de vivir cierto tipo de vida. Ahora puedo añadir que las emociones forman parte integral de esta visión abarcadora. Louisa lamenta que la incapacidad de su padre para educarla emocionalmente la haya vuelto “injusta”, y de hecho vemos que la ausencia de una rápida percepción del dolor ajeno le dificulta comprender la situación de los obreros de Coketown. En cambio, las fuertes reacciones emocionales de Sissy ante las necesidades ajenas constituyen un ingrediente esencial de su capacidad (en su lección de economía) para presentar respuestas sensatas a casos distantes e hipotéticos. Examinemos ahora otros dos ejemplos de esa lección.

El maestro utilitarista dice a Sissy que, en “una inmensa ciudad” de un millón de habitantes, sólo veinticinco mueren de hambre en las calles. El maestro, M'Choakumchild, le pregunta qué piensa de ello, sin duda esperando una respuesta que exprese satisfacción por un número tan bajo. Sin embargo, Sissy responde que “debe ser igualmente duro para quienes mueren de hambre, aunque los demás sean un millón o un millón de millones”. En otra ocasión, cuando le dicen que en determinado período de tiempo cien mil personas realizaron viajes marítimos y sólo quinientos se ahogaron, Sissy señala que ese bajo porcentaje no significa “nada para los parientes y amigos de la gente que pereció”. En ambos casos el análisis numérico ofrece confortación y distanciamiento: qué bajo porcentaje, se felicita M'Choakumchild, y ya no es preciso acometer ninguna acción en ese sentido. El intelecto sin emociones es, por así decirlo, ciego para los valores: no capta el valor de la muerte de una persona, una captación que es inherente al juicio basado en las emociones. La respuesta emocional de Sissy inviste a los muertos con la valía de la humanidad. Sintiendo lo que el hambre signifi-

ca para los hambrientos, y la muerte para los deudos, afirma atinadamente que la baja cantidad no compensa esas muertes, que una complacencia en la baja cantidad no es la respuesta adecuada. Como es consciente de que no hay reemplazo para un ser humano muerto, piensa que la gente que se encarga de los viajes marítimos debería esforzarse más. Tratándose de cifras, resulta fácil decir que “esta cantidad es satisfactoria”, pues ninguno de esos números tiene un sentido no arbitrario. (Por lo demás, nótese que quinientas muertes sobre cien mil pasajeros es una cantidad increíblemente alta para travesías oceánicas, sea por aire o por mar.) Tratándose de vidas humanas imaginadas y sentidas, no aceptamos –siendo todos los demás factores iguales– ninguna cifra de hambre como correcta, ninguna estadística sobre seguridad de los pasajeros como aceptable (aunque, por supuesto, podríamos juzgar que otros factores impiden un progreso en tales cuestiones por el momento). Las emociones no nos dan la solución de estos problemas, pero nos urgen a resolverlos. Juzguemos qué enfoque conduciría a una mejor respuesta pública ante una hambruna lejana, ante la situación de los sin techo, ante la prueba de productos y los estándares de seguridad.

Ello no significa que no debamos usar modelos económicos del tipo que conocemos. Con frecuencia pueden brindar información valiosa. Pero debemos utilizarlos guiados por un sentido del valor humano. El razonamiento basado en las emociones no tiene por qué sostener que la vida humana es “sagrada” ni de “valor infinito”, conceptos vagos que quizá no traduzcan las intuiciones de mucha gente cuando se examinan con más rigor, y que han generado gran confusión en las discusiones sobre los derechos de los animales, la terminación de la vida y el tratamiento de seres humanos que sufren discapacidades graves.⁹⁷ Podemos conceder que en algunos casos la visión emocional de una sola muerte puede distorsionar el juicio si se deja guiar por el vago concepto del valor infinito, y que las “frías” técnicas de la economía podrían proporcionar una guía más precisa. (Por ejemplo, estaríamos dispuestos a aceptar un riesgo relativamente bajo de muerte o enfermedad para obtener ganancias sociales considerables.) Pero sostengo que en este caso no estamos diciendo que el cálculo en sí sea más confiable que la emoción en sí: estamos diciendo que cierto grado de distanciamiento frente a lo

inmediato –algo que el cálculo puede ayudar a alentar en ciertas personas– puede permitirnos organizar mejor nuestras creencias y emociones y así inducir un sentido más refinado de lo que son dichas emociones, y cuáles de ellas son las más confiables. Si sólo contáramos con números, careciendo del sentido de valor encarnado en las emociones del temor y la compasión, sólo poseeríamos formas arbitrarias de responder a dichas preguntas. Pronto regresaré a la cuestión del distanciamiento.

A esta argumentación general podemos añadir una tesis genética. Los vínculos íntimos de amor y gratitud entre un hijo y sus padres, formados en la temprana infancia y alimentados en la niñez, parecen ser puntos de partida indispensables para desarrollar en el adulto la capacidad de hacer el bien en el mundo social. Dichos apegos iniciales requieren más educación, por cierto, pero deben existir para que algo bueno salga de la educación. En la tradición occidental este punto es por lo menos tan antiguo como la crítica aristotélica a Platón en el libro 2 de la *Política*. Aristóteles insiste en que la separación de la familia, en vez de garantizar un tratamiento imparcial e igualitario de todos los ciudadanos, asegura que nadie se preocupe mucho por nada. Este punto está expresivamente desarrollado en *Tiempos difíciles*, en el estremecedor relato de la educación de los hijos de Gradgrind, a quienes se enseña a calcular pero nunca a amar. Y la historia del trágico derrumbe de Louisa nos muestra algo más: un énfasis en la emoción durante el proceso evolutivo del niño, al brindar una buena orientación sobre los apegos importantes, puede disminuir las necesidades y vulnerabilidades más perniciosas de la vida posterior, creando una personalidad más centrada y estable que la de Louisa, una personalidad que haya equilibrado los compromisos emocionales y en consecuencia los juicios prácticos. La represión de la emoción infantil, en cambio, puede lograr que las emociones retornen de manera más destructiva, genuinamente irracional.⁹⁸

Emociones y clases

En cuanto a la objeción según la cual las emociones se interesan excesivamente en el individuo y demasiado poco en unidades

sociales mayores como las clases, debemos conceder que el compromiso de la novela en cuanto género, así como en sus elementos emocionales, se dirige al individuo, visto como cualitativamente distinto y separado. En este sentido, y como hace tiempo argumentó Lionel Trilling, la visión de comunidad encarnada en la novela es una visión liberal donde los individuos son valiosos en sí mismos, poseedores de historias propias que contar.⁹⁹ Aunque el género enfatiza la interdependencia mutua de las personas, mostrando un mundo donde todos estamos implicados en el bien y el mal ajenos, también insiste en separar la individualidad de cada persona y en ver a cada una como un centro separado de experiencia.

No es casual, pues, que los movimientos de masas a menudo fracasen en la novela, pues pasan por alto la individualidad de sus integrantes, su intimidad y sus diferencias cualitativas. La burocracia inglesa en *La pequeña Dorrit*, el movimiento sindical en *Tiempos difíciles*, las leyes de divorcio que causan la desdicha de Stephen Blackpool, todo el sistema legal de *Casa desolada*, el movimiento revolucionario en *La princesa Casamásima* de Henry James, todos aparecen como culpables de incompreensión hacia el individuo. En la medida en que son culpables, la novela en su misma forma es su enemiga y los subvierte. Es decir que, desde el punto de vista de esos movimientos, la novela es una forma peligrosamente reaccionaria, como señalaban los amigos comunistas del personaje de la novelista de Doris Lessing en *El cuaderno dorado*, y como recalca Lukács al condenar como "pequeñoburguesa" la visión política liberal y cosmopolita de Rabindranath Tagore en su novela *El hogar y el mundo*.¹⁰⁰

Esta actitud política tiene sus peligros, y a veces la suspicacia del novelista ante cualquier forma de acción colectiva induce al error, como cuando Dickens parece sugerir, en *Tiempos difíciles*, que sería mejor divertir y entretener a los obreros en vez de transformar sus condiciones laborales mediante la acción sindical, o como cuando describe los sindicatos como represivos por naturaleza hacia los obreros en tanto individuos. Pero esa falla no condena de ninguna manera todo el enfoque. Con mayor frecuencia, a mi juicio, la visión de una calidad de vida individual que presentan las novelas resulta compatible con críticas institucionales y políticas serias, e incluso las motiva. Así, en la lección

de Sissy Jupe las mismas emociones del lector indican el sentido del hambre y la desdicha de millones de personas, instando al intelecto calculador a interpretar las cifras con espíritu apasionadamente activista. De esta manera, en el incisivo retrato que hace Tagore del nacionalismo indio encontramos que los líderes del movimiento pasan por alto, en su fanatismo abstracto, las penurias económicas reales de los pobres comerciantes que no pueden ganarse la vida a menos que vendan las mercancías extranjeras más baratas, mientras que nosotros —con Nikhil, la voz del autor— comprendemos mejor en qué consiste lograr que cada ser humano cuente como uno.¹⁰¹

Parece apropiado, en realidad, que toda forma de acción colectiva tenga en cuenta como ideal la plena responsabilidad ante las necesidades y circunstancias particulares del individuo que recomienda la novela, tanto en su forma como en su contenido. Ello no implica un romanticismo que desdeñe los modelos y las mediciones, como he insistido. Esas percepciones “literarias” subrayan gran parte de lo mejor de los enfoques económicos más recientes sobre medición de calidad de vida. Una historia acerca de la calidad de la vida humana sin relatos de actores individuales humanos, pienso yo, resultaría demasiado indefinida para mostrar cómo funcionan los recursos para promover diversos tipos de funcionamiento humano. Análogamente, una historia de acción de clases sin historias individuales no nos enseñaría el sentido de las acciones de clase, que es siempre el mejoramiento de las vidas individuales. Raymond Williams expone muy bien este argumento, defendiendo la narrativa realista tradicional contra la crítica socialista.

Más aún, no deberíamos, como socialistas, cometer el extraordinario error de creer que la mayoría de la gente sólo se vuelve interesante cuando comienza a comprometerse en actos políticos e industriales de una clase previamente reconocida. Ese error mereció el mordaz comentario de Sartre de que para muchos marxistas la gente sólo nace cuando ingresa en el mercado laboral capitalista. Pero, si somos serios en cuanto a la vida política, debemos ingresar en ese mundo donde la gente vive como puede, y vive necesariamente dentro de un complejo de trabajo, amor, enfermedad y belleza

natural. Si somos socialistas serios, a menudo encontraremos en el interior de esta sustancia real —siempre tan sorprendente y vívida en sus detalles— las profundas condiciones y los movimientos sociales e históricos que nos permiten hablar, con voz más o menos plena, de una historia humana.¹⁰²

En una novela realista como *Tiempos difíciles* entramos en ese mundo integral del esfuerzo humano, esa “sustancia real” de la vida que la política requiere para hablar con voz plena, y plenamente humana.¹⁰³ Este entendimiento humano, basado en parte en respuestas emocionales, es el sustento indispensable de un enfoque abstracto o formal bien orientado.

El espectador juicioso

Hasta ahora sólo he sostenido que a veces las emociones pueden ser racionales, y que las emociones de compasión, miedo y demás, tal como las elabora una obra literaria como *Tiempos difíciles*, son buenas candidatas a ser emociones racionales. Aún no he profundizado en qué emociones son dignas de confianza ni en qué medida las lecturas literarias nos ayudan a discriminar aquello que es digno de confianza de aquello que no lo es. Pero, aunque no tengamos un dispositivo confiable de filtración, aún podríamos preguntarnos si debemos confiar en las emociones. Ahora argumentaré que dicho dispositivo puede encontrarse en el concepto de “espectador juicioso” de Adam Smith, y que la lectura literaria (como sugiere el propio Smith) constituye un buen sucedáneo de la posición de dicho espectador. Ofrece un dispositivo de filtración de las emociones como el que Smith creía necesario para que aquéllas desempeñaran el valioso papel que debían tener en la vida pública.

Comencemos por señalar que Adam Smith, en muchos sentidos el fundador de la economía moderna, no creía que la racionalidad ideal estuviera desprovista de emoción. Por el contrario, consagró gran parte de su carrera a desarrollar una teoría de la racionalidad emocional, pues creía que el papel rector de ciertas

emociones constituía un ingrediente esencial de la racionalidad pública. En *La teoría del sentimiento moral* describe una figura que denomina del “espectador juicioso”, cuyos juicios y reacciones están destinados a ofrecer un paradigma de la racionalidad pública, tanto para el dirigente como para el ciudadano. Ese constructo artificial del espectador está destinado a modelar el punto de vista moral racional, garantizándose para ello que posea únicamente aquellos pensamientos, sentimientos y fantasías que forman parte de una perspectiva racional del mundo.¹⁰⁴

El espectador juicioso es, ante todo, *espectador*. Es decir, no participa personalmente en los hechos que presencia, aunque se interesa por los participantes como un amigo preocupado. En consecuencia, no tendrá las emociones y los pensamientos concernientes a su seguridad y felicidad personal; en ese sentido es imparcial y escruta la escena que tiene delante con cierto distanciamiento. Por cierto que puede utilizar cualquier información procedente de su historia personal para encarar los sucesos, pero dicha información se debe examinar para que no resulte tendenciosa y no favorezca sus propios objetivos y proyectos. No por ello carece de sentimientos, por lo demás. Entre sus facultades morales más importantes está la capacidad de imaginar claramente en qué consiste ser cada una de las personas cuya situación él imagina.

El espectador debe (...) procurar, en la medida de lo posible, ponerse en la situación del otro, y asimilar cada circunstancia de angustia que pueda afectar al sufriente. Debe encarar el caso del otro con todos sus diminutos incidentes, y tratar de representarse con la mayor perfección posible ese cambio imaginario de situación sobre el cual se funda la compasión. (I.1.4.6)

Pero la identificación compasiva con las partes no es suficiente para la racionalidad del espectador. Smith entiende que a menudo los infortunios que afectan a las partes menoscaban su capacidad para evaluar correctamente su propia situación. En un ejemplo extremo, podemos imaginar un caso donde un accidente hace que la persona que tenemos delante pierda por completo el uso de la razón. Si la vida de la persona no presenta

sufrimiento, la empatía podría mostrarnos el placer de un niño satisfecho. Pero aun así, observa Smith, el espectador juicioso encarará esa calamidad, “de todas las calamidades a que la mortal condición expone a la humanidad”, como “de lejos la más espantosa”. Ello nos muestra que tanto la participación empática como la evaluación externa son cruciales para determinar el grado de compasión que es racional sentir por una persona. “La compasión del espectador debe surgir de la consideración de lo que él mismo sentiría si estuviera reducido a la misma e infausta situación y pudiera al mismo tiempo –lo que quizá sea imposible– contemplarla con su razón y juicio presentes”.

Smith, seguidor de los antiguos griegos en el aspecto cognoscitivo de la emoción, sostiene que las emociones como la piedad, el miedo, la cólera y la alegría se basan en la creencia y el razonamiento, así que no titubea en describir el punto de vista del espectador como rico en emociones. No sólo la compasión y la piedad, sino también el temor, el pesar, la cólera, la esperanza y ciertos tipos de amor son sentidos por el espectador como resultado de su vívida imaginación.¹⁰⁵ Parecería extravagante omitir estas emociones: la posición de Smith (y la mía) es que están implícitas en ciertos pensamientos que es apropiado poseer acerca de lo que sucede a la persona que está delante de nosotros; más aún, forman parte del equipo con que registramos lo que sucede. Las reacciones del espectador no son meras actitudes voluntarias de preocupación, sino emociones, y evidentemente Smith cree que el cultivo de las emociones apropiadas es importante para la vida ciudadana. Las emociones apropiadas son útiles para mostrarnos lo que podríamos hacer, y además poseen su propio valor moral, como reconocimientos del carácter de la situación que enfrentamos. Más todavía, motivan una acción adecuada.

Por otra parte, no todas las emociones son buenas guías. Para ser una buena guía la emoción debe ante todo estar informada por una visión verdadera de lo que sucede: los datos del caso, su significación para los actores y todas las dimensiones de su sentido o importancia que puedan resultar elusivas o distorsionadas en la conciencia de los actos. Segundo, la emoción debe ser la emoción de un espectador, no la de un participante. Ello no sólo significa que debemos evaluar reflexivamente la situación para deducir si los participantes la han comprendido co-

rrectamente y han reaccionado de modo razonable; también significa que debemos omitir esa parte de la emoción que deriva de nuestro interés personal en nuestro propio bienestar. El método del espectador juicioso apunta ante todo a filtrar esas facetas de la cólera, el miedo y otras emociones que se centran en el yo. Si mi amigo sufre una injusticia, me encolerizo en nombre de él, pero según Smith esa cólera carece de la intensidad vengativa que puede tener la cólera ante agravios dirigidos contra mí mismo. Si mi amigo llora la pérdida de un ser querido, compartiré su pesar, pero no su exceso cegador y paralizante. Smith está convencido de que pensar en esta distinción nos ayuda a pensar en aquello que deberíamos aspirar a ser como ciudadanos: personas apasionadas por el bienestar de los demás, pero que no se insertan desmedidamente en el cuadro que contemplan.

En esta argumentación Smith utiliza la lectura literaria (y la contemplación de obras dramáticas) para ilustrar la postura y las emociones del espectador juicioso. Smith atribuye gran importancia a la literatura como fuente de orientación moral. Su importancia deriva del hecho de que la lectura es, en efecto, un sucedáneo artificial de la situación del espectador juicioso, y nos conduce de manera grata y natural a la actitud que cuadra al buen juez y ciudadano. Al leer somos participantes interesados y preocupados, aunque carecemos de un conocimiento concreto acerca de nuestra posición en la escena que tenemos delante. Nos preocupamos por Louisa y por Stephen Blackpool, en cierta medida nos identificamos con ambos, pero carecemos de la confusa intensidad emocional que se produciría si ésas fueran nuestras propias vidas. Ello también significa que no adoptamos una posición prejuiciosa: podemos sentir por Louisa y Stephen con mayor equilibrio que cualquiera de ambos, precisamente porque al mismo tiempo somos ambos y ninguno. Una vez más, hay muchos lectores diferentes con historias personales diferentes, y los lectores juiciosos pueden utilizar información procedente de sus historias personales para evaluar lo que sucede. (Por eso el proceso de lectura se debe completar idealmente con una conversación entre los lectores.) Pero dicha información, al aplicarse a vidas ajenas, carece de la parcialidad del participante interesado.

La visión de las esperanzas y los temores humanos que se forma el lector juicioso al leer novelas no es infalible. Como he

dicho, las emociones son buenas guías sólo si se basan en una visión veraz de los datos del caso y de la importancia de diversos tipos de sufrimiento y alegría para actores humanos de muchos tipos. (Como en otros juicios, debemos cotejar su coherencia con nuestras otras experiencias y con nuestras teorías morales y políticas.) Es obvio que las obras literarias pueden distorsionar el mundo de los lectores en estos dos sentidos. Pueden presentar falsamente los datos históricos y científicos, como Dickens lo hace en gran medida con los movimientos sindicales, y como muchos novelistas presentan una imagen distorsionada de las aptitudes de las mujeres o de las minorías religiosas y raciales. También pueden representar erróneamente la importancia de ciertos daños o sufrimientos, induciéndonos a considerarlos más graves o más leves de lo que son. Así, Dickens sugiere que los obreros prosperarán si se les brinda distracción y tiempo de ocio; no atribuye gran valor al daño causado por la jerarquía clasista en sí. Tampoco repara en los daños que sufrían las mujeres por las desigualdades que eran propias del matrimonio tal como se vivía en su época. En el próximo capítulo, y como ya he sugerido en el anterior, sostendré que hay aspectos de la imaginación del lector que conducen hacia la igualdad social y no hacia su opuesto, que tienden a detectar y socavar las jerarquías raciales, clasistas y de género. Pero debemos conceder que esta tendencia no se practica universalmente, y en esta medida las novelas (como cualquier otro texto) ofrecen una guía promisorio pero falible e incompleta.

Ello nos recuerda que debemos ejercer el juicio crítico al seleccionar las novelas, y continuar el proceso de juicio crítico mientras leemos, en diálogo con otros lectores. Wayne Booth ha dado a este proceso el atinado nombre de "co-ducción", pues por naturaleza es un razonamiento práctico no deductivo y comparativo que se realiza en colaboración con otros. En el proceso de co-ducción, nuestras intuiciones acerca de una obra literaria se refinan mediante las críticas de la teoría ética y del consejo amigable, las que pueden modificar la experiencia emocional que tenemos como lectores: por ejemplo, si descubrimos que las invitaciones de la novela a la furia, el repudio y el amor se basan en una visión del mundo que ya no podemos compartir.

En síntesis, mi visión no exhorta a confiar cándida y acríticamente en la obra literaria.¹⁰⁶ He insistido en que las conclusio-

nes que podemos extraer de nuestra experiencia literaria requieren del continuo escrutinio crítico del pensamiento moral y político, de nuestras intuiciones morales y políticas, y del juicio de otros. Sin embargo, he argumentado, con Smith, que las estructuras formales implícitas en la experiencia de la lectura literaria nos brindan una guía indispensable para nuevas indagaciones, incluida la indagación crítica de la obra literaria misma. Si no partimos de la "fantasía" para interesarnos en esas figuras humanas, sintiendo compasión por sus sufrimientos y alegría ante su bienestar; si no valoramos la importancia de encarar a cada persona como un individuo con una vida singular, nuestra crítica de las emociones perniciosas carecerá de fundamento. La lectura, como he argumentado, nos brinda ese fundamento, y también nos brinda la postura de espectadores juiciosos que es esencial para la crítica. El lector de *Tiempos difíciles* está bien situado para iniciar una crítica de la imagen de la felicidad de los obreros que presenta la novela, dada la estructura de atención y compasión inherente al acto de la misma lectura. El lector cultiva una preocupación por el protagonismo y la autonomía humanas, y al mismo tiempo la capacidad de imaginar cómo es la vida de un obrero como Stephen Blackpool. Es probable que esta combinación suscite en los lectores de Dickens cierta insatisfacción con la solución un tanto superficial y condescendiente del propio Dickens. No es preciso entonces considerar que una novela es políticamente correcta en todo sentido para apreciar la experiencia de haberla leído como políticamente valiosa.

Vuelvo ahora al jurado de California. El espectador/lector juicioso incorpora un repertorio emocional que es rico e intenso pero está exento de la parcialidad que deriva de saber que el resultado nos afectará personalmente. Las emociones del lector también están constreñidas por el "registro", es decir, por el hecho de que se limitan a la información presentada en el texto. Así vemos que el espectador juicioso es un excelente modelo para el jurado. Por supuesto que el jurado no es simplemente un espectador juicioso; los jurados no sólo están constreñidos por las restricciones sobre la parcialidad que forman parte del modelo de Smith, sino por estipulaciones legales específicas. No obstan-

te, tener en cuenta los requerimientos de Smith nos ayuda a elucidar algunos de los complejos problemas concernientes al debate sobre la compasión del jurado.

Todas las opiniones acerca del caso *California contra Brown* convenían en que un jurado en la fase penal debía ignorar sólo “la compasión que no estuviera arraigada en los agravantes y atenuantes introducidos por las pruebas durante la fase penal”.¹⁰⁷ Se debían pasar por alto las “emociones extrañas”, pero no las emociones fundadas en pruebas. Un caso anterior, *Woodson contra Carolina del Norte*, había establecido elocuentemente la importancia de la emoción empática, insistiendo en la relación entre la compasión y el acto de tratar al individuo como una persona singular con una historia propia.

Un proceso que no otorgue significación a las facetas relevantes del carácter y el historial del infractor, ni a las circunstancias de su infracción particular, excluye de su consideración, al fijar el extremo castigo de la muerte, la posibilidad de factores compasivos o atenuantes que surjan de las diversas flaquezas de la humanidad. No trata a las personas condenadas por determinado delito como seres humanos individuales y singulares, sino como miembros de una masa anónima e indiferenciada que ha de ser sometida a la ciega aplicación de la pena capital.¹⁰⁸

Todos los dictámenes de *California contra Brown* reconocen este precedente, validando así el papel del espectador juicioso y también su interés en seguir la totalidad de una narración compleja. Difieren sólo en cuanto a si la instrucción tal como se enuncia (solicitando a los jurados que desechen la “mera” compasión) se interpretaría naturalmente como la exigencia de excluir una compasión apropiada. La opinión mayoritaria sostiene que los jurados verían que se les pide sólo que desechen una compasión “desmedida”, mientras que los disidentes arguyen que los jurados no lo tendrían muy claro, dado el modo en que los fiscales suelen representar la instrucción. Mi argumento indica que los disidentes tienen razón: respecto de esta cuestión existe gran confusión, y de ello se desprende la necesidad de aclarar los límites de la compasión. La emoción empática que está vincu-

lada con las pruebas, institucionalmente acotada y libre de referencias a nuestra situación personal, parece no sólo aceptable sino esencial en el juicio público. Es la emoción del espectador juicioso, la emoción que las obras literarias forjan en sus lectores, que aprenden lo que es sentir emoción no por “una masa anónima e indiferenciada” sino por el “ser humano individual y singular”. Ello significa que las obras literarias son lo que Smith creía que eran: elaboraciones artificiales de ciertos elementos cruciales para una norma de racionalidad pública, y valiosas guías para una respuesta acertada.

Los poetas como jueces

Hace poco leí algo que me conmovió. Estaba leyendo a Chesterton, y él hablaba de una de las obras de Carlota Brontë, creo que de Jane Eyre. Chesterton dice que uno va y mira la ciudad –creo que se refería a Londres– y que entonces uno ve todas esas casas, aun a fines del siglo diecinueve, y todas parecen haber sido iguales. Y uno piensa en toda esa gente que sale a trabajar y es toda igual. Pero, comenta, Carlota Brontë nos dice que no todos eran iguales. Cada una de las personas de cada una de esas casas y de cada una de esas familias es diferente, y cada cual tiene una historia que contar. Cada una de esas historias dice algo sobre la pasión humana. Cada una de esas historias habla de un hombre, una mujer, hijos, familias, trabajos, vidas, y el libro nos transmite eso. Así que la literatura a menudo me ha resultado muy útil para bajar de la torre.

Stephen G. Breyer,

al Comité Judicial del Senado, en las audiencias para su nominación para la Corte Suprema de Estados Unidos.

Al decir a los reos que ningún aspecto de su individualidad está amparado por las garantías constitucionales, ni siquiera la foto de un hijo o una carta de la esposa, la Corte rompe con una tradición ética que yo creía consagrada para siempre en nuestra jurisprudencia.

Juez Stevens, *Hudson contra Palmer*, 1984

El árbitro de lo diverso

En 1867, a “orillas del azul Ontario”, Walt Whitman “reflexionaba sobre el retorno de esos días de guerra y paz, y en los muertos sin retorno”. Y, mientras reflexionaba, un “Fantasma gigantesco y altivo, de severo semblante, se aproximó”, exigiendo poetas para la vida pública de la nación. Este Fantasma –combinación, creo yo, de los jóvenes muertos en la Guerra de Secesión y del Presidente asesinado– afirma que sólo los poetas están plenamente dotados para encarnar normas de juicio que mantengan unidos estos estados en una sola nación. “Sus presidentes –comenta el Fantasma– no serán su árbitro común tal como lo serán sus poetas.”

El Fantasma describe al poeta como una especie de juez. Pero este poeta-juez encarna una norma muy particular del juicio, que lo pone en entredicho con los modelos convencionales de juicio que Whitman halla que son predominantes en la escena pública. He aquí una parte de las descripciones normativas del Fantasma:

De estos estados el poeta es hombre ecuánime,
no en él sino fuera de él las cosas son grotescas, excéntricas e
infructuosas...

El otorga a cada objeto o cualidad su justa proporción, ni
más ni menos,

es el árbitro de lo diverso, es la clave,
es el igualador de su época y su tierra...

Los veleidosos años él sostiene con fe firme,
él no es pendencia, sino juicio (la naturaleza lo acepta
absolutamente),

no juzga como el juez, sino como el sol lamiendo una criatura
indefensa...

El ve la eternidad en hombres y mujeres, no ve a hombres y
mujeres como sueños o puntos minúsculos.

Whitman llama al poeta-juez “el hombre ecuánime”, fijando su ideal en una tradición de razonamiento legal y judicial que se remite a Aristóteles, quien desarrolló una concepción normativa

del juicio igualitario destinada a reemplazar una confianza simplista o reduccionista en principios abstractos generales. Whitman, como Aristóteles, sostiene que este juicio flexible y contextual no es una concesión a lo irracional, sino la más cabal expresión de lo políticamente racional: no “en él” sino “fuera de él”, las cosas “son grotescas, excéntricas, infructuosas”. El poeta no es una criatura antojadiza, sino la persona mejor dotada para otorgar “a cada objeto o cualidad su justa proporción”, sopesando debidamente los reclamos de una población diversa, con la mirada fija tanto en las normas de la imparcialidad (“es el igualador de su época y su tierra”) como en la historia (“los veleidosos años él sostiene con fe firme”). Tanto la imparcialidad como la historia siempre corren peligro en la democracia; el poeta-juez es su protector.

Luego el Fantasma de Whitman dice algunas cosas oscuras y aparentemente contradictorias. Primero, el poeta “no es pendencia, sino juicio”, y “no juzga como el juez sino como el sol alumbrando a una criatura indefensa”. ¿Por qué el poeta no es “pendencia, sino juicio”? ¿Cómo puede ser juicio si no “juzga como el juez”? ¿Y qué manera de juzgar se insinúa en la extraña metáfora de la luz?

Sugiero que la clave de estos versos desconcertantes se encuentra en el verso posterior, donde el poeta “ve la eternidad en hombres y mujeres, no ve a hombres y mujeres como sueños o puntos minúsculos”. Aquí hay un contraste entre una visión abstracta y pseudomatemática de los seres humanos y una visión rica y concreta que hace justicia a la vida humana. Creo que también debemos interpretar de este modo el contraste entre ser “pendencia” y ser “juicio”: el poeta no sólo presenta consideraciones formales abstractas, sino juicios ecuanímenes, juicios que concuerdan con las complejidades históricas y humanas de una causa particular. El Fantasma observa que la mayoría de los jueces no actúa así: el poeta no “juzga como el juez”. Podemos tener una idea más acabada de este procedimiento, sugiere, pensando en el modo en que el sol ilumina a una “criatura indefensa”. Esta osada imagen sugiere, primero, gran detalle y particularidad. Cuando el sol ilumina a una criatura ilumina cada curva, cada recoveco; nada permanece oculto, todo se percibe. Así ilumina el juicio del poeta, percibiendo y revelando todos los detalles.

(La imagen es similar a la imagen aristotélica de la regla flexible del arquitecto, que se curva para adecuarse a la forma de la piedra.)¹⁰⁹ Ante todo, el sol ilumina la situación de los indefensos, que habitualmente está envuelta en la oscuridad. Pero esta intimidad es también severa y algo despiadada: al comparar el juicio con la luz del sol y no con una suave sombra, Whitman sugiere que el compromiso del poeta con la imparcialidad no sucumbe al favoritismo, que su confrontación con lo particular, por íntima que sea, es inflexible. Hay aquí un ideal de neutralidad judicial, pero una neutralidad que no se asocia con una generalidad remota sino con una rica concreción histórica, no con la abstracción cuasicientífica sino con una visión del mundo humano.

Todo esto es una descripción del juicio. También es una descripción de la imaginación literaria. Whitman hace la asombrosa afirmación de que la imaginación literaria debe cumplir una función importante otorgando a "estos estados" normas de razonamiento legal y, sobre todo, judicial, por medio de una concepción aristotélica del juicio práctico. En este capítulo defenderé esa afirmación de Whitman, aunque no sin acotaciones, pues insistiré en que el razonamiento técnico legal, el conocimiento de la ley y los constreñimientos de los precedentes desempeñan una función central en el buen juicio, circunscribiendo los límites dentro de los cuales debe obrar la imaginación. El juez no puede ser simplemente un poeta, ni siquiera un hombre ecuánime aristotélico. Whitman desdeña los constreñimientos institucionales del papel del juez, tratándolo como si fuera libre para seguir sus propias fantasías, y esto es un error. Pero argumentaré que la clase de imaginación que describo en los capítulos 2 y 3, con las debidas restricciones, puede constituir un valioso suplemento para los otros aspectos del razonamiento judicial. La concepción aristotélico-literaria, combinada con restricciones institucionales, ofrece un complejo ideal de la neutralidad judicial, que constituye un poderoso rival de otras influyentes concepciones de esa norma.

En particular, contrastaré al juez literario con tres rivales: un juez que cultiva el distanciamiento escéptico, un juez que concibe el razonamiento judicial según el modelo del razonamiento formal científico, y un juez que prefiere una altiva distancia respecto de los particulares por motivos de neutralidad judicial. El

juez literario tiene buenas razones para evitar el distanciamiento escéptico y para preferir un razonamiento práctico basado en evaluaciones humanistas en vez de en un modelo cuasicientífico; dichas razones están hondamente arraigadas en la tradición del derecho consuetudinario. Busca la neutralidad, pero de un modo que se aviene con nuestra descripción del espectador juicioso (capítulo 3), y requiere de un conocimiento empático de datos humanos cargados de valores.

Abordando luego la afirmación de Whitman de que el poeta es "el igualador de su época y su tierra", desarrollaré la asociación entre imaginación literaria e interés por la igualdad social. Por último, examinaré algunas sentencias judiciales que suministran buenos y malos ejemplos de la clase de juicio que recomienda Whitman.

Téngase en cuenta que considero que los aspectos específicamente literarios de mi "juez literario" constituyen sólo una faceta del pensamiento de un juez de la vida real. El juez de la vida real también requiere de otras aptitudes y conocimientos, y está constreñido por su papel institucional y por las exigencias del estatuto y los precedentes, que ya establecen lo que puede o no considerar sobresaliente. Los aspectos literarios del juicio son más fáciles de incorporar a una comprensión del razonamiento judicial que derive de la tradición del derecho consuetudinario, con su énfasis aristotélico en lo particular. Pero esa tradición no permite que el juez practique desmedidamente la compasión y la fantasía. Debemos preguntar, pues, cómo opera la fantasía dentro de los estrictos límites de una función judicial formal.

Ni escepticismo ni científicismo

Cuando leemos una novela como *Tiempos difíciles*, no como teóricos de la literatura en busca de teorías de la interpretación sino como seres humanos que se conmueven y se deleitan, somos espectadores juiciosos, libres de la parcialidad y el favoritismo personales. Al mismo tiempo, no somos escépticos. No todos reaccionamos de la misma manera ante los personajes y su situación. Pero la estructura de la novela —su

manera de presentarnos el mundo y sus tentaciones para identificarnos con ciertos personajes y no con otros— nos sitúa en una postura del corazón y la mente que no es de escéptica indiferencia, pues no cualquier cosa que le suceda a esta gente nos da lo mismo. Por supuesto, podemos rechazar la invitación de la novela a participar de la manera que ella sugiere (aunque entonces no sé para qué continuaríamos leyendo). Pero si seguimos la historia con ávida atención, sucumbiendo a sus invitaciones y conmoviéndonos con sus personajes, hacemos juicios durante ese proceso —sobre la revolución industrial, sobre el utilitarismo, sobre la ley de divorcio, sobre la educación de los niños—, confiando en que algunas razones son más fuertes que otras, que algunas maneras de tratar a los seres humanos son mejores que otras, y que se pueden justificar como mejores exponiendo determinadas razones.

La novela nos constituye en jueces. Como tales, podemos disentir entre nosotros acerca de lo que es correcto y apropiado; mientras los personajes nos importen y actuemos en nombre de ellos, no pensaremos que la disputa es vana ni que se trata de un juego. Tales juicios (por ejemplo, sobre la educación moral de Louisa Gradgrind, y de los niños en general) no se basarán habitualmente en pautas extrahistóricas trascendentes. Por el contrario, nuestra experiencia como lectores nos induce a pensar que tales pautas serían innecesarias para nuestra búsqueda, pues como lectores interesados buscamos un bien humano que procuramos realizar en y para la comunidad humana, y dicho proyecto no requiere de normas externas a la experiencia de la lucha humana. Nuestra búsqueda también está guiada por los juicios y las reacciones de otros lectores que persiguen esa coincidencia general. No sólo buscamos una visión de la educación moral que dé sentido a nuestra experiencia personal, sino una visión que podamos defender ante otros y respaldar junto a otros con quienes deseamos vivir en comunidad. Esto contribuye a anclar nuestra lectura y distanciarla del libre juego de las facultades interpretativas.¹¹⁰

Es importante destacar el carácter no escéptico de la lectura común, pues recientemente se ha defendido un enfoque excesivamente escéptico del razonamiento legal desde la teoría literaria, utilizando la interpretación literaria como paradigma. Stanley

Fish, tal vez el principal apologista de esta perspectiva en el derecho, sostiene que sin pautas que trasciendan la historia y la actividad interpretativa humana —pautas que a su juicio no hemos encontrado— sólo nos queda el juego de fuerzas políticas e históricas, que nos induce a creer ciertas cosas pero no permite postular principios que justifiquen tales creencias.¹¹¹ En otras palabras, si eliminamos la justificación extrahistórica, eliminamos toda justificación racional. Nos quedan las causas, pero no buenas razones.¹¹² Sin embargo, este salto —del firmamento al abismo, por así decirlo— no está implícito en ninguna argumentación que Fish haya enunciado o resulte fácil de imaginar. Aunque se podría demostrar que carecemos de pautas extrahistóricas para el razonamiento público y legal, ello no debería perturbarnos demasiado, pues la ley siempre ha basado sus razonamientos en la historia y el contexto social y rara vez ha atribuido importancia a la creación de una base eterna para sus juicios. Fish no demuestra —creo que le resultaría imposible— que no podamos escoger en la tradición del razonamiento humano sobre la ética y el derecho algunas argumentaciones como más fuertes que otras, algunas posiciones como más defendibles que otras. La experiencia del lector de literatura demuestra que eso hacemos al aplicar nuestro sentido global del principio y la tradición a un contexto concreto. Fish llega al distanciamiento porque fija la meta de la argumentación a una altura tan elevada que los seres humanos jamás podrían alcanzarla. En la vida real, sin embargo, nos fijamos metas más modestas, y con frecuencia las alcanzamos. Si así sucede en el razonamiento ético general, sucede más aún en el derecho, pues el sistema de los precedentes y los constreñimientos legales contribuye a la derrota de la indeterminación aún más drásticamente, quizá, que la imaginación moral.

Si la perspectiva literaria repudia enérgicamente el distanciamiento, y con buenas razones, también repudia la idea de que la ley pueda o deba entenderse según el modelo de las ciencias naturales. La perspectiva científicista insiste en reaparecer en diversas formas en la historia del derecho angloamericano, sobre todo como un ataque contra el carácter presuntamente caótico y asistemático del derecho consuetudinario. En un revelador pasaje autobiográfico, Benjamin Cardozo compara la búsqueda de

un sistema científico con la búsqueda del paraíso, de algo diferente del mundo humano que habitamos en la realidad.

Me sentí muy perturbado, en mis primeros años de práctica, al descubrir cuán inexplorado era el océano al que me había lanzado. Buscaba certidumbre. Sentí abatimiento y desánimo al comprender que esa búsqueda era fútil. Trataba de llegar a tierra, la tierra firme de las reglas fijas y establecidas, el paraíso de una justicia que con sus señales se manifestara más clara e imperiosa que sus tenues y fluctuantes reflejos en mi mente y mi conciencia vacilantes. Descubrí, con los viajes del *Paracelso* de Browning, que “el verdadero cielo está siempre más allá”.¹¹³

Se comprende que alguien que se aferrara a ese ideal (cosa que no hizo Cardozo) caerá fácilmente en un distanciamiento al estilo de Fish, desalentado por la imposibilidad de alcanzarlo. En todo caso, semejante conclusión delataría una especie de vergüenza acerca de las razones de las que se vale el derecho, que poseen fundamento histórico y sin embargo tienen principios.

Vemos un similar repudio de la razón práctica en Christopher Columbus Langdell, fundador de la concepción moderna de la educación legal, quien argumentó que el derecho hallaría lugar en una gran universidad como Harvard sólo si podía justificar sus pretensiones de ser científico. “Si no es una ciencia —escribió—, entonces es una especie de artesanía, y conviene aprenderla como aprendiz de alguien que la practique.” Para Langdell, demostrar que el derecho era una ciencia requería demostrar que estaba constituido por una jerarquía platónica de principios simples y generales que, aunque elaborados a partir del examen de casos, serían fijados para juzgar casos posteriores, ofreciendo procedimientos casi mecánicos para tomar decisiones: “El verdadero abogado posee tal dominio de los principios legales que puede aplicarlos con constante facilidad y certidumbre en la caótica madeja de los asuntos humanos”.¹¹⁴ En épocas más recientes, la aspiración científica ha procurado asimilar el derecho a la ciencia de la economía, una idea cuya aplicación crítico en los capítulos anteriores.

La idea de que el derecho sólo sería un campo académico respetable si fuera una ciencia en uno de estos sentidos ignora una obvia posibilidad: que la ley sea un campo humanista además de científico, y que sus excelencias incluyan las excelencias específicas del razonamiento práctico tal como se entienden en las humanidades. Como argumenta Aristóteles, el razonamiento en ética y política es y debe ser diferente del razonamiento deductivo que algunos buscan en las ciencias, pues debe interesarse fundamentalmente en el cambio histórico, en la complejidad de los contextos prácticos reales y en la diversidad de los casos. Por todas estas razones, aunque por cierto buscará y usará las normas como guías, también atenderá a los detalles de los casos y no se limitará a presumir de antemano que basta con las reglas tal como se han establecido por antecedentes. Aunque las reglas fijas cumplen una función importantísima en el juicio legal —por ejemplo, garantizando la estabilidad, impidiendo la parcialidad y reduciendo los errores de juicio—, los juicios legales también deben acomodarse a circunstancias y valores cambiantes, enfrentando casos concretos.¹¹⁵ La norma aristotélica de la razón práctica se encuentra bien ejemplificada en los procedimientos típicos del derecho consuetudinario, con su fructífera atención a la historia y a las circunstancias.

Neutralidad judicial

El juez literario —como el rayo de sol de Whitman— está comprometido con una neutralidad bien entendida. Es decir, no acomoda sus principios a las exigencias de grupos de presión políticos o religiosos ni otorga a ciertos grupos o individuos indulgencias ni favores especiales en virtud de la relación que tenga con ellos o de sus preferencias. Espectador juicioso, no es presa de sentimientos irrelevantes ni infundados. Por otra parte, como acabo de exponer, su neutralidad no requiere de una altiva distancia respecto de las realidades sociales que implican las causas que atiende; debe indagar esas realidades con su imaginación y con las respuestas emocionales propias del espectador juicioso o de

su sustituto, el lector de novelas. En el capítulo 2 sugiero que el juez literario buscaría ante todo pruebas de que ciertos grupos han sufrido desigualdades y, en consecuencia, necesitan mayor atención si han de recibir un tratamiento realmente igualitario.

Esta preocupación por los desvalidos forma parte de la estructura de la experiencia literaria, que era, como vimos, el modelo de Adam Smith para la experiencia del espectador juicioso. El lector participa en forma vicaria en muchas vidas diferentes, algunas más privilegiadas que otras. En las novelas sociales realistas, en las que me he centrado, estas vidas se desarrollan conscientemente en diversos estratos sociales, y el modo en que esta circunstancia condiciona la realización de esas vidas forma parte de la experiencia del lector. Este entra en cada una de esas vidas sin saber, por así decirlo, cuál le pertenece: al principio se identifica con Louisa, y luego con Stephen Blackpool, viviendo cada una de esas vidas y cobrando conciencia de que su lugar es en muchos sentidos un accidente de la fortuna. Experimenta emociones empáticas acordes con esa vida y, más importante aún, emociones de espectador en las que evalúa el modo en que la fortuna ha favorecido o desalentado el florecimiento personal. Ello significa, como arguyo en la próxima sección, que reparará con especial claridad en las desventajas que sufren los menos privilegiados. En el caso de la novela de Dickens, es probable que entienda que Stephen Blackpool, dadas las desventajas que padece, requiere de una atención especial si ha de recibir un tratamiento igualitario como ciudadano.

Esta concepción del espectador va al meollo del célebre y controvertido argumento de Herbert Wechsler en "Hacia principios neutros de derecho constitucional".¹¹⁶ El juez literario concuerda con la visión general que plantea Wechsler al principio del artículo: los jueces necesitan criterios que no sean arbitrarios ni antojadizos, "criterios que se puedan enmarcar y verificar con el ejercicio de la razón y no como un mero acto de terquedad o voluntad". Una buena decisión es aquella "que reposa sobre razones acerca de todas las facetas de la causa, razones que en su generalidad y neutralidad trasciendan todo resultado inmediato que se halle implícito". Las razones deben satisfacer pautas de formulación pública y coherencia de principios. Debemos resistirnos enérgicamente a la idea de que los tribunales puedan o

deban operar como un "órgano de poder desnudo". De hecho, Smith parte de una idea análoga de neutralidad e imparcialidad cuando elabora el concepto de espectador juicioso, valiéndose del recurso de pensar en el lector de narrativa. En lo concerniente al razonamiento legal, es preciso añadir al modelo de Smith el hecho de que también habrá poderosos constreñimientos institucionales sobre el razonamiento del juez, y ello nos dará aún más razones para coincidir con Wechsler en su exigencia de principios de neutralidad.

Sin embargo, más adelante en su argumentación, Wechsler se aparta abruptamente de la idea de neutralidad de Smith para adoptar una norma más distante y abstracta. Parece entender que la neutralidad exige que nos alejemos de las circunstancias actuales y su historia al extremo de ignorar todo dato social e histórico específico, datos que parecieran muy relevantes para aplicar la ley según principios equitativos. Aunque la parte teórica del artículo insiste en que su concepción del principio no supone desechar la historia ni los precedentes legales, su lectura de los casos de segregación escolar parece desechar datos sociales muy pertinentes so pretexto de atenerse a los "hechos". Sobre todo, sugiere que los jueces que entonces entendían en causas relacionadas con escuelas donde regía la fórmula "separados pero iguales" debían abstenerse de todo conocimiento empático concreto acerca de las desventajas específicas de las minorías y del sentido asimétrico de la segregación para negros y blancos, con el objeto de garantizar que sus principios se aplicaran sin sesgo político.

La fórmula "separados pero iguales" no fue impugnada "en la forma", sino que se sostuvo que "no ha lugar" en la educación pública, con el fundamento de que las escuelas segregadas son "inherentemente desiguales", con efectos deletéreos sobre los niños de color al implicar efectos de inferioridad que retardan su desarrollo educativo y mental (...)

Me cuesta creer que este juicio girase en torno de los hechos. Tengo la impresión, por el contrario, de que ha partido de la perspectiva de que la segregación racial es en principio, una negativa de la igualdad para la minoría contra la cual se dirige (...) Pero esta posición también presenta

problemas (...) En el contexto de la acusación de que la segregación *con escuelas iguales* es una negación de la igualdad, ¿no hay cierta razón cuando en el caso Plessy se postula que si “la separación forzada marca a la raza de color con la rúbrica de la inferioridad” es sólo porque sus miembros escogen “adoptar esa interpretación”? ¿La separación forzada de los sexos discrimina contra las mujeres sólo porque son mujeres quienes la resisten y porque se impone a partir de juicios predominantemente masculinos? ¿La prohibición del mestizaje es una discriminación contra el miembro de color de la pareja que desearía casarse?

Para mí, asumiendo la existencia de las escuelas iguales, la cuestión que plantea la segregación forzada por el Estado no es la discriminación. Sus dimensiones humanas y constitutivas se encuentran en otro punto en la negación por parte del Estado de la libertad de asociarse, una negación que afecta del mismo modo a cualquier grupo o raza afectados (...) En los días en que yo trabajaba con Charles H. Houston en un litigio de la Corte Suprema, antes que se construyera el actual edificio, él no sufrió más que yo al saber que teníamos que ir a Union Station para almorzar juntos durante el receso.

Nótese que Wechsler pretende formular el sentido no sólo constitucional sino también “humano” de las leyes en cuestión. Se equivoca en ambos puntos. Aquí hay tal distancia respecto de los datos humanos del caso que los principios no son correctos. Si Wechsler hubiera imaginado el incidente del almuerzo a la manera de un novelista, considerando lo que significaba para Houston [el letrado negro] no poder almorzar con él en un restaurante céntrico, habría visto de inmediato que el sentido de esa negación de la libertad de asociación es fuertemente asimétrico: para Wechsler se trata de un inconveniente y (como señala en otra parte) de una fuente de culpa; para Houston, es el baldón público de la inferioridad. No podemos examinar minuciosamente y compasivamente la historia de las relaciones raciales en Estados Unidos, a la manera del espectador juicioso de Smith, sin reparar en tal asimetría. Cuando Wechsler sostiene que aquí no se trata de discriminación, habla con una especie de neutrali-

dad marciana. Dado su forzado distanciamiento frente a las emociones que supone la experiencia de la opresión, no logra reparar en principios totalmente razonables y universalizables que incluyan el sentido asimétrico de la segregación y la historia de la segregación como un estigma. Estas nociones son muy relevantes para la interpretación de la Constitución, y para la formulación de principios apropiados que sean no sólo constitucionales sino además humanos. La falta de imaginación de Wechsler es igualmente manifiesta en el principio de los géneros, que pareciera destinado a servir como una *reductio ab absurdo* de su planteo racial; si "separados pero iguales" está mal para la raza, debe estar mal para el género. Pero sabemos que las personas que se oponen a la discriminación por género son mujeres que lo hacen en función de una agenda política, no por razones que se puedan formular en una enumeración de principios. Tal parece ser el mensaje de esta argumentación. Una vez más, sin embargo, hay muchas maneras en que la asimetría histórica entre hombres y mujeres puede convertirse en tema de una discusión de principios, una discusión que descansa sobre razones y no está simplemente adaptada para alcanzar un resultado particular.

En cambio, el juez literario sostiene que esos datos sociales e históricos son relevantes, y piensa que debe esforzarse en comprender todos los matices de la situación de los grupos afectados. No debe sucumbir a inclinaciones personales ni a objetivos sectarios. Debe poseer las emociones del espectador juicioso, no emociones personales que afecten su propia pérdida o ganancia en el caso concreto, ni seguir otros gustos o metas personales que partan de su propia situación y no de la situación donde es espectador. No deben ser simplemente las emociones de los actores, aunque la empatía con los actores es importante en el proceso de lectura juiciosa por el cual el juez mide el sufrimiento de la gente. El espectador juicioso debe trascender la empatía, evaluando desde su punto de vista el sentido de estos sufrimientos y sus implicaciones para las vidas afectadas. La gente puede equivocarse de muchas maneras en los hechos que protagoniza. Como espectadores, podemos descubrir que Stephen Blackpool exagera el mal que le ha causado la sociedad, o podemos descubrir —como creo que sucede cuando leemos a Dickens— que su privación política lo ha adaptado excesivamente a su desdicha, al

punto de predisponerlo a aceptar un pequeño alivio en vez de exigir plena igualdad. La evaluación distante está en el corazón de la imaginación literaria del espectador juicioso. Pero ello no significa que deba ignorar o negarse a reconocer sufrimientos y desigualdades que forman parte de la historia. La neutralidad literaria, como la luz del sol de Whitman, como la lectura de una novela, se acerca a la gente y a sus experiencias reales. Así puede ser justa y realizar correctamente su propia evaluación distante.

El igualador de su época y su tierra

Whitman llama "igualador" a su poeta-juez. ¿Qué quiere decir con ello? ¿Por qué la imaginación literaria estaría más asociada con la igualdad que con la desigualdad, o con ideales democráticos más que aristocráticos? ¿Por qué el sol de la visión judicial siente especial interés en la "criatura indefensa"?

Cuando leemos *Tiempos difíciles* como participantes compasivos, nuestra atención no se distribuye parejamente entre todos los componentes de la obra. Como los sufrimientos y angustias de los personajes constituyen vínculos centrales entre el lector y la obra, nuestra atención se dirige especialmente a los personajes que sufren y temen. Los personajes que no temen ninguna adversidad no nos atrapan como lectores; no hay dramatismo en una vida donde las cosas andan sin problemas. La sensibilidad trágica induce al lector a entrometerse, con una aguda combinación de identificación y piedad, en aquellas vidas donde las circunstancias han contribuido a crear obstáculos. Por supuesto que a veces las circunstancias calamitosas son necesarias e inevitables. Mueren seres amados, desastres naturales destruyen bienes y ciudades. Con frecuencia, sin embargo, la tragedia que nos conmueve es innecesaria. No todas las guerras son inevitables, ni lo son el hambre, la pobreza y las condiciones laborales opresivas. Cuando leemos una novela como *Tiempos difíciles* con la idea de que nosotros mismos podríamos estar en la situación de un personaje —pues nuestras emociones se basan parcialmente en esta identificación empática—, tendemos a preocuparnos más por la

suerte de quienes se encuentran en peor posición, y comenzamos a pensar en modos que podrían haber cambiado esa posición o que podrían mejorarla.

Una de las razones por las que la situación de los pobres o los oprimidos resulta especialmente oprobiosa es el hecho de que pudo haberse evitado. Lo vemos claramente cuando comparamos dicha situación con la de los ricos y prósperos. De este modo, nuestro pensamiento se orienta naturalmente hacia la meta de lograr que la suerte de los desamparados sea más similar a la suerte de los ricos y los poderosos; como nosotros podríamos ser cualquiera de esas personas, o convertirnos en ellas, queremos elevar el nivel general. Tal vez no se logre llegar a una plena igualdad (trátase de recursos, bienestar o capacidad de funcionamiento), pero por lo menos el pensamiento político adopta un rumbo tendiente a mitigar las persistentes desigualdades y brindar a todos un mínimo decoroso. Desde luego, podemos tener estos pensamientos sin ser "poetas". Pero, a mi entender, lo que Whitman señala es que la capacidad de imaginar vívidamente —y luego de evaluar judicialmente— el dolor de otra persona, de participar en él y preguntar por su significación, es un modo poderoso de aprender acerca de la realidad humana y de adquirir una motivación para modificarla. Si no podemos imaginar cómo se siente ser Stephen Blackpool, resulta muy fácil desechar su situación, como lo hace Bounderby al describir a los obreros como seres torpes e insensibles. Del mismo modo, y por tomar un caso que figurará en la próxima sección, si no podemos imaginar lo que sufren las mujeres a causa del acoso sexual en el trabajo no podremos sentir nítidamente que esa ofensa constituye una grave infracción social que la ley debería remediar. En ninguno de ambos casos el espectador juicioso se detiene en la experiencia del dolor de la otra persona. Es cierto que debemos preguntarnos, en cuanto espectadores, si ese dolor es apropiado para su objeto, si ese dolor, furor o temor es el que sentiría una persona razonable en esas circunstancias. Pero la percepción de lo que se experimentó es un paso crucial en el camino, sin el cual toda evaluación del espectador errará el rumbo.

El juez literario es también un igualador en un sentido que está muy emparentado con el anterior. He sostenido que la experiencia de la lectura de novelas induce a contemplar cada vida

como individual y singular. Este modo de ver las cosas es muy relevante para las cuestiones de bienestar que acabo de mencionar. La buena fortuna de Bounderby no compensa la miseria de Stephen. Pero también hay otra clase de relevancia. El odio y la opresión colectiva a menudo nacen de la incapacidad para individualizar. El racismo, el sexismo y muchas otras formas de prejuicio pernicioso se basan con frecuencia en la atribución de características negativas a todo un grupo. A veces —como en el caso de la descripción nazi de los judíos o el de gran parte del racismo estadounidense “pensante”—, se llega al extremo de presentar al grupo como totalmente subhumano, como alimañas, insectos, incluso “parásitos”, una actitud que no puede sobrevivir al conocimiento individual de uno o varios miembros de ese grupo. Ello no significa que en el contacto con un individuo no podamos hallar maneras de deshumanizarlo con el pensamiento, pero sí que el retrato deshumanizador es insostenible, al menos por un tiempo, cuando uno logra extender al individuo la actitud literaria de la imaginación compasiva.¹¹⁷ Hay un momento memorable en la película *La lista de Schindler*, en el que el comandante del campo de concentración alemán sostiene la barbilla de su criada judía mientras ella lo mira aterrada y semidesnuda, y pregunta, desgarrado entre el dogma y el deseo: “¿Es ésta la cara de una rata?”.

La comprensión literaria, pues, promueve hábitos mentales que conducen a la igualdad social en la medida en que contribuyen al desmantelamiento de los estereotipos en que se basa el odio colectivo. Para este propósito, en principio, toda obra literaria que posea las características que he comentado en el capítulo 1 sería valiosa: al leer a Dickens adquirimos hábitos de “fantasía” que luego podemos aplicar a otros grupos, aunque los mismos no estén retratados en las novelas que hemos leído. Pero también es muy valioso extender esta comprensión literaria buscando experiencias literarias donde nos identifiquemos compasivamente con miembros individuales de grupos marginados u oprimidos de nuestra sociedad, aprendiendo por un tiempo a ver el mundo a través de sus ojos y reflexionando como espectadores sobre el sentido de lo que hemos visto. Si uno de los aportes significativos de la novela a la racionalidad pública es su descripción de la interacción entre aspiraciones humanas comunes y circunstan-

cias sociales concretas, parece razonable buscar novelas que describan las circunstancias específicas de grupos con los cuales vivimos y que deseamos comprender, cultivando el hábito de ver el logro o la frustración de sus aspiraciones y deseos dentro de un mundo social que se puede caracterizar por desigualdades institucionales.

Una de esas novelas es *Native Son*, de Richard Wright. Cuando enseñé esta novela a un grupo de estudiantes mayoritariamente blancos, en el mismo lugar donde está ambientada la novela, debimos reconocer que la mayoría de nosotros nos hallábamos en la situación del personaje de Mary Dalton, bien intencionada pero muy ignorante y carente de compasión, deseosa de saber cómo se vivía del otro lado de "la frontera", pero sin la capacidad o la voluntad de concretar ese deseo. La experiencia de leer y comentar la novela al menos permite a los lectores blancos ser conscientes de su ignorancia e introducir hábitos de "fantasía" que resultan cruciales si deseamos deliberar seriamente sobre el tema racial.

La novela de Wright es "igualadora" en los dos sentidos que he mencionado: llama la atención sobre la miseria y nos acerca al individuo. Desde el principio vemos el mundo a través de los ojos de una persona en particular, que sufre desventajas abrumadoras. Entramos en un sórdido inquilinato, donde Bigger Thomas vive con su madre y sus hermanos. "La luz que inundaba la habitación mostraba a un niño negro, de pie en un angosto espacio entre dos camastros de hierro."¹¹⁸ Bigger, visto a la luz del sol —una imagen que evoca asombrosamente el sol "lamiendo una criatura indefensa" de Whitman—, ya está en prisión. Como la rata que pronto mata, está atrapado en una situación de desamparo. Vemos cuánto cuesta tratar de mantener la autoestima y el orden cuando no tenemos intimidad para cambiarnos de ropa, cuando nuestra patética "conspiración contra el pudor" puede ser interrumpida en cualquier momento por una rata que corretea por el piso. Vemos que la rata, arrinconada, contraataca fieramente y ello nos da una imagen de la relación de Bigger con el mundo que lo rodea. En suma, al presenciar el mundo por los ojos de Bigger, como testigos, vemos que sus esperanzas y temores, sus deseos sexuales, su percepción de sí mismo, están condicionados por la sordidez en que vive.

No sólo sordidez. La fuerza predominante en la autoimagen de Bigger y en su vida emocional es la desigualdad racial y el odio. Se percibe a sí mismo en imágenes tomadas de la denigración de los blancos, se define como indigno porque lo han definido así. Y, como la rata, contraataca, valiéndose de la violencia para escapar del desamparo y la vergüenza. La novela evita suscitar una compasión fácil que diría, a pesar de las diferencias de circunstancias, que todos somos hermanos bajo la piel. Al lector blanco le cuesta identificarse con Bigger; no sólo sus circunstancias externas, sino también sus emociones y deseos, son producto de factores sociales e históricos. Pero debajo de la compasión fácil yace la posibilidad de una comprensión más profunda, una que dice: He aquí un ser humano que lo tiene todo para llevar una vida productiva; no sólo las circunstancias externas sino también el furor, el temor y el deseo están distorsionados por el odio racial y por su expresión institucional. La diferencia que impide la identificación se convierte en objeto principal de nuestro interés.

Aquí la experiencia del lector muestra claramente el papel que desempeña la empatía en la actividad del espectador juicioso. No podemos seguir la novela sin tratar de ver el mundo a través de los ojos de Bigger. Al hacerlo asumimos hasta cierto punto sus emociones de furia y vergüenza. Por otra parte, también somos espectadores. Como espectadores reconocemos que algunas de sus emociones no son apropiadas para su objeto, como su vergüenza ante su color de piel, su trágica combinación de añoranza y temor por la familia blanca. Dichas emociones son absolutamente plausibles en su situación, pero la novela muestra su cruel y arbitrario fundamento social. Como espectadores, ello nos induce a sentir una nueva gama de emociones: una profunda piedad ante el trance de Bigger, pero también indignación ante las estructuras racistas que lo han hecho como es.

“En ese momento supo que nunca podría decir por qué había matado. No porque no quisiera contarlo, sino porque al contarlo habría tenido que explicar su vida entera.” Como “espectador juicioso” de la historia de Bigger, el lector —a diferencia de casi todos los personajes— asiste a la explicación de toda su vida y llega a comprender la génesis de su carácter violento. La novela sugiere que esta comprensión es esencial para la justa determinación del crimen y el castigo de Bigger. Así, adopta la posición

que he comentado en el capítulo 3 en relación con la deliberación de los jurados: es preciso ver al delincuente como a un individuo con una historia propia. Esta postura no determina ningún desenlace particular aunque, como sugieren *Woodson* y *California contra Brown*, a menudo se asocia con la misericordia en la sentencia. Los jurados y jueces deben tomar en cuenta gran cantidad de elementos, muchos de ellos de carácter técnico. Los constreñimientos propios del ideal del espectador juicioso deben acatar además los requerimientos legales específicos. Pero, aunque el lector juzgue culpable a Bigger (y su grado de culpabilidad es ciertamente discutible), siendo todo lo demás igual, quizás se incline a la misericordia al imponer el castigo, viendo en qué medida su carácter es producto de circunstancias creadas por otros.¹¹⁹

Lo que muestra la narración, sin embargo, es que el mundo donde realmente vive Bigger Thomas —con sus barreras institucionales y legales a la movilidad social, con su alienación racial y el mutuo odio y temor—, este mundo, a diferencia del de la lectura, impide la individualización empática propia del lector de novelas cuando hay diferencias raciales de por medio. Ni Bigger ni los personajes blancos pueden ver a los miembros de la otra raza como individuos con una historia propia que contar. La marca racial de los individuos eclipsa la identidad personal. Para Bigger, los blancos son una “montaña de odio”. No puede verlos por separado, y por cierto la perspectiva de una relación individual con Mary Dalton le despierta tanto miedo, vergüenza y resentimiento, que llega al borde de la violación y luego del homicidio. Mary Dalton intenta hacerse amiga de Bigger como individuo, pero de una manera torpe y desatinada, pues su percepción de él como individuo está habitualmente oscurecida por los estereotipos; para ella, Bigger representa apenas algo más que un medio para rebelarse contra sus padres. Resulta dudoso que hubiera sido posible una relación más personal, salvo en circunstancias muy insólitas. El legado de racismo derrota el juicio literario, y con él la esperanza de amistad y camaradería constructiva. En este sentido, *Native Son*, como la novela de Dickens, habla de sí misma y se recomienda a sí misma. Su más enérgica acusación contra la sociedad norteamericana es que ni siquiera puede encontrar sus propios modos de percepción.

La novela es célebre por los alegatos del abogado de Bigger, quien, siguiendo a Fanon, ve la violencia como una reacción inevitable contra la opresión y tal vez como una forma valiosa de autoafirmación. Pero la novela no termina en este tono, y nos muestra que el abogado es tan sordo a la historia personal de Bigger como muchos otros personajes blancos. La novela finaliza con el logro de la comprensión y la amistad. Durante su larga estancia en prisión, Bigger —conmovero por el valor y la decencia de Jan, un joven comunista que tiene muchos motivos para odiarlo, pero que es el único que parece escucharlo como persona— comienza a pensar como lector de novelas. Es decir, comienza a pensar en la profunda similitud de objetivos e inseguridades humanas que puede existir en ambos lados de la barrera racial, aunque oculta por la distorsión social del carácter y el deseo. Al final, en una repentina epifanía, es capaz de ver esta humanidad común:

Se preguntó si era posible que a fin de cuentas todos en el mundo sintieran igual. ¿Los que lo odiaban tenían dentro de sí lo mismo que Max había visto en él, lo mismo que había inducido a Max a hacerle esas preguntas? ¿Y qué motivo podía tener Max para ayudarlo? ¿Por qué Max se arriesgaría a enfrentar esa marejada de odio blanco para ayudarlo? Por primera vez en su vida había alcanzado una cima de sentimientos desde la cual podía otear para ver vagas relaciones con las que nunca había soñado. Si esa blanca y tonante montaña de odio no era una montaña, sino gente, gente como él y como Jan, entonces enfrentaba una gran esperanza que él jamás había concebido, y una desesperación cuyas honduras no se atrevía a concebir (...) Se paró en medio de la celda y trató de verse a sí mismo en relación con otros hombres, algo que siempre había temido hacer, tan profundamente manchada estaba su mente por el odio que otros le tenían.

El odio racial es una mancha y una peste que impide ver a los demás como seres individuales con quienes se comparte una humanidad común. (Estas dos percepciones están asociadas, porque ver a los demás como plena e igualmente humanos supone

verlos como individuos con sus propias historias que contar.) Ver a los blancos como personas, no como una tonante montaña de odio, es el principio de la esperanza. Pero, en las circunstancias de Bigger, pronto a enfrentar la muerte, también causa desesperación, pues él descubre que existe una vida humana real y una comunidad humana justo cuando sabe que está a punto de perderlo todo. La desesperación también incluye el conocimiento de que las fuerzas que lo han condenado siguen intactas, que la esperanza no se puede concretar ahora para nadie, que se requerirán vastos cambios institucionales y sociales que él ni puede imaginar para que la esperanza sea una realidad para los demás. Sus últimas palabras son "Dile hola a Jan", antes de su "Adiós". "Oyó la vibración del acero contra el acero cuando cerraron la puerta con estrépito".

Atrapando al lector en esta tragedia de opresión social, la novela construye un lector que es un juez cauteloso y neutro de Bigger Thomas, pero un juez cuya neutralidad es diferente de la de Wechsler y está mucho más cerca de Whitman, si bien, a diferencia de Whitman, está limitado por requerimientos institucionales propios de la función judicial. El estigma del odio racial y la vergüenza surge como una deformación fundamental de la personalidad y la comunidad humanas, y la lectura de la novela exige la igualdad política y social como condición necesaria de la humanidad plena para los ciudadanos de ambos lados de "la frontera".

Para demostrar que la asociación entre el espectador literario y la preocupación por la igualdad no es un fenómeno aislado, introduciré otro ejemplo, que se refiere a uno de los problemas de igualdad más urgentes de nuestros tiempos. E. M. Forster escribió *Maurice* en 1913-14, pero la novela sólo se publicó en 1971. No se pudo publicar antes, nos cuenta el autor, porque trata de dos amantes homosexuales con un final feliz. "La clave es la felicidad (...) Si hubiera tenido un final infeliz, con un joven colgado de una cuerda o un pacto suicida, todo estaría bien, pues no hay pornografía ni seducción de menores. Pero los amantes se salen con la suya y, en consecuencia, hacen apología del delito."¹²⁰

La estrategia de *Maurice* consiste en escoger como protagonista a un hombre de tendencias homosexuales fuertes y exclusivas, que no es "antinatural" de ninguna otra manera. De hecho, es un tedioso agente bursátil inglés de clase media, de talento e imaginación mediocres. El lector no siente gran fascinación por él, pero su amabilidad y su buen natural despiertan simpatía. La estructura emocional de la novela se basa en que el lector ve a Maurice como una persona común y luego ve, año a año, que el trato que la sociedad da a sus deseos —que giran en torno de tiernas fantasías acerca de un "amigo" tierno, casi un cónyuge— lo convierte en un excéntrico, una víctima de la desigualdad. Desde la lección de anatomía en la playa, donde la alabanza casi bíblica que hace el joven profesor de la naturalidad de la heterosexualidad provoca que el joven sienta que su "naturaleza" y sus impulsos son vergonzosos y deformes, hasta el epílogo, donde Forster nos recuerda que aun en 1971 los homosexuales eran perseguidos por actos sexuales con consentimiento mutuo, la novela cuenta una historia de común humanidad reducida a una situación de represión, temor y culpa. Esta desigualdad es impuesta por prejuicios sociales que se justifican a sí mismos con un lenguaje que deriva de la tradición religiosa. Aquí se insta a los lectores a reconocer a Maurice como alguien que podrían conocer, alguien cuyos deseos no son alarmantes ni peligrosos. El quiere muchas de las cosas que quieren los heterosexuales. Los lectores observan que el deseo que Maurice siente por otros hombres es profundamente "natural", surgido a una tierna edad de un modo que él no escoge ni controla. (El psiquiatra que no logra "curarlo" le recomienda que se mude a Francia, diciendo: "Inglaterra siempre se ha negado a aceptar la naturaleza humana".) Para la persona heterosexual, la sociedad ofrece respeto y prestigio; para la persona diferente, frustración, vergüenza y continuo peligro. Cuando Clive, el amigo de Maurice, se casa con una mujer, "bellas convenciones los recibieron, mientras que Maurice erraba más allá de la barrera, con las palabras equivocadas en los labios y los deseos equivocados en el corazón, y los brazos llenos de aire".

Aunque en muchos sentidos la novela está a gran distancia de *Native Son* —se ambienta en un protegido mundo de clase media, y sus personajes son refinados y no violentos—, su terreno

común también es evidente. La imagen de la "barrera" evoca esa "frontera" que separa al negro del blanco en el mundo de Bigger. En ambos casos hay una división en la sociedad, que marca a algunas personas como normales y buenas y a otras como vergonzosas y malas. En ambos casos tal división estigmatiza al grupo excluido de modos que se relacionan con desigualdades sistemáticas: Maurice puede conservar un empleo, pero no puede expresar abiertamente sus deseos sexuales; vive bajo el riesgo continuo del litigio, y no puede mantener relaciones francas con sus amigos y compañeros de trabajo. En un sentido muy real, no es un ciudadano igual a los demás. Clive, que decide abstenerse de la gratificación homosexual para entrar en un matrimonio insípido, no es igual, pues está obligado a llevar una vida esencialmente deshonesta en una cuestión de suma importancia. La última frase de la novela nos dice que Clive, habiéndose enterado del amorío de Maurice con Alec, "regresó a la casa para corregir las pruebas y elaborar un método para ocultar la verdad a Anne". Forster señala que en todo caso Clive y Maurice están más cerca de la igualdad gracias a las ventajas de clase de las que carece el amante de Maurice, que es de clase inferior. En la Gran Bretaña de 1971, a menos que se despenalicen los actos homosexuales consensuales, "Clive, desde el estrado, seguirá sentenciando al acusado Alec. Maurice puede salir libre". De esa manera se muestra que los problemas de desigualdad social están asociados con el tema central de la novela, la igualdad sexual.

La novela, como *Native Son*, como *Tiempos difíciles*, se refiere a sí misma. Una y otra vez los lectores notan que perciben a Maurice de una manera muy diferente a la de la gente que lo rodea. Los amigos de Maurice se niegan a reconocer su diferencia o, si la reconocen, lo evitan horrorizados como si de pronto se hubiera convertido en un monstruo. No pueden permitirse imaginar por un instante qué sentirían en su lugar. El lector que lo imagina es consciente de que él no es igual ni es un monstruo. El lector, como espectador juicioso, es consciente —de un modo que está vedado a los personajes— del efecto alienante de los prejuicios sociales, del desamparo que crean. La novela defiende la libertad sexual igualitaria al enseñar el profundo valor de esa libertad en el florecimiento de Maurice y en la frustración de Clive, y recluta a los lectores como partidarios de esa

igualdad al permitirles ver a Maurice como alguien que ellos o sus seres queridos podrían ser.

Juicio poético

La tesis de este libro está bien sintetizada en la cita de la audiencia de confirmación de Stephen Breyer que uso como epígrafe de este capítulo. La capacidad para ver la vida de la gente a la manera del novelista, arguye Breyer, es parte importante de la preparación de un juez. Obviamente no es el todo, ni siquiera el eje, pero aun así es vital. Dicha afirmación cobra mayor relieve por venir de un juez que dista de ser un sentimental, es dueño de una gran destreza técnica y en todo caso es considerado más intelectual que emocional. Aun un juez tan poco propenso al sentimentalismo, pues, concede que la lectura de novelas es relevante para la imaginación judicial. Mi enfoque —como, a mi entender, el enfoque que Breyer bosqueja en su declaración— enfatiza la necesidad de dominio técnico tanto como de sentimiento e imaginación, e insiste también en que los segundos deben estar continuamente informados y contenidos por el primero.

Para seguir adelante necesitamos ejemplos de sentencias judiciales que manifiesten o no las virtudes del juez literario. He escogido dos ejemplos positivos y uno negativo.

Hudson contra Palmer, Corte Suprema de los Estados Unidos, 1984.
[Dictamen del juez Stevens, en disidencia]

Esta causa fue iniciada por Palmer, un convicto que cumplía una sentencia por falsificación, incendio premeditado y asalto de bancos, contra Hudson, un agente de policía que había realizado una violenta inspección de su celda.¹²¹ Palmer afirmaba que la inspección no tenía más finalidad que la de acosarlo o humillarlo.¹²² Aunque Hudson sostenía que buscaba contrabando, destruyó intencionalmente efectos personales legítimos de Palmer,

como fotografías y cartas. Palmer afirmó que esa destrucción de bienes violaba su derecho, otorgado por la Cuarta Enmienda, contra inspecciones y confiscaciones indebidas, y que la privación no autorizada de propiedad atentaba contra los procedimientos legítimos que exige la Decimocuarta Enmienda.* En un dictamen redactado por el presidente del tribunal supremo, Burger, la mayoría sostuvo que un convicto en prisión no tiene “una razonable expectativa de intimidad en su celda que le garantice la protección de la Cuarta Enmienda contra inspecciones y confiscaciones indebidas” (398), y que por tanto aun la modesta noción de que las inspecciones aleatorias deben respetar ciertos lineamientos establecidos (como sostiene la Cámara de Apelaciones) restringe excesivamente la autoridad carcelaria: “El reconocimiento de los derechos de privacidad a los prisioneros en sus celdas no se puede conciliar con el concepto de encarcelamiento y las necesidades y objetivos de las instituciones penales” (403). En cuanto a la destrucción deliberada de bienes, no atenta contra el procedimiento legal porque el estado provee “una significativa compensación” (406).

El juez Stevens (junto con los jueces Brennan, Marshall y Blackmun) consiente en parte y disiente en parte. Los disidentes están de acuerdo en lo concerniente al procedimiento legal, pero sostienen que el razonamiento de la Corte acerca de la Cuarta Enmienda contiene “graves defectos” e “incoherencias internas” (412-413). Es incoherente porque la Corte concede la posibilidad de inspecciones maliciosas y acoso intencional de los reos, diciendo que ello “no puede ser tolerado por una sociedad civilizada” (413, citando 404), pero sostiene que “por maliciosas, destructivas o arbitrarias que sean una inspección de la celda y una confiscación, no pueden constituir una invasión indebida de ninguna privacidad o interés posesorio que la sociedad esté dispuesta a reconocer como razonable”. Los disidentes exponen las implicaciones de esta incoherencia:

Medidos por las condiciones que prevalecen en una sociedad libre, las posesiones y el leve residuo de privacidad de que dispone un reo en su celda tienen apenas un valor mínimo. Desde el punto de vista del prisionero, sin embargo, ese trivial residuo puede marcar la diferencia entre la esclavitud y

la humanidad (...) Las cartas personales, las fotos de familiares, un recuerdo, un mazo de naipes, un juego, tal vez un diario o un manual para iniciarse en un nuevo oficio, incluso una Biblia, hay diversos artículos baratos que pueden permitir al reo mantenerse en contacto con una parte de su pasado y encarar la posibilidad de un futuro mejor. ¿Todos estos artículos quedan sujetos a una inspección, confiscación o mutilación irrestrictos por parte de un guardia posiblemente hostil?" (413).

Ahora Stevens continúa con un argumento legal. Primero distingue entre el interés de Palmer por sus bienes y su interés posesorio.¹²³ Aunque no admite la conclusión general de la Corte de que un prisionero no puede tener ninguna expectativa de privacidad en sus papeles o efectos, está dispuesto a aceptarlo en aras de la argumentación. Luego arguye que la Cuarta Enmienda protege el interés posesorio de Palmer en la propiedad, citando definiciones de "inspección" y "confiscación" en casos anteriores. Señala que la posesión del material destruido era totalmente legítima según la ley estatal, y por lo tanto la Corte se equivoca al llegar a la conclusión de que no podía tener intereses posesorios legítimos en cuanto prisionero. Puntualiza que, en su tratamiento del reclamo de Palmer por cuestiones de procedimiento, la Corte misma concede que el material destruido era "propiedad" que entraba dentro de la cláusula de procedimiento legal, y ello supone que el reclamo de Palmer sobre el material está encuadrado dentro de la legitimidad (415-416).¹²⁴

Los actos de Hudson, pues, constituyeron una "confiscación". ¿Era la confiscación "indebida"? Este problema sólo se puede resolver "sopesando la violación de garantías constitucionales contra los intereses institucionales que justifican esa conducta controvertida" (417). Stevens arguye que no hay justificación penal legítima para la apropiación de bienes. No se alega que la propiedad fuera contrabando o planteara un riesgo para la seguridad institucional. Hudson ya la había examinado antes de tomarla y destruirla. No se ha sugerido ningún motivo para esa conducta, salvo el despecho. Como la Corte misma ha reconocido que el acoso intencional de los prisioneros no se puede tolerar en una sociedad civilizada, la apropiación resulta indebida

aun a ojos de la Corte. Si ahora argumentáramos que los objetivos institucionales legítimos pesan más que los intereses de Palmer, no resultaría un argumento contundente: "Privar a los convictos de todo residuo de privacidad o derechos posesorios es lisa y llanamente *contrario* a los fines institucionales. Los sociólogos reconocen que los reos privados de todo sentido de la individualidad pierden el respeto por sí mismos y por los demás y en consecuencia son más proclives a la violencia hacia sí mismos o los demás" (420). Aunque Stevens cita varios estudios recientes que respaldan esta conclusión, en última instancia el argumento de que lo institucional debe pesar más que los derechos de Palmer no requiere dichas pruebas sociológicas para ser refutado. Queda refutado por el hecho de que las normas carcelarias permitían a Palmer la posesión de su propiedad. No puede haber necesidad institucional de apropiación o destrucción de artículos que las reglas mismas definen como no contrabando: "Otorgar menos protección a los prisioneros equivale a declarar que no tienen derecho a ninguna medida de dignidad humana o individualidad; ni una foto, ni una carta, nada quedaría exento de la apropiación y destrucción arbitrarias, excepto las ropas reglamentarias. Pero éste es el punto de vista que ha adoptado la Corte. Declara que los reos son poco menos que bienes muebles, una perspectiva que yo creía superada tiempo atrás por la sociedad" (428).

Stevens termina con algunas reflexiones más generales. Citando un caso de 1974 en el cual se aseveró que los reos no están del todo privados de las garantías constitucionales, insiste en que tradicionalmente los tribunales tienen un deber especial de proteger los derechos de los desvalidos y los marginados de cara a los reclamos más practicables:

Los tribunales, por cierto, tienen la obligación especial de proteger los derechos de los prisioneros. Los prisioneros son los parias de la sociedad. Expulsados, despreciados y temidos, a menudo mercedamente, excluidos de la vista del público, los prisioneros constituyen una "minoría singular e insular". En este caso, la destrucción de la propiedad de Palmer fue una apropiación; el poder judicial tiene el deber constitucional de determinar si fue justificada o no (...)

Al decir al reo que ningún aspecto de su individualidad está amparado por las garantías constitucionales, ni siquiera la foto de un hijo o una carta de la esposa, la Corte rompe con una tradición ética que yo creía estaba consagrada para siempre en nuestra jurisprudencia (420).

En este dictamen mi mayor interés no se centra en los méritos de su argumentación constitucional, sino en la relevancia de lo que podríamos denominar los aspectos literarios de las consideraciones de Stevens en torno de Palmer. Describamos tales aspectos. El dictamen de Stevens no es emocional. Tampoco es retórico ni rebuscado, no es "literario" en el sentido de que nos impresione por su estilo. Sin embargo, parece encarnar algunos de los rasgos más importantes del "espectador juicioso" literario que he imaginado. Como Louisa Gradgrind frente a frente a la individualidad de un peón de Coketown, Stevens aborda la singularidad y la individualidad del reo Palmer e imagina la significación de artículos triviales tales como cartas y fotos para su humanidad y su esperanza de una vida mejor. En vez de tratar al prisionero como un mero cuerpo que se debe manejar según normas institucionales, lo trata como un ciudadano que goza de derechos y de una dignidad que suscita respeto. Puede entrar en la existencia de alguien a quien la sociedad teme y aborrece (con justicia), viendo los intereses y derechos del prisionero, y sus circunstancias especiales, sin compartir plenamente sus emociones y motivaciones. Mientras el dictamen de la mayoría no demostraba interés por imaginar el legítimo interés del prisionero en su propiedad, Stevens imagina este interés de una manera que reconoce la diferencia entre el prisionero y los demás ciudadanos, pero también reconoce las preocupaciones humanas que los unen, preocupación por la familia, por los recordatorios de su hogar, por el mejoramiento de sí mismo. Stevens obra como un espectador neutro e imparcial; se cuida de indicar que su razonamiento no es *ad hoc* ni busca un resultado político inmediato. Más aún, generaliza acerca de los reos, enfatizando el carácter representativo de este caso y así el carácter universal de su juicio. De esta manera su dictamen se vincula de modo estrecho, literariamente hablando, con las estrategias generalizadoras del antiguo coro trágico: uno podría compararlo con el retrato que

hace Sófocles del paria Filoctetes, con su pequeña caverna sin sol, su taza rudimentaria, la herida deformante que repugnaba a todos los ciudadanos normales.

¿En qué sentido estos “aspectos literarios” son relevantes para la causa? La mayoría sostenía que el interés institucional cobra precedencia sobre los reclamos del prisionero, y con esta argumentación perdía de vista la humanidad del reo, los intereses y derechos que lo unen a otros miembros de la sociedad que gozan de garantías constitucionales. Stevens describe estos intereses comunes como respaldando vívidamente su argumento de que Palmer tenía intereses posesorios legítimos, que éstos fueron invadidos, y que en este caso la búsqueda era “indebida”. Podría haber recurrido al mismo argumento sin estos detalles precisos, pero ellos nos recuerdan de forma elocuente el concepto general de que los prisioneros son ciudadanos y tienen derechos, y que no los podemos tratar como meros medios. Nótese que el dictamen de la mayoría concuerda con estos sentimientos generales, insistiendo en que una sociedad civilizada no debe tolerar inspecciones maliciosas. Stevens presenta el caso con imágenes que infunden vida a estas ideas, una vida que faltaba en las reflexiones de la mayoría, y así aclara la hondura del problema de la coherencia.

Al mismo tiempo, los aspectos literarios del dictamen abordan la cuestión de la malicia de Hudson. Si podemos imaginar los artículos secuestrados en esta inspección —una fotografía, una carta—, e imaginar no sólo el hecho de que Palmer los poseía legítimamente sino el carácter del interés que él debía tener en esos frágiles signos de humanidad, podemos valorar con mayor intensidad la índole maliciosa de la intrusión del guardia, cuya destrucción de una fotografía no servía a ninguna finalidad institucional concebible salvo la intimidación y la humillación. La mayoría declara que el acoso intencional y las inspecciones maliciosas no se pueden tolerar en una sociedad civilizada. Al imaginar el caso con precisión, Stevens puede exponer con seguridad el argumento de que esta causa trata precisamente sobre eso. El juez Stevens podría haber expuesto su argumento sin los elementos que he llamado “literarios”, pero tales elementos refuerzan su idea de que la inspección era indebida y constituía un acoso intencional y malicioso tal como el que la mayoría había juzgado intolerable.

La reflexión general con que concluye Stevens se basa en su modo de imaginar la dignidad y la humanidad del reo. Reflexiona que, en general, la Constitución se interpone entre los seres humanos y los procedimientos institucionales desmedidos, que las libertades amparadas por la Cuarta Enmienda son tan valiosas que están protegidas contra la intrusión institucional por principio constitucional. Esto no es una perogrullada. Es una comprensión del razonamiento constitucional que está totalmente reñida, por ejemplo, con el enfoque económico de Posner, de acuerdo con el cual estas libertades se convertirían en una cuestión relativa.¹²⁵ El mismo Posner ha concedido recientemente que las libertades amparadas por la Constitución no se pueden explicar del todo en su modelo económico.¹²⁶ El juez Stevens defiende el modo más tradicional de encarar las libertades; el caso se apoya en su capacidad para ver y describir el valor de las libertades en cuestión y su asociación con la individualidad humana.

Mary J. Carr contra la Allison Gas Turbine Division de la General Motors Corporation, Cámara de Apelaciones de Estados Unidos para el Séptimo Circuito 26 de julio de 1994

[Dictamen de Richard Posner]

Mary Carr fue la primera mujer que trabajó en el taller de hojalatería de la división de turbinas de gas de General Motors, en su planta de Indiana. Durante cinco años enfrentó el acoso sexual de sus compañeros de trabajo masculinos. Durante cuatro de esos cinco años se quejó en vano ante el supervisor. En 1989, decidió que la situación se había vuelto insoportable y renunció. Entabló una querrela contra General Motors, exigiendo pagos e indemnizaciones. El juez de distrito Larry J. McKinney falló a favor de General Motors, aceptando el argumento de que el presunto acoso se limitaba a insinuaciones sexuales comunes en el ámbito laboral y que General Motors no podía impedirlos. En la apelación, el tribunal falló a favor de Mary Carr.¹²⁷

El caso es relativamente inusitado, en el sentido de que el tribunal impugnó los datos aportados por el juez de distrito. En

el principio del dictamen, Posner señala que los abogados de Carr, temiendo que la pauta del error positivo hiciera improbable ese resultado, intentaron persuadir al tribunal de que había existido un error legal en el dictamen del tribunal de distrito. Posner no halló ningún error legal, pero sí halló errores en los datos. La pauta del error positivo “nos exige a los jueces de apelación que distingamos, por una parte, entre la situación en que creemos que, de haber sido los que examinábamos los datos, habríamos decidido la causa de otra manera y, por la otra, la situación en que estamos firmemente convencidos de que habríamos obrado así”. De este modo, Posner anuncia desde el principio (refiriéndose a una pauta habitual) que su dictamen se basa en esta clase de convicción firme. Su explicación de los hechos ahora debe respaldar ese juicio.

En este caso, cuando hablamos de “hechos”, debemos tener presente que se trata de meros “hechos” en el sentido de que son distintos de los valores y la evaluación. No hay disenso en cuanto a los episodios que sucedieron en el taller de hojalatería. Hay disenso en cuanto a su sentido humano: en qué medida eran intimidatorios, cuán adversos eran para el clima en que trabajaba Carr. Los hechos relevantes, pues, son hechos humanos de la clase que el juez literario está bien dotado para indagar. Posner enfrentaba dos preguntas: “si la demandante fue, a causa de su sexo, sometida a una conducta hostil, intimidatoria o degradante, verbal o no verbal, al extremo de afectar adversamente las condiciones en que trabajaba”, y “si, en tal caso, la reacción o falta de reacción del demandado de cara a la conducta de sus empleados fue negligente” (1009). (Una tercera pregunta, planteada por el juez de distrito, “si era un acoso indeseado”, es desechada por Posner como inexistente: “Un ‘acoso sexual deseado’ es un oxímoro” [1008]). Entendemos que la resolución de estas interrogantes acerca de los “hechos” requiere de una buena dosis de “fantasía”. Nótese que la relevancia de estas preguntas está dictada por el Título VII y no por la imaginación febril de Posner.* Si no hubiera existido una ley que lo autorizara a indagar datos humanos de esta índole, no habría tenido fundamento para nada de lo que sigue. Por otra parte, el Título VII, tal como está redactado, necesita claramente del suplemento del juez, que debe verificar los datos humanos de ese tipo.

Tras exponer su opinión sobre la cuestión técnica de la convicción firme, y habiendo planteado las preguntas que se deben hacer en cuanto a los hechos, Posner cuenta la historia de Mary Carr:

Mary Carr operaba un taladro en la división de turbinas de gas de GM cuando, en agosto de 1984, ingresó como operaria calificada de la división como aprendiz de hojalatero. Era la primera mujer que trabajaba en ese taller, y a sus compañeros no les agradaba trabajar con una mujer. Todos los días hacían comentarios despectivos de índole sexual (tales como “no voy a trabajar con una zorra”), y continuamente la denominaban en su presencia con términos tales como “puta”, “zorra”, “trasero partido”; le pintaron “zorra” en su caja de herramientas y le hicieron varias bromas de tipo sexual, como pintarle la caja de herramientas de rosa y (sin conocimiento de ella) rasgarle el fondillo de sus delantales de trabajo. Le adornaban la caja de herramientas y la zona de trabajo con letreros, imágenes y rayados de carácter sexual ofensivo, le ocultaban y robaban sus herramientas, le escondían la caja de herramientas, colgaban fotos de mujeres desnudas en el taller y se quedaban en paños menores delante de ella cuando se cambiaban de ropa. Uno de ellos le puso una tarjeta obscena del Día de San Valentín, dirigida a “Zorra”, en la caja de herramientas. La tarjeta muestra a un hombre que lleva a una mujer desnuda cabeza abajo y el texto explica que el hombre al fin ha descubierto por qué una mujer tiene dos orificios: para poder llevarla como una caja de cerveza. Un operario llamado Beckham exhibió el pene dos veces. La primera vez, durante una discusión donde Carr le dijo que la puerta de salida “se mecía hacia ambos lados”, sugiriéndole que él podía marcharse tanto como ella, el hombre replicó que tenía algo que “se mecía”, y le hizo una demostración. La segunda vez, otro operario apostó a Beckham 5 dólares a que no sacaría el pene. Perdió la apuesta, aunque no está claro si Carr estaba frente a Beckham o detrás de él. Y fue Beckham quien dijo a Carr, en otra ocasión, que si él se caía desde una altura peligrosa en el taller ella tendría que hacerle respiración “boca a verga” para resucitarlo. Los compañeros de Carr

orinaban desde el techo del taller en su presencia, y ella oyó que uno acusaba a un empleado negro que era menos hostil a Carr de estar detrás “de ese coño blanco, por eso quieres a una mujer aquí, porque quieres un poco de eso”. Esto ocasionó varios comentarios racistas y bromas de naturaleza racial contra ese hombre, único empleado negro entre los hojalateros. Un comentario que se oía con frecuencia en el taller era: “Nunca me retiraré del puesto de hojalatero porque le allanaría el camino a un negro o a una mujer”. Otro compañero de Carr le arrojó un cigarrillo encendido (1009-1010).

Carr se quejó ante su supervisor, Jim Routh,

en vano. El atestiguó que, aunque algunas de esas declaraciones ofensivas se hicieron en su presencia, como no era una mujer no sabía si una mujer consideraría ofensivas las declaraciones. Estaba tan perplejo que al oír las declaraciones reía entre dientes y mordía la pipa con más fuerza (1010).

Esta descripción es muy directa en cierto sentido, pero manifiesta considerables selectividad y destreza literarias. Posner se sitúa cerca de la escena, cuenta los hechos con más detalles de los estrictamente necesarios. Pero adopta la posición de un observador juicioso cuya actitud hacia la conducta de los operarios varones es muy crítica. El uso sardónico de expresiones como “adornaban” y “el texto explica”, su insistencia en el carácter ofensivo y amenazador de la conducta de los operarios hacia Carr, y sobre todo su vívido y satírico retrato de Routh (“estaba tan perplejo”) nos revela que él ve más allá de la argumentación (utilizada por General Motors) de que se trataba simplemente de bromas o travesuras en las que participaban operarios de ambos sexos. Se sitúa como alguien que (a diferencia de Routh) puede imaginar el probable impacto de dicha conducta en una mujer.

Posner encara luego los efectos de esta situación, abordando el argumento del juez de distrito según el cual la conducta de los operarios no constituía acoso, pues el lenguaje ofensivo es común en el ámbito laboral y los empleadores no tienen la obliga-

ción legal de purificar este lenguaje sólo porque algunas personas lo encuentran ofensivo. Debemos insistir, argumenta Posner, en la diferencia entre lo “meramente vulgar y medianamente ofensivo” y lo “profundamente ofensivo y el acoso sexual”. Intenta exponer esta distinción teniendo en cuenta la situación de Carr:

Por lo pronto, las palabras y actos que ella denuncia estaban, a diferencia de lo que puede haber sucedido en [otra causa], dirigidos contra ella, y es mucho más incómodo ser blanco de palabras y conductas ofensivas que ser un mero observador. Patricia J. Williams, *The Alchemy of Race and Rights, Diary of a Law Professor*, 129 (1991). Por lo pronto, manchar la propiedad de una persona (aunque sólo le pertenezca para usarla en el trabajo) y mutilar sus ropas (aunque sólo le pertenezcan para estar en el trabajo) son afrentas más ominosas y agresivas que las meras palabras (1010).

Aquí vemos el uso de la empatía en relación con la evaluación juiciosa. Resulta interesante que Posner, conocido por no utilizar tantas citas y notas al pie como la mayoría de los jueces, y que es personalmente responsable de las citas en sus dictámenes,¹²⁸ cite la obra de la académica Patricia Williams sobre problemas raciales como fuente de sus conclusiones en este párrafo. Parece sugerir que su evaluación global del contencioso requiere de la comparación con narraciones de otras personas en posiciones similares de desigualdad social. (La relación entre el acoso sexual y racial ya queda establecida cuando se describe el modo en que los operarios trataban al compañero negro que se negaba a participar del todo en la campaña contra Carr.) Tal vez no fuera fácil para un juez en la posición de Posner decidir, a partir de su propio juicio y experiencia, si la intimidación denunciada por Carr se basaba razonablemente en datos objetivos. Parte de su solución fue tener en cuenta otras historias de acoso. Encarada como un recurso literario deliberado, la referencia a Williams muestra la determinación de aproximarse a la experiencia de las personas que se hallan en posiciones de desigualdad como si fuera un factor relevante para la resolución correcta de la cuestión legal.

Ahora Posner aborda el argumento del juez de distrito según el cual esta conducta, aunque fuera acoso, no era rechazada por Carr, quien también usaba palabras de carácter obsceno, quien una vez apoyó la mano en el muslo de un compañero de trabajo y quien, "cuando le mostraron una foto pornográfica y le pidieron que señalara el clítoris, accedió". En síntesis, ella provocaba esa mala conducta, porque no se comportaba "como una dama", por usar los términos del juez de distrito. Posner comenta:

Aunque no nos preguntemos por qué el no portarse "como una dama" debería suscitar una reacción hostil y acosadora en vez de una respuesta vulgar, y aunque desechemos (a pesar de su plausibilidad) el testimonio de Carr según el cual ella hablaba y actuaba así en un esfuerzo por ser "como los muchachos", sus palabras y su conducta no pueden compararse con las de los hombres ni usarse para justificar la conducta de sus compañeros ni exonerar al empleador (...) Se debe tener en cuenta la asimetría de las posiciones. Ella era una mujer; había muchos hombres. Su uso de palabras obscenas no podía ser profundamente amenazador, ni el acto de apoyar la mano en el muslo de un compañero de trabajo podía ser intimidatorio, y no fue ella quien llevó la foto pornográfica a la "lección de anatomía". Nos cuesta *imaginar* una situación donde obreros de fábrica acosen sexualmente a una mujer solitaria en defensa propia, por así decirlo, pero así es como General Motors caracteriza lo que sucedió (1011).

Este sereno párrafo está totalmente desprovisto de sensible-
ría. Posner no se refriega las manos ni estalla emocionalmente como si estuviera liado personalmente en la situación. En todo sentido es el espectador juicioso. Pero parece cumplir con el concepto de Smith de ese papel cuasiliterario. Su verificación, en efecto, acude a la "fantasía": tratemos de imaginar la situación como la describen los otros operarios, donde Carr es tan amenazadora para ellos como ellos para él, y nos resultará imposible. (Nótese que "imaginar" está destacado.) Pero imaginemos la asimetría de la situación tal como era, imaginemos el aislamiento de Carr, la falta de apoyo del supervisor, y llegaremos a la conclusión de que ella era víctima de una campaña de acoso de gran

duración e intensidad. (Comentando la dificultosa situación personal de Carr en el siguiente párrafo —el hijo adoptivo de esta mujer fue ejecutado por homicidio—, Posner aprovecha la oportunidad para mencionar que “uno de los encantadores comentarios que le había hecho Beckham, el compañero de trabajo que se había desnudado ante ella, era que con gusto pagaría la cuenta de la electricidad consumida en la ejecución”).)

¿General Motors actuó de manera indebida? Posner argumenta que demostró negligencia, a pesar de que la compañía afirmó haber sido víctima de una “conspiración de silencio entre los hojalateros”, una frase que no deja dudas al lector sobre la reacción crítica de Posner. Su conclusión: “La imagen de una poderosa empresa como General Motors inerte ante hojalateros mal hablados nos resulta totalmente inverosímil”. Una vez más, el recurso a la imaginación suscita la respuesta irónica del espectador juicioso. Posner comenta después, en relación con la situación de Carr, que para obtener una indemnización ella sólo debe demostrar “que la discriminación a que fue sometida era tan grave como para inducir a una persona razonable a renunciar”, una pauta que incorpora las reacciones del espectador juicioso a la resolución del caso.

Ahora llegamos a la conclusión de Posner:

Resulta difícil para un empleador desentrañar acusaciones y contraacusaciones de acoso sexual entre empleados en conflicto, pero aquí tenemos una situación donde durante años una de las mayores empresas del país fue incapaz de reaccionar efectivamente contra una notoria campaña de acoso sexual dirigida contra una mujer. Ninguna persona razonable podría imaginar que General Motors era impotente de veras, que hizo todo lo que razonablemente podía hacer. Es evidente que la empresa (o por lo menos la división de turbinas de gas de la empresa) no estaba preparada para enfrentar problemas de acoso sexual ni siquiera cuando se los refregaran en la cara, y también que era incapaz de ofrecer una solución. Las medidas de investigación fueron desganadas; las medidas disciplinarias, inexistentes; las medidas correctivas, superficiales. La Armada de los Estados Unidos ha logrado integrar muchas mujeres a la tripu-

lación de sus buques de guerra. General Motors tendría que haber logrado integrar una mujer a un taller de hojalatería.

Se revierte la sentencia con instrucciones de fallar a favor de la demandante (pues ningún otro resultado sería coherente con el expediente) y proceder a una determinación de la compensación a la cual tiene derecho (1012-1013).

Posner llega a la conclusión con una apelación directa a la imaginación y la reacción de una "persona razonable", una pauta tradicional del derecho consuetudinario, estrechamente relacionada con la norma del espectador juicioso de Smith. Muestra en su prosa la fundamentada indignación y el desprecio que dicho espectador siente ante la conducta de la General Motors. En términos literarios, el párrafo parece hacer referencia a los recursos y emociones tradicionales del género de la sátira, sea en su antigua forma romana (Juvenal) o en un ejemplo más reciente como la obra de Swift. (Quizá la emoción que procura suscitar la prosa de Posner sea la *saeva indignatio* que se menciona en el epitafio de Swift.) Denuncia la pretendida impotencia de la compañía y expresa su opinión de ésta y de sus operarios en ese metafórico "se los refregaran en la cara", comparando la empresa con un perro incontinente al que hay que frotarle el hocico con sus propios excrementos. La frase que comienza con "las medidas de investigación" expresa indignación con la eficacia retórica de un trío de condena ascendente; la siguiente frase utiliza el paralelo "logrado integrar" para señalar el contraste entre el logro de la Armada y la negligencia de General Motors.

Posner se sitúa cuidadosamente como juez y espectador, distanciado y neutral de la manera apropiada. Pero la imaginación y una emoción también apropiada son cruciales en su razonamiento. Su indignación no es caprichosa: se basa en los hechos, y él puede hacerla sentir al lector en su versión de esos hechos. Su dictamen logra lo que la buena sátira al estilo de Juvenal o Swift: inspira indignación por su incisivo retrato de la venalidad y la crueldad humanas. Aquí, como en el dictamen de Stevens, el enfoque literario está estrechamente relacionado con la atención compasiva al trance de personas que son socialmente desiguales y, por eso, en cierta medida impotentes. Posner llama reiteradamente la atención sobre este aspecto de su pensamiento, y sobre su relevan-

cia al abordar la cuestión de la intimidación y la hostilidad. Escribe: "Se debe tener en cuenta la asimetría de las posiciones".

Bowers contra Hardwick, Corte Suprema de los Estados Unidos, 1986.

[Dictámenes de los jueces White y Burger]

Tanto el caso como los dictámenes son famosos, así que resumiré más que en los otros casos.¹²⁹ Michael Hardwick estaba en un dormitorio de su apartamento practicando una felación a otro hombre; un agente de policía entró al apartamento para cumplir con una orden de arresto contra Hardwick por beber en público: arrestó a los dos hombres por infringir la ley de su estado contra la sodomía. Luego, ambos fueron liberados sin acusaciones. Hardwick entabló un pleito para invalidar la ley. La ley misma estaba formulada en términos de actos sexuales, y definía la sodomía como sexo oral o anal. Como sucede con muchos estatutos sobre la sodomía, la ofensa no se restringía a los homosexuales, y una pareja heterosexual, "John y Mary Doe", se sumó al pleito, aunque su causa no llegó a la Corte Suprema. El tribunal de distrito declaró que "no habían sufrido ni estaban en peligro inmediato de sufrir ningún perjuicio directo por la aplicación del estatuto". La Cámara de Apelaciones confirmó el dictamen del tribunal de distrito, desechando el reclamo de esa pareja por falta de mérito.¹³⁰ Así, el expediente virtualmente reconocía que el estatuto no se aplicaría a los heterosexuales.

Los dictámenes mayoritario y afirmativo de este caso se han criticado con frecuencia y desde muchos puntos de vista. Al evaluar los aspectos literarios de estos dictámenes, debemos tener claro que se trata ante todo de un problema de procedimiento, como de hecho se argumentó. Conviene preguntar, pues, en qué medida los aspectos de la imaginación literaria serían relevantes para presentar este caso o uno similar como un caso de protección igualitaria (una argumentación sugerida en el disenso del juez Blackmun, y en recientes trabajos judiciales sobre el tema).

El problema que la Corte debía resolver, puesto que el caso se presentaba como un problema de legitimidad del procedimiento, era si el presunto derecho a la sodomía homosexual con consenso

constituía un derecho de privacidad implícito en causas anteriores relacionadas con la Decimocuarta Enmienda. La Corte señala que la categoría de los derechos en cuestión se identifica con “aquellas libertades fundamentales que están ‘implícitas en el concepto de libertad ordenada’ [y aquellas que están] ‘profundamente arraigadas en la historia y las tradiciones de este país’”. Es importante señalar estas restricciones en el resultado y el razonamiento de la causa. Toda compasión o imaginación ejercida por cualquier dictamen será vana a menos que esclarezca la asociación entre este caso y ciertos precedentes relevantes, o nos ayude a decidir si hay concordancia entre esta causa y otras anteriores respecto de una o ambas descripciones generales.

En cuanto a los precedentes, el juez White reseña causas anteriores y encuentra que

ninguno de los derechos enunciados en esas causas guarda la menor semejanza con este presunto derecho constitucional de los homosexuales a participar en actos de sodomía que se menciona en esta causa. No se ha demostrado ninguna relación entre la familia, el matrimonio o la procreación, por una parte, y la actividad homosexual por la otra (...) más aún, toda pretensión de que estas causas representen la proposición de que cualquier clase de conducta sexual privada entre adultos que la consienten esté constitucionalmente aislada de la prohibición estatal es insostenible (190-199).

Ello ciertamente ofrece una lectura plausible de las causas de privacidad. Es verdad que *Griswold* se centra en la decisión privada en el contexto de la relación marital, con referencia a las decisiones sobre maternidad. Aunque *Eisenstadt* extiende este derecho a los individuos solteros, y así reconoce un derecho de decisión privada para los individuos y no para las parejas, aún se centra en decisiones relacionadas con el acto de tener un hijo. Lo mismo sucede en *Roe contra Wade*. En *Eisenstadt* la mayoría sostiene que si “el derecho de privacidad significa algo, es el derecho del individuo, casado o soltero, a estar libre de una intrusión gubernamental indeseada en asuntos que afectan tan fundamentalmente a una persona como la decisión de engendrar o tener un hijo”. Esta formulación sugiere que podría haber

otros derechos fundamentales que afecten a la persona en este campo. Pero no se mencionan otros derechos, y como *Eisenstadt* era un caso de protección igualitaria, su argumentación central giró en torno a que los derechos de contracepción de las personas casadas pertenecen igualmente a las personas solteras. El paso que va de *Eisenstadt* y *Roe* al reconocimiento del derecho de los adultos a participar en la conducta sexual de su elección no es largo, pero debemos conceder que aún no se había dado.¹³¹

¿Cuál podría ser la relevancia de la imaginación literaria en la determinación de dar este paso? Lo que hallamos en las causas anteriores es una consideración del modo en que los derechos reconocidos brindan libertades de opción personal en cuestiones íntimas que afectan fundamentalmente a una persona. Dada la vaguedad del alcance de esta protección, cabe esperar que una inspección exhaustiva de la cuestión implícita en *Bowers* derive en una atenta consideración del carácter del derecho reclamado por Hardwick. El dictamen de la mayoría sostiene una altiva distancia respecto de los datos de la situación de Michael Hardwick.¹³² El lenguaje distante (“el presunto derecho constitucional de los homosexuales a participar en actos de sodomía”) expresa una negativa a pensar en el modo en que dicho tema afecta la personalidad de Hardwick, e incluso parece expresar una actitud sardónica acerca de la sugerencia de que dicho derecho merezca protección. El dictamen sugiere un marcado esfuerzo por mantener la historia humana a distancia, para no describir los hechos como si le hubieran sucedido a alguien que uno podría ser o conocer. Un examen más empático de la situación de alguien cuya conducta sexual es ilegal quizá no habría cambiado el juicio en cuanto a la lectura de los precedentes, pero habría alentado una reflexión cabal acerca de la cuestión del alcance del derecho a la intimidad, que no parece haberse dado aquí, por la rapidez con que se desechó la petición de Hardwick.

Incluso podemos notar que la relación de este caso con problemas fundamentales de la persona recibe menos comentarios de los que generó un caso mucho más trivial (por lo menos en el dictamen disidente). En *Kelley contra Johnson*, el problema residía en un reglamento del departamento de policía que limitaba la longitud del cabello de los agentes.¹³³ Ello ocasionó una sustancial deliberación (por parte de los disidentes) acerca de la rela-

ción entre la apariencia personal y la integridad y la identidad personal, y de todos ellos con el derecho a la intimidad. Sin duda el caso de Hardwick, además de su mayor apremio humano, estaba mucho más cerca de los precedentes e implicaba un derecho que estaba más plausiblemente relacionado con ellos.

Si pasamos a la siguiente pregunta, si el presunto derecho concuerda con una o ambas descripciones generales relevantes, de nuevo encontramos un enfoque distante y no narrativo, tanto en el dictamen de la mayoría como en el afirmativo. "La proscripción de esa conducta tiene antiguas raíces", escribe la mayoría, desechando la idea de que el derecho a cometer sodomía homosexual esté "implícito en el concepto de libertad ordenada" o "profundamente arraigado en la historia y tradiciones de este país". El dictamen afirmativo de Burger, presidente de la Corte, es aún más severo. Burger declara que "las decisiones individuales relacionadas con la conducta homosexual han estado sometidas a la intervención estatal en toda la historia de la civilización occidental". Señala que "Blackstone describió 'el nefasto delito contra natura, como una ofensa de 'malignidad más profunda' que la violación, un acto aborrecible 'cuya sola mención es una vergüenza para la naturaleza humana' y 'un crimen innombrable' (...) Sostener que el acto de sodomía homosexual está protegido como derecho fundamental sería desechar milenios de enseñanza moral". La severidad del lenguaje de Burger, así como su larga enumeración de condenas históricas, sirve para que la Corte y el lector se distancien aún más de la perspectiva y la historia de Michael Hardwick, un ser humano que procura vivir una vida plena y humana. Se nos insta a ver a Hardwick como un delincuente peligroso, similar al violador, y nada nos dice lo contrario en la exposición de los hechos.

Esta estrategia de distanciamiento se asocia con el hecho de que no hallamos en los dictámenes ninguna argumentación relacionada con la decisiva cuestión del nivel de generalidad. Es obvio que, descrito en un nivel específico como "derecho a cometer sodomía homosexual", aquel derecho no es tradicional, y que tradicionalmente no se ha considerado como implícito en el concepto de libertad ordenada. Por otra parte, si el derecho en cuestión se entendiera en forma general, como el derecho de determinar el rumbo de nuestra vida sexual siempre que no

causemos daño a otros, al menos podría argumentarse que tal derecho quedó reconocido en varios casos anteriores, por ejemplo en los relacionados con el derecho a casarse con la persona de nuestra elección. Los disidentes argumentan así, asociando las leyes de sodomía con las leyes que prohibían el mestizaje: éste —descrito concretamente como “matrimonio con una persona de otra raza”, no como “matrimonio con la persona de nuestra elección”— no era por supuesto un derecho fundamental tradicionalmente reconocido, pero una descripción general lo habría implicado. Pero en este caso no se hace ningún intento por discutir este asunto vital, tan evidente le parece a la mayoría que el sexo homosexual no se relaciona con los intereses de la libertad en el campo de la sexualidad y el matrimonio. Se facilita esta elusión tratando al homosexual como un paria a quien siglos de historia coinciden en condenar. Si a Blackstone le parecía vergonzosa la sola mención de sus actos, es fácil justificar la negativa a inspeccionarlos con el pensamiento y la argumentación para elaborar adecuadamente su relación con otros actos.

¿Qué esperaríamos aquí de la imaginación literaria, y cuál podría ser su relevancia? Creo que podríamos esperar dos cosas lamentablemente ausentes en los dictámenes concordantes de la mayoría: una cuidadosa atención al contexto histórico y social, y un examen empático de la situación del homosexual en la sociedad estadounidense. La historia primero. Las afirmaciones históricas que se exponen en los dictámenes son imprecisas y en gran medida falsas. El estudio de la historia de las concepciones y prácticas sexuales es un campo floreciente en las humanidades y las ciencias sociales. Libros que no están fuera del alcance del lego han puesto en jaque esa imagen simplista de una historia de condenación en que se apoya la mayoría, en el caso de las tradiciones grecorromana, cristiana, judaica e inglesa.¹³⁴ El debate contemporáneo en las principales tradiciones religiosas y filosóficas del mundo es complejo, y no hay grupo importante donde no existan polémicas internas y efervescencia.¹³⁵ El juez literario tendría que “leer” el caso de Michael Hardwick en su pleno contexto histórico y social. Ello requiere de datos históricos veraces, si hemos de acudir a ellos.

El uso de datos históricos veraces puede afectar o no el resultado, pues aún se podría argumentar que el nivel de derecho en

el cual definir los derechos relevantes era el nivel más específico, y que las tradiciones legales angloamericanas todavía no tolerarían la clasificación del derecho en cuestión, definido específicamente como "implícito en el concepto de libertad ordenada" o "profundamente arraigado en la historia y tradiciones de este país". Pero la comprensión del modo en que en otras épocas y lugares se han encarado conductas similares habría brindado un necesario fundamento para considerar la posible relevancia de un nivel de descripción más general. Este mismo proceso habría progresado bastante si se hubiera examinado empáticamente lo que había en juego para Hardwick. Dicho examen —del que hallamos un vívido ejemplo en el *Maurice* de Forster—, aunque no la zanjase, al menos habría planteado la cuestión de la relación entre este derecho y los derechos tradicionalmente protegidos de casarse y de controlar nuestras opciones reproductivas.

De esta manera el elemento literario habría contribuido a una deliberación más cabal acerca de ciertos aspectos del caso, aunque se haya presentado como una cuestión de debido proceso. Si se hubiera presentado como un caso de protección igualitaria, la relevancia de la imaginación habría sido aún más clara. El juez Blackmun, en disenso, reconoce que la causa tiene un importante aspecto de protección igualitaria y que se podría haber argumentado de esta manera. Cass Sunstein sostiene que esta vía habría sido preferible, puesto que según su visión la cláusula de legitimidad del procedimiento suele ser tradicionalista y conservadora, y la cláusula de protección igualitaria, progresista y reformista.¹³⁶ Como la decisión de *Bowers* ha bloqueado la vía de la legitimidad del procedimiento, también es importante señalar que todavía podrían dirimirse casos similares apelando a la protección igualitaria. El argumento de la protección igualitaria suele requerir consideraciones acerca de la historia de discriminación que ha padecido un grupo, así como sus circunstancias de impotencia política. Una consideración más detallada, empática y concreta habría contribuido a revelar una historia de discriminación que pusiera este caso en estrecha relación con otras historias de persecución de grupos marginados y despreciados.¹³⁷ De hecho, pareciera que esta clase de indagación no sólo es suficiente sino necesaria para la comprensión, pues sin ella resulta complicado establecer la importante distinción entre la situa-

ción de Michael Hardwick y la de un criminal violento (el violador mencionado por Burger), cuyos actos son punibles por muy buenas razones. Para reflexionar bien sobre una argumentación de protección igualitaria es preciso distinguir entre la discriminación irracional y la condena de lo genuinamente peligroso. Cierta comprensión de la historia del prejuicio contra los homosexuales en la sociedad estadounidense —combinado con algún conocimiento de las actitudes que han adoptado otras culturas y una comprensión compasiva de los objetivos e intenciones de los homosexuales reales— mostraría, a mi entender, que este grupo es más similar a las minorías raciales, las mujeres y las minorías nacionales que a los violadores y los abusadores de niños. Sería difícil obtener este resultado sin usar la imaginación o mientras se trate a los homosexuales con la distancia y la repugnancia que evidencia el dictamen concurrente de la mayoría.

Los problemas constitucionales relacionados con esta causa son muy complejos y controvertidos. Un juez que se pronuncia sobre ella está restringido en muchos sentidos por el texto, la historia y los precedentes. Sería tonto pretender que la imaginación literaria haga aquí todo el trabajo, e inadecuado recomendar que funcione fuera de las restricciones institucionales. Sin embargo, dentro de estas restricciones, puede aportar intuiciones que resultarían valiosas para una deliberación cabal.

¿La imaginación literaria establece una diferencia? No en todos los casos imaginables, obviamente. A veces los problemas legales indican con claridad una dirección, a veces los hechos son tan sencillos y poco controvertidos que la imaginación literaria no resulta importante. En todos los casos, la ley debe estar siempre presente, pues de lo contrario ningún juez puede hacer nada. El interés del juez Stevens por las fotos y cartas de Palmer no llegaría a ninguna parte sin el texto de la Constitución, sin una gama de precedentes específicos y sin la admisión por parte de la mayoría de que las inspecciones maliciosas son intolerables. El juez Posner no habría podido fallar a favor de Mary Carr sin una ley de derechos civiles, por mucho que aborreciera el acoso sexual. También los legisladores y los ciudadanos que los eligen deben ejercer la imaginación. Las notorias dificultades que rodean el

alcance y la existencia misma del derecho a la intimidad muestran cuánto cuesta a los jueces fallar de un modo innovador, incluso salvar lo que pareciera una laguna en el texto explícito de la Constitución; y, a pesar de esa historia de intervención judicial, no se determina un resultado claro en el caso de Hardwick. Los ciudadanos empáticos no deben confiar sólo en el poder judicial para exigir lo que consideran justo.

Pero, en estas tres causas —dos de las cuales implican cuestiones constitucionales controvertidas, y la tercera, un profundo desacuerdo en cuanto a la evaluación de los hechos—, el acto de imaginar en forma plena, precisa y minuciosa los datos humanos creó o pudo crear una diferencia en el resultado: en *Hudson*, al dar a Stevens un sentido de la importancia que tenía para Palmer el interés posesorio que Hudson había violado maliciosamente; en *Mary Carr*, al proporcionar a Posner un vívido sentido del acoso sufrido por Carr y de la inverosimilitud de la versión de General Motors; en *Bowers*, tal como se presentó, al dar al hipotético juez literario un sentido de la naturaleza fundamental de los derechos y libertades implícitos y de su relación con otras libertades fundamentales; en *Bowers*, visto como un caso de protección igualitaria, otorgando al juez una comprensión de las desventajas específicas que sufren los homosexuales masculinos y las lesbianas, de la historia de las leyes de sodomía como instrumentos de discriminación, del estigma social que recae sobre quienes son blanco de esas leyes.

En ninguno de estos casos sugiero que el razonamiento legal común, incluida la consideración de los precedentes, deba subordinarse a la sensiblería. El juez no es un legislador, y su imaginación debe conformarse a estrictas restricciones institucionales. En los dictámenes de *Carr* y *Hudson* los sentimientos de compasión e indignación que se expresan son valiosos precisamente porque se asocian con un cabal razonamiento legal de tipo tradicional y con una aprehensión sólida de los hechos. Pero en ambos casos podemos decir que el juez literario tiene una mejor comprensión de la totalidad de los hechos que el juez no literario. Sostengo, pues, que el juicio literario no es suficiente para juzgar bien y resultaría pernicioso si no estuviera restringido por otras virtudes puramente institucionales y judiciales pero, al margen de cualquier otra exigencia, en las circunstancias en que sea pertinente debemos reclamarlo.

La compasión que da testimonio

Ahora vuelvo a Whitman, pues he llegado a varios temas que están en el corazón de su poesía: el dolor de la exclusión social, la relación entre la exclusión del homosexual y otras exclusiones basadas en el género, la religión y la raza; los intereses que todos los ciudadanos tienen en la libertad, sea erótica como de otros tipos; la importancia de alentar una racionalidad política que pueda “ver al interior” de ese interés, con lo que Whitman atribuye al poeta: “¡Alma de amor y lengua de fuego!/ ¡Ojo para penetrar las honduras más hondas y otear el mundo!”. He sugerido, con Whitman, que la imaginación literaria que se centra en la importancia de ciertas libertades e igualdades ofrece una valiosa guía en casos que afectan dichas libertades. Así que concluiré comentando un famoso pasaje del *Canto a mí mismo*, donde todos estos temas se unen con lúcida concisión. El pasaje está en medio del poema, después de una sección donde el poeta-portavoz alberga a un esclavo fugitivo, cuidando las heridas que las grillas le han abierto en sus piernas y tobillos, y después de la parábola “Veintiocho jóvenes se bañan junto a la orilla”, una emocionante y lírica descripción de la exclusión de las mujeres en cuanto seres sexuales con plena igualdad. “Yo soy la compasión que da testimonio”, sintetiza el poeta. Entonces anuncia que, por medio de su imaginación, los excluidos encuentran voz y sus emociones hallan reconocimiento:

¡Quitad los cerrojos de las puertas!
 ¡Quitad las puertas mismas de su jamba!
 Quien degrada a otro me degrada a mí,
 y todo acto o palabra al fin regresa a mí...

Digo la clave primigenia, doy el signo de la democracia.
 ¡Por Dios! Nada aceptaré que no resulte a todos accesible.

Por mi intermedio muchas voces mudas,
 voces de interminables generaciones de prisioneros y esclavos,
 voces de enfermos, y angustiados, y ladrones y enanos,
 voces de ciclos de preparación y crecimiento,
 y de las hebras que unen los astros, y de los vientres y de la
 semilla,

y de los derechos que otros pisotean,
de los deformes, triviales, obtusos, tontos, despreciados,
niebla en el aire, escarabajos empujando bolas de excremento.

A través de mí voces prohibidas,
voces de sexos y deseos, voces veladas y yo quito el velo,
voces indecentes por mí clarificadas y transfiguradas...

Deslumbrante y arrasador, con qué rapidez me mataría el sol
naciente,
si yo no pudiera ahora y siempre irradiar un sol naciente
desde mí.

Aquí Whitman sintetiza su versión de la misión democratizadora del poeta. Es una misión de imaginación, inclusión, comprensión y voz. El poeta es el instrumento por medio del cual las "voces largamente mudas" de los excluidos dejan caer el velo y son alcanzados por la luz. Asistir al modo en que las cosas son con los excluidos y los despreciados, así como con los poderosos, insistir en participar, por medio de la comprensión, en la degradación de los degradados, aceptar sólo lo que otros puedan tener de igual manera, dar voz al dolor de los excluidos, a la intimidación de los acosados, es una norma de juicio democrático muy pertinente a la situación de Bigger Thomas, del Maurice de Forster, de Mary Carr, del prisionero Palmer, de Michael Hardwick. Whitman insiste en que el discurso del poeta descorra el velo de esas voces silenciadas por la exclusión sexual y el oprobio. Sostiene que la luz de la imaginación poética es un agente crucial de igualdad democrática para estos excluidos, pues sólo la imaginación sabrá expresar los hechos de sus vidas y ver en su tratamiento desigual la degradación de uno mismo.

Sostengo que sería bueno tener jueces que vieran de esa manera. La imaginación implícita en ello ejemplifica una racionalidad pública que hoy necesitamos mucho, pues nos estamos negando esta visión inclusiva, estamos cerrando las puertas de compasión que Whitman deseaba abrir. La compasión del espectador juicioso no impone resultados específicos en ninguna causa legal específica. Está demasiado restringida por el estatuto y los precedentes. Y tampoco se sostiene sola, ni siquiera como imaginación: necesita apoyarse en la imagi-

nación y la compasión que ya se ejercen en la esfera legislativa. Pero ejemplifica un tipo de pensamiento que debería formar parte de la reflexión judicial.

A orillas del azul Ontario, Whitman concluye su convocatoria general al poeta-juez e interroga a futuros candidatos para ese papel. Plantea una notable serie de preguntas a la persona que "asumiera el lugar de enseñar o ser un poeta aquí en los Estados Unidos".

¿Quién eres para hablarle o cantarle a este país?

¿Has estudiado la tierra, sus modismos, sus hombres?

¿Has pensado en la declaración del primer día del primer año de la Independencia, firmada por los comisionados, ratificada por los estados, y leída por Washington a la cabeza de su ejército?

¿Te has imbuido de la Constitución Federal?

¿Has visto el tránsito fugaz de costumbres y famas pasajeras?

¿Puedes resistir contra seducciones, locuras, torbellinos, fieros argumentos? ¿Eres muy fuerte? ¿Pertenece de veras a todo el pueblo?

¿No perteneces a una facción, una escuela o mera religión?

¿Profesas igual amor por los maduros, por los recién nacidos, por los grandes y pequeños, por los errabundos?

Estoy segura de que el juicio construido según mi concepción de "justicia poética" aprueba este examen. Intimo e imparcial, afectuoso sin favoritismos, representante de todos y no de un grupo o facción, comprendiendo con sus "fantaseos" la riqueza y complejidad del mundo interior de cada ciudadano, el juez literario, como el poeta de Whitman, ve en las hojas de hierba la igual dignidad de todos los ciudadanos, así como misteriosas imágenes de añoranza erótica y libertad personal. Combina estas visiones en juicios muy diferentes de los que recomienda la escuela de Gradgrind. Y no llega a la abstracción adoptando una altiva distancia respecto de los datos humanos de sus causas. Tampoco es un escéptico que desespera de las buenas razones.

Como sugiere Whitman, la "justicia poética" necesita equiparse de gran cantidad de atributos no literarios: conocimiento técnico legal, conocimiento de la historia y de los precedentes, atención a la debida imparcialidad. El juez debe ser un buen juez en esos aspectos. Pero, para ser plenamente racionales, los jueces también deben ser capaces de "fantasear" y comprender. No sólo deben afinar sus aptitudes técnicas, sino su capacidad humana. En ausencia de esta capacidad, la imparcialidad es obtusa y la justicia, ciega. En ausencia de esta capacidad, las voces "largamente mudas" que procuran hablar por medio de esa justicia permanecerán en silencio, y el "sol naciente" del juicio democrático quedará velado. En ausencia de esta capacidad, las "interminables generaciones de prisioneros y esclavos" nos rodearán con su dolor y tendrán menos esperanza de libertad.

1. En los países europeos, en cambio, la filosofía participa desde hace mucho más tiempo en la vida pública.
- * La novela *Native Son* (*Hijo nativo*, 1940), del escritor negro Richard Wright, narra la vida de Bigger Thomas, un joven negro que se cría en las sórdidas barriadas de Chicago y es condenado y ejecutado después de matar accidentalmente a la hija de su patrón. Constituye un hito en la novela testimonial estadounidense de este siglo. (N. del T.)
2. *Woodson v. North Carolina*, 428 U.S. 280, 304 (1976).
3. El curso fue inventado por James Boyd White a principios de la década del 70, y revivido por Richard Posner a fines de la década siguiente.
4. Martha Nussbaum y Amartya Sen (eds.), *The Quality of Life*, Oxford, Clarendon Press, 1993, introducción. Para el próximo volumen de esta serie, ver Martha Nussbaum y Jonathan Glover (eds.), *Women, Culture, and Development*, Oxford, Clarendon Press, 1995, donde Martha Chen presenta un estudio de campo bellamente escrito sobre la vida de las mujeres en la India y el Bangladesh rurales, haciendo un aporte narrativo de la clase que buscamos.
5. Para versiones de la ética kantiana que enfatizan aspectos flexibles de la teoría de Kant basados en la virtud, ver Barbara Herman, *The Practice of Moral Judgment*, Cambridge, Harvard University Press, 1993, y Onora O'Neill, *Construction of Reason*, Cambridge, Harvard University Press, 1989.
6. La alumna 1.180, según descubrí cuando se descorrió el velo de la ignorancia, es Sophie Clark, una aguda y empeñosa inglesa que ha pasado varios años como gerente de una pista de carreras y ahora participa en un doctorado de Derecho y Ciencias Políticas.
7. Henry James, *Art of the Novel*, Nueva York, 1907, pp. 223-24.
8. Oliver Wendell Holmes Jr., carta a Lewis Einstein, 23 de julio de 1906, en *The Essential Holmes*, Richard Posner (ed.), Cambridge, Harvard University Press, 1991.
9. Charles Dickens, *Hard Times*, Harmondsworth, Penguin, 1969, David Craig, ed., p. 63 (todas las citas remiten a esta edición). Los estudios de esta

novela que me resultaron más esclarecedores son: Raymond Williams, *Culture and Society, 1780-1950*, Londres, Penguin, 1958, parte 1, cap. 5; la excelente introducción de Craig a la edición de Penguin y F. R. Leavis, *The Great Tradition*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1948.

10. Quedará claro que aquí me centro sólo en ciertos tipos de novela, y me interesan tanto los rasgos que se podrían considerar propios del género como los que son específicos del autor y la obra.
11. Ver otro comentario sobre estas cuestiones en mi *Love's Knowledge: Essays on Philosophy and Literature*, Nueva York, Oxford University Press, 1990.
12. Aristóteles, *Poética* 9.
13. Ver Lucrecio, *Sobre la naturaleza de las cosas*, Libro I, II, 926-50.
14. Ver mi comentario en *Upheavals of Thought: a Theory of the Emotions*, Gifford Lectures 1993. Cambridge, Cambridge University Press, por publicarse en 1997.
15. Ver, por ejemplo, Stanley Cavell, *Pursuits of Happiness: The Hollywood Comedy of Remarriage*, Cambridge, Harvard University Press, 1981.
16. Podríamos hablar de la dramaturgia moderna, pero creo que sería excesivo suponer que se trata de un género vivo, dadas las restricciones impuestas por la comercialización en el teatro neoyorquino. La comercialización no tiene por qué atentar necesariamente contra la calidad, pero en general así parece haber sucedido. Algunos artistas siguen escribiendo obras maravillosas, por cierto, y sería valioso comparar esas obras con la novela, pero no lo haré aquí.
17. Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1988, pp. 70-77. El análisis de Booth se aplica a la lectura de obras de ficción en general.
18. No incluyo las versiones realistas modernas de la tragedia, que a mi entender están muy influidas por el éxito de la novela y comparten muchos de sus rasgos.
19. Ver Ian Watt, *The Rise of the Novel*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1957; y Charles Taylor, *Sources of the Self: The Making of Modern Identity*, Cambridge, Harvard University Press, 1989.
20. Ver Booth, op. cit., caps. 6-7, sobre todo pp. 201-5.
21. Este modo de plantear el proyecto tiene obvios contactos con la descripción de John Rawls de la búsqueda de "equilibrio reflexivo" en *A Theory of Justice*, Cambridge, Harvard University Press, 1971.
22. Esta distinción está muy bien expuesta en Henry Richardson, *Practical Reasoning about Final Ends*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, cuya exposición sobre el proyecto de la conmensurabilidad y sus defectos es una de las mejores (caps. 5 y 6). Para otras críticas valiosas del utilitarismo económico, ver Amartya Sen y Bernard Williams, introducción a *Utilitarianism and Beyond*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988; ver también muchos textos de Sen, entre ellos "Plural Utility" en *Choice, Welfare, and Measurement*, Oxford, Basil Blackwell, 1982; *Commodities and Capabilities*,

- North-Holland, 1985, *The Standard of Living*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987.
23. Ver John Rawls, *A Theory of Justice*, Cambridge, Harvard University Press, 1971, pp. 554-60.
 24. Compárese la versión similar presentada en la introducción de Sen y Williams a *Utilitarianism and Beyond*, que define el utilitarismo en cuanto "bienestarismo" (la información sobre bienes individuales como lo único relevante desde el punto de vista teórico), "consecuencialismo" (los actos se deciden según las consecuencias que promueven), y "totalismo" (el bien social se computa según la suma total de bienes individuales).
 25. *Ibíd.*, 4.
 26. Para una documentación exhaustiva y una crítica de estos supuestos conductuales, ver Amartya Sen, "Rational Fools", en *Philosophy and Public Affairs* 6 (1976-7): 317-44. La teoría de la familia de Gary Becker, expuesta en *A Treatise on the Family*, Cambridge, Harvard University Press, 1981, plantea que el jefe de la familia es un altruista que trabaja para el bienestar de los demás miembros de la familia, pero parece que se trata del altruismo típico de la economía, que lo interpreta como un medio para promover el bienestar propio. Hay otra dificultad aún mayor en el supuesto de Becker: aun este altruismo en sentido restringido parece ser empíricamente falso, al menos en muchos casos y en muchas partes del mundo. A menudo hay conflictos por los recursos dentro de la familia, y el jefe de la familia no siempre se preocupa por el bienestar de su cónyuge y sus hijos (sobre todo si son hijas). Ver *Women, Culture, and Development*, comp. Martha Nussbaum y Jonathan Glover, Oxford, Clarendon Press, 1995, sobre todo el trabajo de Sen; también Sen, "Gender and Cooperative Conflicts", en *Persistent Inequalities*, comp. Irene Tinker, Nueva York, Oxford University Press, 1990.
 27. Por ejemplo, se argumenta que no queremos médicos que en todas sus elecciones intenten maximizar el total de la felicidad humana, preguntando en cada caso si es mejor para toda la humanidad que tal persona viva o muera; tal vez se promueva más el resultado utilitarista por medio de un agente menos calculador y más consagrado al deber. Sobre ello ver R. M. Hare, *Moral Thinking*, Oxford, Clarendon Press, 1981.
 28. Ver, por ejemplo, las críticas a la jurisprudencia de la Corte Suprema sobre privacidad en Richard Posner, *The Economics of Justice*, Cambridge, Harvard University Press, 1981, tercera parte. En su prefacio de 1983, Posner escribe: "El libro usa economía en dos sentidos muy diferentes, el positivo y el normativo, y reconozco que el segundo es mucho más controvertido (...) Espero no haberme extralimitado en mi enfoque por no prestar suficiente atención a los exóticos resultados que podría producir su aplicación sin reservas". Llega a la conclusión de que deberíamos leerlo como un "tema para la especulación" más que como un "plan de acción social" (v-vi). Otros ejemplos del uso normativo de la maximización de la riqueza: Thomas J. Philipson y Richard Posner, *Private Choices and Public Health: The AIDS Epidemic in an Economic Perspective*, Cambridge, Harvard University Press, 1993; y Richard Epstein, *Forbidden Grounds*, Cambridge, Harvard University Press, 1993.

29. Un estudio reciente demuestra que los alumnos que aprenden este modelo en economía se concentran más en el interés personal y son menos proclives al altruismo que antes. Ver Robert Frank, Thomas Gilovich y Dennis Regan, "Does Studying Economics Inhibit Cooperation?", *Journal of Economic Perspectives* (primavera 1993), y un comentario sobre este estudio en "How do you Mean, 'Fair'?", columna Economic Focus del *Economist*, 29 de mayo de 1993.
30. Joel Waldfogel, "The Deadweight Loss of Christmas", *American Economic Review* 83 (1993).
31. Richard Posner, *Sex and Reason*, Cambridge, Harvard University Press, 1992, pp. 119-20.
32. Por ejemplo, ver James Griffin, *Well-Being*, Oxford, Clarendon Press, 1986, y Richard B. Brandt, *A Theory of the Good and Right*, Oxford, Clarendon Press, 1979.
33. Ver Becker, *A Treatise on the Family*, y Posner, *Sex and Reason*.
34. Ver Barbara Herrnstein Smith, *Contingencies of Value*, Cambridge, Harvard University Press, 1988. Ver también todos los escritos de Richard Posner, entre ellos *Economic Analysis of Law*, Boston, Little, Brown, 1977, *The Economics of Justice*, y *Law and Literature: A Misunderstood Relation*, Cambridge, Harvard University Press, 1988. En *Problems of Jurisprudence*, Cambridge, Harvard University Press, 1990, Posner modifica su enfoque, abrazando una suerte de "pragmatismo". Para una buena crítica general del razonamiento económico en la vida pública, ver la introducción de Sen y Williams a *Utilitarianism and Beyond*.
35. Ver Posner, *Economic Analysis of Law* y *The Economics of Justice*, Gary Becker, *The Economic Approach to Human Behavior*, Chicago, University of Chicago Press, 1976, y *A Treatise on the Family*. Es muy instructivo el principio de *The Economics of Justice* de Posner, donde introduce por primera vez el "supuesto de que las personas son maximizadores racionales de sus satisfacciones", señalando que "los principios de la economía son deducciones realizadas a partir de este supuesto". Luego pasa a usar la palabra "racional" sin más argumentaciones filosóficas, como si ser racional equivaliera simplemente a "maximizar satisfacciones" (pp. 1-2). Una aguda crítica a Posner con respecto del valor de nuestra integridad personal hace Margaret Jane Radin en "Market-Inalienability", *Harvard Law Review* 100 (1987), pp. 1849 y ss. Hay más críticas valiosas a Posner en James Boyd White, "What Can a Lawyer Learn from Literature" (reseña de *Law and Literature* de Posner), *Harvard Law Review* 102 (1989): 2014-47, y "Economics and Law: Two Cultures in Tension", *Tennessee Law Review* 54 (1986): 161-202; Frank Michelman, "Norms and Normativity in the Economic Theory of Law", *Minnesota Law Review* 62 (1978): 1015 y ss.; Arthur Leff, "Economic Analysis of Law: Some Realism about Nominalism", *Virginia Law Review* 60 (1974): 451 y ss. Para una crítica acerca de Posner y el uso de la literatura, ver Robin West, "Authority, Autonomy, and Choice: The Role of Consent in the Moral and Political Visions of Franz Kafka and Richard Posner", *Harvard Law Review* 99 (1985) 384 y ss. Posner responde en "The Ethical Significance of Free Choice: A Reply to Professor West", *Harvard Law Review* 99 (1986): 1431 y

- ss., y West responde en "Submission, Choice, and Ethics: A Rejoinder to Judge Posner", *ibíd.*, 1449 y ss. Ver también Posner, *Law and Literature*, capítulo 4, para una versión posterior de esta argumentación.
36. Frank Easterbrook, "Method, Result, and Authority: A Reply", *Harvard Law Review* 98 (1985): 622 y ss; George Stigler, "Convocation Address", *University of Chicago Record*, 1 de junio, 1981, 2 (debo esta referencia a James White, "Economics and Law"; 172).
 37. Algunas de estas críticas también son aplicables a los utilitaristas filosóficos, muchos de los cuales tratan los valores como mensurables por una sola pauta cuantitativa. Ver, por ejemplo, James Griffin, "Are There Incommensurable Values?", en *Philosophy and Public Affairs* 7 (1977): 34-59, el que yo critico en "The Discernment of Perception", en *Love's Knowledge: Essays on Philosophy and Literature*.
 38. Para un maravilloso análisis de estos contrastes en la escena inicial, ver E. R. Leavis, *The Great Tradition*, op. cit., pp. 227 y ss.
 39. Nótese que los estudiantes no están numerados por los motivos de imparcialidad en la calificación que figuraban en mi prefacio: su profesor los conoce muy bien e incurre constantemente en el favoritismo.
 40. Poco después, enterándose de los infortunios de Stephen, Louisa señala que antes los había oído mencionar, "aunque en ese momento no prestaba atención a los detalles".
 41. Compárese, por ejemplo, el tratamiento de la elección en la teoría kantiana de John Rawls, donde las satisfacciones sin elección no poseen valor moral (*A Theory of Justice*, en la sección sobre perfeccionismo).
 42. Se confirma que esta teoría no es mera ficción con la lectura de *A Treatise on the Family* de Becker.
 43. Compárese el pasaje donde Louisa ve que su matrimonio ha fracasado, dadas "todas esas causas de disparidad que surgen de dos naturalezas individuales, y que ninguna ley general jamás podrá dictarme, padre, hasta que puedan indicar al anatomista dónde clavar el bisturí para tocar los secretos de mi alma".
 44. Esto es algo muy profundo en la motivación utilitarista en general, e inspira ciertos desvíos respecto de las creencias comunes. Henry Sidgwick, por ejemplo, concediendo que adoptar una sola medida para la elección es apartarse de las creencias comunes, escribe: "Si no debemos sistematizar las actividades humanas tomando la Felicidad Universal como su meta común, ¿en qué otro principio nos basaremos para sistematizarlas?" Señala que esos desvíos "son inevitables cuando nace una ciencia". Ver *Methods of Ethics*, 7ª ed., Londres, 1907, pp. 401, 406, 425.
 45. Antes de la mención de los "plúmbeos libros", el propio narrador señala que la ciudad de Coketown "camina contra el tiempo, hacia el mundo infinito".
 46. Ver Amartya Sen, "Rational Fools", op. cit.

47. Jon Elster analiza con rigor los aspectos no calculadores de la conducta humana y la frecuente irracionalidad de las preferencias y el deseo en *Ulysses and the Sirens*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979, y en *Sour Grapes: Studies in the Subversion of Rationality*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983; ahora existe una extensa bibliografía sobre temas similares. Como demuestra Sen, la existencia de análisis económicos del compromiso y la compasión no elimina necesariamente la objeción, pues al acomodar estas características de la vida humana a ese modelo el análisis suele modificarlas sutil pero crucialmente, poniéndolas al servicio de la maximización de la utilidad.
48. Ver especialmente *Sour Grapes* de Jon Elster, y también su artículo "Sour Grapes – Utilitarianism and the Genesis of Wants", en Sen y Williams, *Utilitarianism and Beyond*, pp. 219-38. Ver la crítica de las preferencias distorsionadas en John Harsanyi, "Morality and the Theory of Rational Behaviour", en *ibíd.*, 39-62. Ideas similares han influido en las críticas de Sen a la economía del desarrollo: ver *Resources, Values, and Development*, Oxford, Blackwell, 1984. Hay un análisis de la formación social de la emoción y el deseo en mi "Constructing Love, Desire, and Care", *Laws and Nature: Shaping Sex, Preference, and Family*, comps. David Estlund y Martha Nussbaum, Nueva York, Oxford University Press, 1996.
49. Al mismo tiempo, la concepción utilitarista de la ciencia debe algo a la concepción cartesiana de la naturaleza como máquina; ello se revela sobre todo en la actitud hacia los animales en la escuela Gradgrind.
50. Ver un excelente tratamiento de esta cuestión en Wayne C. Booth, *The Company We Keep: An Ethics of Fiction*, op. cit.
51. Nótese que una de las características espantosas de Coketown, desde el punto de vista de la novela, es su intento de borrar las diferencias cualitativas: "Contenía varias calles grandes, todas muy semejantes, y varias calles pequeñas, aún más semejantes"; su gente debía "realizar la misma tarea, y cada día era igual al anterior y al siguiente, y cada año igual al previo y al próximo".
52. Ver el excelente comentario de David Craig en la introducción a la edición de Penguin.
53. Ver "Charles Dickens", en George Orwell, *Dickens, Dali, and Others*, Nueva York Harcourt Brace Jovanovich, 1946, pp. 1-75.
54. Ver otro comentario similar en Lionel Trilling, "The Princess Casamassima", en *The Liberal Imagination: Essays on Literature and Society*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1950, y en mi "Perception and Revolution", en *Love's Knowledge*, ver también el capítulo 3 para más comentarios sobre este punto.
55. Ello no significa que no pueda existir una novela no igualitarista, pero sí que el no igualitarismo está en tensión con la estructura del género, que suscita preocupación y respeto por todas las historias que propone al lector. El problema, en el caso de un novelista como Proust, está en el estrecho círculo de seres humanos a cuyas vidas se dirige nuestra atención. Ver Ian Watt, *The Rise of the Novel*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1957, y Charles Taylor, *Sources of the Self: The Making of Modern Identity*,

Cambridge, Harvard University Press, 1989. Mucho puede decirse en este sentido acerca de las tensiones que existen dentro de la obra de novelistas como D. H. Lawrence o Henry James, cuya *Princesa Casamásima* muestra, a mi entender, que era un perfeccionista antes que un elitista, que respaldaba el otorgamiento de una educación humanista y artística a todos los ciudadanos. (Ver "Perception and Revolution", en *Love's Knowledge*.)

56. Ver también el pasaje donde el señor Gradgrind demuestra que "el buen samaritano era mal economista".
57. Así la novela construye en su lector hipotético un juez moral ideal que guarda una estrecha semejanza con las partes de la "posición original" de John Rawls (*An Ethics of Justice*). Pero las facultades que se invita a usar al lector no se corresponden con el "juicio considerado" de Rawls. Ver mi argumentación en "Perceptive Equilibrium", en *Love's Knowledge*.
58. La novela encarna pues un concepto aristotélico del placer, según el cual el placer mismo contiene diferencias cualitativas y prevalece en actividades de diversas clases que para los utilitaristas clásicos son maximizadoras del placer. ¿Por qué, entonces, el señor Gradgrind se opone tanto a la lectura de novelas? Al parecer su oposición nace del temor de que dicha lectura induzca a la gente a comportarse de manera ineficiente en el resto de su vida; desde su punto de vista, ello hará más mal que bien.
59. Ver el pasaje donde Louisa contrasta la percepción de "la forma y superficie" de las cosas con el ejercicio de la fantasía.
60. Sobre esto, ver Richard Wollheim, "Seeing-In and Seeing-As", en *Art and Its Objects*, 2ª ed., Cambridge, Harvard University Press, 1980, y *Painting as Art*, Princeton, Princeton University Press, 1987, cap. 2.
61. Ver un maravilloso análisis en Cavell, *The Claim of Reason: Wittgenstein, Skepticism, Morality, and Tragedy*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1979, parte 4.
62. Se dice que la gente del circo es "merecedora" de "respeto" y "disposición generosa". Ver también la famosa exhortación de Sleary a "dar lo mejor de nosotros, no lo peor".
63. La novela sostiene que el modelo económico simplista no sirve para predecir la conducta de la gente, así que sus fórmulas no son útiles ni siquiera en ese sentido. Ver Sen, "Rational Fools", op. cit.
64. Podríamos compararlo con la educación de Emilio para la "piedad", en el libro 4 del *Emilio* de Rousseau, donde Emilio debe aprender a sentir compasión por el sufrimiento de los animales pequeños antes de hacer lo propio con los seres humanos.
65. Ver "Steerforth's Arm", en *Love's Knowledge*, donde comento el modo en que su persona narrativa es reiteradamente imaginada por David Copperfield como femenina. Ello no implica que Dickens esté exento de contradicciones en este punto, como lo muestra el duro tratamiento de Emily. En muchos sentidos Dickens parece estar más cómodo suscribiendo a una sexualidad receptiva y juguetona en los varones que en las mujeres. Pero

en *Tiempos difíciles* es notorio que la representante de la imaginación artística, Sissy Jupe, es también la única persona que logra un matrimonio feliz y afectuoso.

66. Cabe preguntarse si no podríamos usar la fantasía para el odio. Hablaré más sobre ello en el capítulo 3, donde comento la gama de sentimientos que la forma de la novela suscita en el lector; lo asocio con el concepto de espectador emocional ideal, tomado de Adam Smith. *Tiempos difíciles* nos insta a considerar la participación desprejuiciada de la novela en la vida de todos, reconociendo que cada uno tiene su propia historia, invitando a ver cada vida desde el punto de vista de esa persona. Creo que aquí vemos lo que quería decir Dickens con "la gran caridad del corazón": la novela, aunque permite e incluso sugiere críticas a sus personajes, alienta la misericordia al invitarnos a la comprensión empática. El odio social suele implicar una negativa a entrar en la vida de otro con el pensamiento, a reconocer al otro como un ser humano individual que tiene una historia distinta que contar, alguien que podría ser uno mismo. En ese sentido, la novela cultiva, en su estructura misma, una actitud moral que se opone al odio.
67. Compárese con el señor Gradgrind cuando puede ver un fuego en los ojos de Louisa y comienza a usar lenguaje metafórico.
68. Para más detalles ver "Aristotelian Social Democracy", en *Liberalism and the Good*, comps. R. Bruce Douglass, Gerald M. Mara y Henry S. Richardson, Nueva York, Routledge, 1990, pp. 203-52; "Aristotle on Human Nature and the Foundations of Ethics", en *World, Mind, and Ethics: Essays on the Philosophy of Bernard Williams*, comps. Ross Harrison y J. E. G. Altham, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, pp. 86-131; y "Human Functioning and Social Justice: In Defense of Aristotelian Essentialism", *Political Theory* 20 (1992), pp. 202-46.
69. Ver mi comentario sobre las predicciones de *Sex and Racism* de Posner, en "'Only Grey Matter?' Richard Posner's Cost-Benefit Analysis of Sex", *University of Chicago Law Review* 59 (1992): 1689-1734; para un comentario crítico sobre la dimensión predictiva de *Private Choices and Public Health* de Philipson y Posner, ver David Charney, "Economics of Death", *Harvard Law Review* 107 (1994): 2056-80. Posner mismo afirma que su explicación no predice correctamente la decisión de la Corte Suprema de Estados Unidos en las causas de privacidad (*Economics of Justice*), pero llega a la conclusión de que ello es así porque las elecciones de la Corte no son racionales en el sentido normativo. Para críticas similares de Becker sobre la familia, ver Sen, "Gender and Cooperative Conflicts".
70. Hilary Putnam habla de los "súper benthamitas" en *Reason, Truth, and History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982, y ese pasaje se comenta en Margaret Jane Radin, "Market-Inalienability".
71. Stigler, "Convocation Address" (ver nota 36).
72. Ver Amartya Sen, "Internal Consistency of Choice", *Econometrica* 61 (1993): 495 y ss. Muestra que, dada la influencia del contexto en la elección, las elecciones no obedecen ni siquiera a axiomas débiles de racionalidad, como el carácter transitivo (es decir, si A es preferible a B y B a C, entonces A será

preferible a C.) Estas limitaciones muestran que no podemos ordenar las preferencias individuales sólo sobre la base de las elecciones sin explicar las evaluaciones que subyacen a ellas.

73. Posner, *The Economics of Justice*, pp. 231 y ss.
74. Ver la excelente formulación de este argumento en Richardson, *Practical Reasoning*, cap. 5, sec. 15.
75. Ver Martha Nussbaum y Amartya Sen, eds., *The Quality of Life*, Oxford, Clarendon Press, 1993.
76. En cierta medida y en ciertos contextos, otros enfoques han abierto algunos caminos hablando de "necesidades básicas" o, en el enfoque de Sen, del funcionamiento y la capacidad. Ver Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas, *Informe de Desarrollo Humano*, anual. Pero el otro enfoque todavía predomina; ver la introducción de Sen y Nussbaum a *The Quality of Life*, y Sen, *Resources, Values, and Development*, Oxford, Basil Blackwell, 1984.
77. Ver Sen, *Choice, Welfare, and Measurement* y *The Standard of Living*.
78. Ver el comentario de Leavis sobre este pasaje en *The Great Tradition*.
79. Para explicaciones de este enfoque, ver Nussbaum y Sen, *The Quality of Life*, los diversos textos de Sen ya citados y el artículo mío citado en la nota 47. Las implicaciones de este enfoque para la evaluación de la calidad de vida de las mujeres se analizan en Nussbaum y Glover, *Women, Culture, and Development*.
80. Ver Sen, *Choice, Welfare, and Measurement; The Standard of Living*, y "Capabilities and Well-Being", en Nussbaum y Sen, *The Quality of Life*.
81. Ver los trabajos de Robert Erikson y Erik Allardt en Nussbaum y Sen, *The Quality of Life*.
82. Richard Posner, *The Economics of Justice*, pp. 1-2.
83. La instrucción se evalúa en *California v. Brown* 479 U.S. (1986), 538 y ss.
84. *Ibid*, el juez Brennan, en disidencia, 554-55. La mayoría sostenía que la instrucción era constitucional porque cualquier jurado razonable comprendería que sólo se excluía la compasión "excesiva" o "inadecuada". Brennan argumenta elocuentemente que no ha sido así. Todos los jueces concuerdan en que ciertas emociones son guías legítimas para llegar a una decisión racional sobre la sentencia.
85. Acerca de la distinción emoción-razón en la ley, ver Paul Gewirtz, "Aeschylus' Law", *Harvard Law Review* 101 (1988): 1043-55; Lynne Henderson, "Legality and Empathy", *Michigan Law Review* 85 (1987): 1574-1652; Toni Massaro, "Empathy Legal Storytelling, and the Rule of Law: New Words. Old Wounds", *Michigan Law Review* 85 (1989): 2099-2127; y Martha Minow y Elizabeth V. Spelman, "Passion for Justice", *Cardozo Law Review* 10 (1988): 37-76, que comentan el trabajo del juez Brennan sobre el mismo caso. Sólo Minow y Spelman cuestionan la aguda dicotomía entre razón y emoción, y ninguno de estos artículos investiga el papel de las creencias y el juicio en las emociones mismas.

86. Expreso la visión estoica en su forma plena, que es bastante extrema, como veremos; podemos aceptar esa afirmación en forma modificada, es decir, como válida en ciertos casos, sin deshacernos por completo de las emociones.
87. Para las diversas posiciones tradicionales concernientes a la relación entre creencia y emoción, ver más abajo.
88. Irving Howe, *Politics and the Novel*, Nueva York, Horizon Press, 1957. El capítulo sobre James se reeditó en *Henry James: A Collection of Critical Essays*, comp. Leon Edel, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, Prentice-Hall, 1963, pp. 156-71.
89. Para un intento de hacerlo, ver mi *Upheavals of Thought: A Theory of the Emotions*, *op. cit.*
90. En psicología ver, por ejemplo, Richard Lazarus, *Emotion and Adaptation*, Oxford, Oxford University Press, 1991, y A. Ortony, G. Clore, y G. Collins, *The Cognitive Structure of Emotion*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991; en antropología, Jean Briggs, *Never in Anger*, Cambridge, Harvard University Press, 1981, y Catherine Lutz, *Unnatural Emotions*, Chicago, University of Chicago Press, 1988. La falta de respaldo de los filósofos no sería significativa de por sí, pues los filósofos han estado de acuerdo acerca de conclusiones erróneas durante mucho tiempo. Sin embargo, me propongo concentrarme en el dato de que no se han presentado buenas *argumentaciones* para respaldar este punto.
91. La posición de los estoicos, errónea o no, se remite a Platón, y Spinoza y Smith se basan en los estoicos.
92. Lo defiendo en *The Therapy of Desire: Theory and Practice in Hellenistic Ethics*, Princeton, Princeton University Press, 1994, cap. 10, y también en *Upheavals of Thought*.
93. Ver Kahan y Nussbaum, "Two Conceptions of Emotion in Criminal Law" (manuscrito).
94. Uso ambas palabras porque "piedad" ha adquirido connotaciones paternalistas que antes no tenía, y que no tiene cuando se usa como traducción del griego *eleos*, del latín *misericordia* o de la *pitié* de Rousseau.
95. Veamos las apelaciones de Gradgrind a Bitzer para que agradezca su educación y se compadezca de la situación de Gradgrind:
 -Me extraña sobremanera -replicó el viejo alumno con tono reflexivo- que adopte usted una posición tan insostenible. Pagué mi educación; fue una transacción, y cuando egresé, la transacción terminó.
 Era principio fundamental de la filosofía de Gradgrind que todo tenía que pagarse. Nadie debía dar nada a nadie ni prestar ayuda a nadie sin la compra. La gratitud debía abolirse, y las virtudes que nacieran de ella no debían existir. Cada tramo de la existencia humana, del nacimiento a la muerte, debía ser una transacción. Y si así no llegábamos al Cielo, ése no era un lugar político-económico y nada teníamos que hacer allí.
96. Es plausible sólo si tenemos en cuenta que la creencia relevante incluye evaluaciones de la importancia del objeto para la persona que experimen-

ta la emoción. Dos personas pueden juzgar que "Sócrates ha muerto". Si sólo una también juzga que "Sócrates es para mí una de las personas más importantes del mundo", sólo una experimentará pesadumbre. Pero para ella ese conjunto de creencias será suficiente para la pesadumbre. Ver mi *Upheaval of Thought*.

97. Para valiosas críticas de este tenor, ver James Rachels, *Created from Animals*, Nueva York, Oxford University Press, 1990; Jonathan Glover, *Causing Death and Saving Lives*, Harmondsworth, Pelican, 1976 y Richard Posner, *Sex and Reason*, Cambridge, Harvard University Press, 1992.
98. Bien podríamos decir que Louisa se siente atraída por Harthouse precisamente porque su mundo de afectos ha sido desierto y árido; sólo sabe abrazar el vacío que siente.
99. Lionel Trilling, *The Liberal Imagination: Essays on Literature and Society*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1950.
100. Lukács califica *The Home and the World* (que critica intensamente el movimiento nacionalista indio en sus orígenes) de "narración pequeñoburguesa de la clase más vulgar" (citado en la introducción de Anita Desai a la edición de la novela publicada en 1985 por Penguin, p. 7). Para el caso de *The Princess Casamassima*, ver Trilling, *The Liberal Imagination*, y mi comentario en "Perception and Revolution" en *Love's Knowledge*.
101. Como el empobrecido comerciante Panchu le dice a Nikhil: "Me temo, señor (...) que mientras ustedes, personas importantes, se encarguen de la lucha, la policía y los leguleyos se reunirán alegremente y la multitud disfrutará del espectáculo, pero cuando llegue el momento de hacerse matar, sólo quedará yo". Vemos también las características del género en la negativa de Nikhil a despedir a la gobernanta inglesa: "No puedo (...) mirar a la señorita Gilby a través de una niebla de abstracciones, sólo porque es inglesa. ¿No puede usted superar la barrera de su nombre después de tanto tiempo de conocerla? ¿No puede comprender que ella lo ama?" (Este es un momento autorreferencial, pues resulta evidente que la novela en su totalidad comparte esta visión particularizada.)
102. Raymond Williams, *The Politics of Modernism: Against the New Conformists*, Londres y Nueva York, Verso, 1989, p. 116.
103. Williams sin duda estaría de acuerdo. Ver su valiosa explicación de la novela en *Culture and Society, 1780-1950*, Londres, Penguin, 1958, parte 1, cap. 5.
104. Este recurso, que utiliza restricciones circunstanciales e informativas para modelar el punto de vista moral, fue en muchos sentidos el origen del recurso de John Rawls de la "posición original" en *A Theory of Justice*.
105. Smith incluiría el amor que sentimos por los amigos y conciudadanos, así como el amor por la humanidad; excluye sólo el amor erótico, que para él se basa en particularidades moralmente irrelevantes y que resulta inexplicable por cualquier proceso de racionalidad pública.
106. Acerca de la necesidad de crítica reflexiva, ver también el ensayo "Love's Knowledge" en el libro homónimo.

107. *California v. Brown*, 538.
108. *Woodson v. N. Carolina*, 428 U.S. 280, 304 (1976).
109. *Etica Nicomaquea*, 5, 1137b 27-32.
110. Para explicaciones similares sobre el juicio práctico no deductivo, ver Charles Taylor, *Sources of the Self: The Making of Modern Identity*, Cambridge, Harvard University Press, 1989, y respecto de la lectura literaria, Wayne C. Booth, *The Company We Keep*. Sobre el punto de vista de Aristóteles, ver Nussbaum, "The Discernment of Perception", en *Love's Knowledge*.
111. Stanley Fish, especialmente *Doing What Comes Naturally*, Durham, Duke University Press, 1989, y *There's No Such Thing as Free Speech and It's a Good Thing Too*, Cambridge, Harvard University Press, 1993.
112. Ver "Skepticism about Practical Reason in Literature and the Law", *Harvard Law Review* 107 (1994): 714-44. Fish no acepta la calificación de "escéptico" porque sostiene que nuestras tradiciones y nuestra psicología nos motivan para tener ciertas creencias y actuar de acuerdo con ellas, y que en ese sentido no somos libres de actuar ni de cuestionar. Yo argumento que así pensaban los escépticos griegos, y así respondían a la pregunta de cómo y por qué actuaría el escéptico. Una vez que renunciamos a las buenas razones para la acción, sólo nos quedan causas de acción que puedan impulsarnos con el ímpetu necesario.
113. Benjamin Cardozo, *The Nature of the Judicial Process*, Nueva York, 1921, pp. 166-67.
114. Christopher Columbus Langdell, discurso de 1887, citado en William Twining, *Karl Llewelyn and the Realist Movement*, Norman, University of Oklahoma Press, 1985, p. 11.
115. Hay más comentarios sobre ello en "The Discernment of Perception", en *Love's Knowledge*, y en "Equity and Mercy", *Philosophy and Public Affairs* 22 (1993): 83-125. Para un excelente comentario sobre estos temas en el derecho, ver Cass Sunstein, *Political Conflict and the Rule of Law*, Nueva York, Oxford University Press, de próxima publicación.
116. Herbert Wechsler, "Toward Neutral Principles of Constitutional Law", *Harvard Law Review* 73 (1959).
117. Ver Raoul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, edición para estudiantes, Nueva York, Holmes and Meier, 1985.
118. Richard Wright, *Native Son*, Nueva York, Harper, 1993. Todas las citas se toman de esta versión no expurgada de la novela.
119. Ver mi "Equity and Mercy", reeditado en *Punishment*, A. John Simmons y otros, Princeton, Princeton University Press, 1994, pp. 145-87.
120. E. M. Forster, nota final de *Maurice*, Nueva York, W. W. Norton, 1971, p. 250. Todos los números de página remiten a la edición en rústica.
121. *Hudson v. Palmer*, 468 U.S. 517, 82 L. Ed. 2d 393, 104 S. Ct. 3194 (1984), pp. 393 y ss.

122. Los agentes encontraron una funda de almohada rasgada en el cesto de basura y en consecuencia acusaron a Palmer de destruir propiedad del estado. Se le ordenó que reembolsara el dinero y se consignó una amonestación en su prontuario.
- * La Cuarta Enmienda (1791) de la Constitución de Estados Unidos establece, entre otras cosas, que "no se violará el derecho de las gentes a estar seguras en sus personas, casas, papeles y efectos, contra inspecciones y confiscaciones indebidas". La Decimocuarta Enmienda (1868) establece, entre otras cosas, que "ningún estado privará a ninguna persona de la vida, la libertad o la propiedad sin atenerse a la ley, ni negará a ninguna persona que se halle dentro de su jurisdicción la protección igualitaria de las leyes". (N. del T.)
123. En una llamativa frase del principio de esta sección, Stevens usa el nombre "Hudson" donde debía decir "Palmer": "Aunque se suponga que Hudson no tenía expectativas razonables de privacidad en cuanto a la mayoría de los bienes en cuestión..." (413). El juez literario no debe confundir un personaje con otro, pero tal vez se trate de un error de transcripción.
124. Stevens añade argumentos derivados de la Octava y Primera Enmienda, los cuales no tendré en cuenta aquí.
125. Richard Posner, *The Economics of Justice*.
126. Richard Posner, *Sex and Reason*, y "The Economic Approach to Homosexuality", en *Laws and Nature: Shaping Sex, Preference, and Family*, comps. David Estlund y Martha Nussbaum.
127. *Mary Jane Carr v. Allison Gas Turbine Division, General Motors Corporation*, 32 F. 3d 1007 (7th Cir. 1994).
- * Se refiere al Título VII de la Ley de Derechos Civiles de 1964, que entre otras cosas prohíbe toda discriminación laboral basada en raza, sexo, origen o religión. (N. del T.)
128. Gran parte de las opiniones judiciales son redactadas por pasantes, y es muy probable que ellos elijan las citas.
129. *Bowers v. Hartwick*, 478 US 186 (1986).
130. Una peculiaridad de la situación que comenta Posner en su excelente exposición del caso (*Sex and Reason*, 341-50) es que en el derecho consuetudinario la sodomía no incluía la felación sino que se limitaba a las relaciones anales; la extensión se introdujo a fines del siglo XIX. En el caso heterosexual, los demandantes presentaron la moción de que todos los miembros de la oficina del fiscal de Georgia que alguna vez hubieran cometido sodomía se descalificaran; la moción no se aprobó.
131. Ver Posner, *Sex and Reason*, 342:
 "Si hubiera notado que además de tratar sobre la familia, el matrimonio y la procreación, [estos] casos trataban sobre la sexualidad, no habría podido desecharlos tan fácilmente". También Thomas Crey, "Eros, Civilization, and the Burger Court", *Law and Contemporary Problems* 43 (1980): 83 y ss.

132. Para otro ejemplo de la táctica de distanciamiento del juez White, ver Richard Posner, *Law and Literature: A Misunderstood Relation*, Cambridge, Harvard University Press, 1988, pp. 308-9, donde comenta la presentación de datos en *Cox Broadcasting Corp. v. Cohn*, 420 U. S. 469, 471 (1975), una causa en la que se sostiene que un estado no puede permitir que la familia de una víctima de violación asesinada por los violadores reciba indemnización cuando una emisora invade su intimidad al difundir el nombre de la víctima. White comienza: "En agosto de 1971, la hija de 17 años del apelado fue víctima de una violación y no sobrevivió al incidente". Como señala Posner, la Corte "evitó mencionar la cruda verdad" (que la víctima fue asesinada).
133. *Kelley v. Johnson*, 425 U. S., 238 (1976).
134. Para el mundo griego, ver K. J. Dover, *Greek Homosexuality*, 2ª ed., Cambridge, Harvard University Press, 1986; para asociaciones con problemas contemporáneos, ver la autobiografía de Dover, *Marginal Comment*, Londres, Duckworth, 1994. Ver también mi "Platonic Love and Colorado Law: The Relevance of Ancient Greek Norms to Modern Sexual Controversies", *Virginia Law Review* 80 (1994) 601-738 (el apéndice 4 es obra de Kenneth Dover y mía). Sobre la tradición cristiana ver entre otras obras, John Boswell, *Christianity, Social Tolerance, and Homosexuality*, Chicago, University of Chicago Press, 1980; para una argumentación detallada sobre la interpretación de pasajes relevantes del Levítico, ver Saul Olyan, "And with a Man You Shall Not Lie: the Lying Down of a Woman", *Journal of the History of Sexuality* 5 (1974); pp. 179 y ss.
135. Los argumentos de ambas partes en cuatro importantes tradiciones religiosas norteamericanas se expusieron en una conferencia de la Universidad de Brown los días 7-8 de abril de 1995, y se publicarán en un libro que compilaremos Saul Olyan y yo. Para un notable ejemplo de revisión reciente de las normas tradicionales, ver las afirmaciones de los teólogos y diversos grupos de la Iglesia Luterana Noruega compilados en el preámbulo a la reciente legislación sobre parejas del mismo sexo aprobadas por el Parlamento noruego en 1993.
136. Cass Sunstein, "Sexual Orientation and the Constitution: A Note on the Relationship between Due Process and Equal Protection", *University of Chicago Law Review* 55 (1988): 1161 y ss. Los argumentos de protección igualitaria se han usado en causas de tribunales inferiores relacionadas con derechos homosexuales, aunque hasta ahora todas las decisiones que han utilizado dichos argumentos han sido rechazadas.
137. Ver Posner, *Sex and Reason*.

A

- Acoso sexual, 129, 144-152, 158
- Adición, 40
- Alegría, 109
- Altruismo, 42, 52, 58, 62
- Amor, 91, 94, 95, 109;
 - entre padres e hijos, 104
- Aristóteles, 29, 46, 99, 101, 116, 118;
 - sobre las emociones, 93;
 - su norma de la razón práctica, 123;
 - sobre la compasión, 92, 98;
 - Política*, 104
- Autosuficiencia, emociones y, 90, 91, 97, 98, 101

B

- Becker, Gary, 46, 78
- Beneficencia, 99
- Bentham, Jeremy, 41, 43, 46, 61
- Biografías, novelas y, 29
- Blackmun, juez Harry, 139, 152, 157
- Blackstone, sir William, 156
- Booth, Wayne, 37, 111;
 - The Company We Keep: An Ethics of Fiction*, 34, 35
- Bowers contra Hardwick*, 152-158, 161

- Brennan, juez William, 87, 139
- Breyer, juez Stephen G., 115, 138
- Burger, juez Warren, 139, 152, 155, 158
- Bush, George, 95

C

- California contra Brown*, 113, 133
- Cardozo, Benjamin, 121
- Ceguera a los valores, 97, 102
- Ciencia económica, 37
- Cientificismo, 121-123
- Clases, emociones y, 92-93, 104-107
- "Co-ducción", 34, 111
- Cólera, 89, 92-95, 110;
 - y noción de provocación razonable, 96
- Comité Judicial del Senado, 115
- Compasión, 35, 36, 98-100, 104, 109;
 - Ver también Piedad, Simpatía
- Congoja, 89, 91, 92, 94, 95, 109
- Conmensurabilidad, 40
- Constitución de los Estados Unidos, 127, 144, 158
- Corneille, Pierre, 34
- Corte de Apelaciones para el Séptimo Circuito, 144
- Corte Suprema de Estados Unidos, 79, 115, 126;

y *Bowers contra Hardwick*, 152-158;
 y *California contra Brown*, 113-114, 133;
 y *Hudson contra Palmer*, 138-144;
 y *Woodson contra Carolina del Norte*, 113, 133
 Creencias, emociones y, 90, 91, 94-97, 98, 101
 Crisipo, 96

D

"Deadweight Loss of Christmas, The" (Joel Waldfogel), 44
 Debido proceso, 152, 157
 Derecho consuetudinario, 119, 121, 123
 Dewey, John, 46
 Dickens, Charles: *Casa desolada*, 105;
La pequeña Dorrit, 105.
 Ver también *Tiempos difíciles*
 Distanciamiento, 103, 108, 121, 122
 Dukakis, Michael, 95

E

Eisenstadt contra Baird, 153-154
 Emociones: como reconocimiento de carencias, 89-91, 97-101; respuestas a las objeciones, 93-107; como fuerzas animales ciegas, 88, 93-97; y clases, 92-93, 104-107; e imparcialidad, 91-92, 101-104; objeciones a las, 88-93; y razón, 85-88; dignas y no dignas de confianza, 93, 107-114

Empatía, 35, 100, 109, 127, 132
 Epicteto, 98
 Epicuro, 89
 Escepticismo, 119-122
 Espectador juicioso, 114, 119, 129, 132;
 y neutralidad judicial, 123, 124, 127;
 Adam Smith y su, 107-112, 124, 125, 126, 149, 151;
 simpatía del, 161
 Esperanza, 89, 94, 109, 110
 Esquilo, 34
 Estabilidad, idea de, en relación con los jueces, 90
 Estados corporales, emociones y, 95-96
 Estoicos, 93, 96;
 y las emociones como reconocimiento de carencias, 88-91, 97-101

F

Fanon, Franz, 134
 Fish, Stanley, 120-121, 122
 Forster, E. M., *Maurice*, 35, 135-138, 157, 161
 Fuerzas animales ciegas, emociones como, 88, 93-97

G

Gratitud, 94, 95, 99, 104
Griswold contra Connecticut, 153

H

Homosexualidad, 136-138, 152-158, 159
 Horton, Willie, 95
 Houston, Charles H., 126
 Howe, Irving, 92

Hudson contra Palmer, 115, 138-144, 159, 161

I

Igualador, el poeta-juez como, 128-138
 Igualdad social, 130, 135
 Ilustración, 76
 Imparcialidad, emociones e, 91-92, 101-104

J

James, Henry, 92;
La princesa Casamásima, 105
 Judíos, descripción nazi de los, 130
 Juez literario. Ver Poeta-juez
 Juicios: críticos, en la selección de novelas, 111;
 emociones y, 88-91, 96
 Jurado, 133;
 emociones y, 88;
 simpatía del, 88, 113, 114
 Juvenal, 151

K

Kant, Immanuel, 46, 99
Kelley contra Johnson, 154

L

La Lista de Schindler, 130
 Langdell, Christopher Columbus, 122
Law and economics, movimiento, 40, 86
 Lessing, Doris, *El cuaderno dorado*, 92, 105
 Libros de historia, novelas y, 29

Lukács, Georg, 105

M

Mahler, Gustav, 31
 Marshall, juez Thurgood, 139
 Marxistas, 92-93, 106
Mary J. Carr contra la Allison Gas Turbine Division de la General Motors Corporation, 144-152, 158, 159, 161
 Maximización, 40
 McKinney, Larry, 144
 Mentalidad económico-utilitaria, 47-55, 56
 Mestizaje, 156
 Miedo, 94, 99, 104, 107, 109, 110;
 y creencias, 95, 99;
 explicación estoica del, 88-92
 Mill, John Stuart, 46
 Música, literatura versus, 30

N

Neutralidad judicial, 123-128
 Novela, 26-29, 38;
 aspectos de la lectura de novelas, 33-36;
 y otros géneros literarios, 28-32;
 realista angloamericana, 36;
 interés de la n. en lo común, 34-35, 61

O

Odio, 94
 Orwell, George, 62

P

Películas, novelas y, 29, 31

Percepciones, emociones y, 94
 Piedad, 89-90, 91, 92, 94, 95, 99-100, 109;
 Ver también Compasión, Simpatía
 Platón, 85-86, 89, 90, 93, 104
 Poeta-juez, el, 115-119, 158-163;
 y *Bowers contra Hardwick*, 152-158;
 como igualador de su época y de su tierra, 128-138;
 y *Hudson contra Palmer*, 138-144;
 y neutralidad judicial, 123-128;
 y *Mary J. Carr contra la Allison Gas Turbine Division de la General Motors Corporation*, 144-152;
 y cientificismo, 121-123;
 y escepticismo, 119-122
 Posner, juez Richard, 46, 78, 144;
The Economics of Justice, 86-87;
 y *Mary J. Carr contra la Allison Gas Turbine Division de la General Motors Corporation*, 144-152, 158;
Sex and Reason, 44
 Preferencias exógenas, 40
 Propósito explicativo-predictivo, modelos utilitarios de elección racional con un, 41, 42
 Protección igualitaria, 152, 154, 157, 159
 Provocación razonable, 96

R

Racine, Jean, 34
 Racionalidad, 79;
 pública, 27, 87, 108, 114, 161
 Racismo, 130, 131-135
 Rawls, John, 46
 Referencias de primera persona, emociones y, 91

Represión de las emociones en la infancia, 104
 Retórica, el antiguo arte de la, 95
Roe contra Wade, 153, 154
 Rousseau, Jean-Jacques, 101;
Emilio, 100

S

Sátira, 151
 Segregación, 125-127;
 instalaciones bajo el concepto de "separados pero iguales", 125-127
 Sen, Amartya, 27, 41, 82
 Sentimientos, emociones y, 96
 Sexualidad, 136-138, 152-158;
 en Dickens, 71
 Sidgwick, Henry, 41, 43, 46
 Simpatía, 87, 100, 107, 109, 113, 114, 132;
 Ver también Compasión, Piedad
 Sinfonías, novelas y, 29, 31
 Smith, Adam, 27, 35, 46, 93, 114;
 espectador juicioso de, 107-113, 125, 126, 149, 151;
The Theory of Moral Sentiments, 108
 Sócrates, 89, 98, 99
 Sodomía, 152-153, 154, 155, 159
 Sófocles, 34;
Filoctetes, 31, 143
 Spinoza, Baruch, 89, 90, 93, 99
 Stevens, juez John Paul, 115, 138-144, 151, 158
 Stigler, George, 77
 Sunstein, Cass, 157
 Swift, Jonathan, 151

T

Tagore, Rabindranath, *El hogar y el mundo*, 105

Teoría de la elección racional, 41-46

Tiempos difíciles (Dickens): y emoción y razón, 85, 86, 87, 102, 105, 107;
final de, 32, 83;
fantasía e imaginación, 65-76;
y neutralidad judicial, 123-128;
noción de espectador juicioso, 110, 112, 119;
e imaginación literaria, 25-38;
visión moral de, 99-101;
y el poeta-juez como igualador, 128-130, 137;
y la ciencia de la "economía política", 39-55;
la lección de economía de Sissy Jupe en, 80-83, 102, 105-106;
movimiento sindical en, 105, 111;
visión del ser humano y de la vida humana en, 55-64

Título VII de la Ley de Derechos Civiles de 1964, 145, 158

Trilling, Lionel, 105

U

Universidad de Chicago, Facultad de Derecho de la, 68

Universidad de Harvard, 122
Usos normativos para modelos utilitarios de elección racional, 41, 42

Utilitarismo, 27, 37, 45, 46, 58, 62;
y *Tiempos difíciles* de Dickens, 40, 42, 43;
intención del, 76;
motivación del, 54, 100, 101;
dos tipos de, 78;
su visión de las personas, 41

W

Wechsel, Herbert, 135;
"Toward Neutral Principles of Constitutional Law", 124-127

White, juez Byron, 152, 153

Whitman, Walt, 29, 31, 72, 73, 123, 131;

el poeta-juez en, 115-119, 128, 129, 135, 162;

Canto a mí mismo, vii, 160-163

Williams, Bernard, 41

Williams, Patricia J., 148

Williams, Raymond, 106-107

Woodson contra Carolina del Norte, 113, 133

Wright, Richard, 35, 36;

Native Son, vii, 35, 131-135, 137